

Humberto
Costantini

De Dioses,
hombrecitos y policías

Lectulandia

De dioses, hombrecitos y policías presenta los años de la dictadura en Argentina desde una perspectiva paródica. Narra la intervención de dioses que manejan a su antojo tanto a hombrecitos como a los policías, mientras unos y otros ignoran la presencia de los olímpicos y su protección o condena. Estos dioses griegos son especiales, no protegen a héroes sino a antihéroes. Y su conducta —para nada ejemplar— desacredita su autoridad. La novela pone en primer plano la circunstancia de un intelectual de la época, al haber sido escrita entre el campo minado de la persecución y el tembladeral del exilio.

Lectulandia

Humberto Costantini

De dioses, hombrecitos y policías

ePub r1.0

Moro 07.02.14

Título original: *De dioses, hombrecitos y policías*
Humberto Costantini, 1979

Editor digital: Moro
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Dedicatoria

Dedicar este pequeño libro a una veintena de personas, decir que sin su apoyo solidario y corajudo el libro no hubiera podido escribirse, parecería una mera frase de cortesía, o por lo menos, una exageración. Sin embargo me veo obligado a aclarar que todo es rigurosamente cierto: sin la ayuda providencial de esas personas, el libro, y tal vez el autor, no existirían.

Escrito en un momento particularmente difícil para el país y para mí, cuando hasta disponer de una mesa, una silla, una luz y un rato de tranquilidad era poco menos que imposible, debo reconocer que nunca faltó quien me proveyera de esos lujos.

No puedo olvidar, por ejemplo, cierta mesa de carpintero en un galponcito, convertida, gracias al amor de los dueños de casa, en un maravilloso, comodísimo e inolvidable escritorio, culpable, para bien o para mal, de los capítulos XXXIV y XXXV.

No puedo olvidar cierta piecita donde convivíamos una joven pareja, su pibe de meses, un perro y yo; y supongo que ellos tampoco podrán olvidar aquel molesto tecloteo que a las seis de la mañana ya empezaba a llegar desde la cocina (juro, para mi descargo, que sólo unas pocas veces me olvidé de cerrar cuidadosamente la puerta, y de poner una manta plegada debajo de la máquina).

No puedo olvidar a quien celosamente iba guardando, capítulo a capítulo, copia de los originales (se tenía demasiado presente la suerte corrida por Haroldo Conti), ni a quien, en horas de trabajo, me ayudaba a adelantar con la novela, ni a quien me proveía el papel, ni a quien me construyó un extraño artefacto (no patentado todavía) para poder escribir con un brazo enyesado, ni a quienes leyeron parcialmente los originales y confiaron en el libro mucho más que el autor, ni a los seres cercanos y queridos quienes en cierto momento decidieron mi salida del país (para no decir que me sacaron directamente a patadas), ni a quien, con un gesto de amistad, hizo posible mi viaje a México.

Tampoco puedo olvidar a quien, ya en México, pasó en limpio toda la novela, ni a quien me dio (y me sigue dando) fuerzas para continuar escribiendo.

Fueron evidentemente muchos. Dije una veintena pero debieron haber sido más. A todos ellos, pues, está dedicado este libro. Una historia de amor, de humor y de poesía bajo la pavorosa amenaza de la muerte. Más o menos la vida entonces. Sólo que nunca una breve historia como ésta pudo ser atribuida, con justicia, a tantos autores.

I

La señora Viviana Mastrocarbone de Giannello nos estaba deleitando con un bello poema de su autoría. Apenas unos minutos antes, nuestro presidente, el señor Chávez, la había anunciado con su habitual galanura. Recuerdo con precisión algunas de sus hermosas frases: «un florido raudal de iluminado canto», había dicho, y también se había referido, algo sorprendentemente tal vez, al «femenino poder de su amoroso llamado». Recuerdo esas frases pues, como es sabido, los lucidos prefacios del señor Chávez, de quien adelantaré que es español y jefe de ventas de una importante inmobiliaria, suelen ser para nosotros casi tan atractivos y dignos de recordar como los mismos poemas que, en tanto presidente de la institución, se ve generalmente en el grato deber de anunciar. Pero además las recuerdo por este otro detalle en apariencia banal: mientras pronunciaba el señor Chávez sus palabras de presentación, y más exactamente cuando, con grave y sugerente voz, dijo aquello de «su amoroso llamado», el señor Frugoni, quien contra su costumbre se hallaba de pie y detrás de la última fila de sillas, carraspeó dos veces en forma no diré ruidosa pero sí brusca, o por lo menos demasiado ostensible. Atribuí este incómodo carraspeo a la sorpresa, tal vez a la emoción, que las palabras del señor Chávez le habían provocado, aunque más tarde comprendí, no sin asombro, que el motivo de su intranquilidad, como pronto se verá, era muy otro.

Ahora bien; a pesar de que el estro poético de nuestra secretaria de actas no alcanza —debemos reconocerlo— las finezas y excelsitudes del de Irene (quien entre paréntesis, en la reunión del miércoles 26 de noviembre había sido nombrada por unanimidad revisora de cuentas), la verdad es que sus estrofas inspiradas, tiernas y por momentos dolorosas, nos llegaban muy hondamente a todos. Debido a ello me llamó penosamente la atención que el señor Frugoni, en general tan atento y sensible a los poemas de nuestros asociados, y muy especialmente si pertenecen al bello sexo, abandonara en forma imprevista la reunión, atravesara el ancho patio con glicinas, y se dirigiese, con mal disimulada preocupación, hacia la pequeña habitación del fondo donde se encuentra el teléfono.

Miré de reojo hacia mi derecha. Irene, pendiente de las sugestivas imágenes y rítmicas entonaciones de la señora de Giannello, parecía no haber percibido nada fuera de lo común. Al contrario; su delicado perfil, que sobre el empapelado azul de la salita de actos se destacaba como el de antiguo camafeo, era la imagen misma de la concentración y de esa «mágica comunión en poesía» a que hacen referencia nuestros estatutos. Su cuello fino y nervioso se inclinaba hacia adelante, sus ojos se entrecerraban, los delicados músculos de su rostro se contraían ligeramente, un mechón de suaves cabellos rubios le sombreaba las sienes en cuya casi transparente palidez era posible adivinar rítmicos latidos. Tuvo, lo recuerdo, mientras con cierto

disimulo la estaba mirando, algo como un estremecimiento de frío. Extraño realmente, pues, si bien llevaba puesto un liviano y elegante vestido color celeste sin mangas, la tarde era bastante calurosa, y nadie —seguramente para no importunar a la señora de Giannello— había querido encender el ventilador. Tal vez estuviera un poco afiebrada, pensé, pues sin dejar de mirar hacia el estrado, pero evidentemente algo achuchada o friolenta, buscó un saquito de lana que tenía doblado junto a su cartera y se lo colocó sobre los hombros. Pero no, no era por suerte nada grave. Pronto pasó su calofrío, y volvió a su rostro la serenidad de siempre. Sentí en ese momento deseos de tomarle una mano. Sentí necesidad de besársela y de declararle todo lo que siento por ella.

Recordé que el miércoles 26, luego de la reunión donde por moción mía fue nombrada revisora de cuentas, estuve a punto de hacerlo, pero la tristísima verdad es que no me atreví. La acompañé esa noche por la sombreada calle Marcos Sastre hasta Nazca donde ella toma su colectivo 110. Caminábamos lentamente contemplando los árboles, los cercos, los jardines. La noche era templada y hermosa. Vimos de pronto sobre un cerco de ligustrina algo ya casi imposible de encontrar en Buenos Aires: un bichito de luz. Nos detuvimos un buen rato a contemplarlo. Vimos al alado prodigio dar un vuelo hacia el interior del cerco, y desde esa oscuridad, encender y apagar su lucecita como saludándonos. Lo vimos volar hacia la copa de una tuya y luego, siempre encendiéndose y apagándose, volar hacia el fondo del jardín hasta desaparecer detrás de una frondosa Santa Rita.

Irene no demostraba apuro por volver a su casa. De tanto en tanto me dirigía una mirada tierna e interrogante como si en realidad aguardara no sé qué cosa de mí. Creo que jamás se me había presentado un momento más propicio. Sin embargo, en todo el lento camino, como si una fuerza misteriosa me hubiera impedido expresar con naturalidad mis verdaderos sentimientos, sólo atiné a hablarle de lo excelente que me parecían sus creaciones, y de lo justificada que consideraba la distinción que la comisión directiva en pleno le había otorgado. Una tontería, no puedo negarlo, pero me fue imposible hacer otra cosa.

Dejé a Irene en su colectivo, y caminé unas cuadras por Nazca, avergonzado, y maldiciendo de mi casi increíble timidez, de mi estúpida e imperdonable falta de decisión. Recuerdo que al cruzar las vías del tren, oí bien claro el chistido de una lechuza. Tuve la sensación de que hasta el cielo se estaba burlando de mí.

De todas maneras nos encontrábamos ahora en la sede de nuestra agrupación y no era el momento —tenía por suerte de ello plena conciencia— para intentar lo que mi cortedad, o mi súbita cobardía, para decirlo con todas las letras, me había impedido llevar a cabo en un lugar y un momento sin duda más apropiados. De modo, pues, que contuve mis inoportunos impulsos y continué escuchando a la señora de Giannello con la atención y el respeto que son normas de nuestra sociedad.

Nuestra secretaria de actas hablaba en su poema de atardeceres y de lluvia. Aún recuerdo el verso «cual cariátide inmóvil en su pena» que, no obstante mi inquietud (provocada tanto por la turbadora presencia de Irene como por la intempestiva salida del señor Frugoni), me impresionó dolorosamente. La señora de Giannello leía con voz cálida y pausada; sin embargo la hoja de carpeta «Rivadavia» escrita con su letra de ángulos apasionados y un tanto agresivos, le temblaba ligeramente en la mano. Percibí que los movimientos de la hoja se hicieron más visibles a partir de la salida del señor Frugoni, y debido a este pequeño detalle se me hizo de pronto más clara una situación que, al principio, me pareció confusa e inexplicable. Contribuyeron a aclarármela, no lo niego, las sentidas palabras del poema. En él, la apasionada señora de Giannello mencionaba la insoportable soledad de la espera. Soledad, decía «Que tu pecho cobarde no mitiga / preso en horribles vanas ataduras / cual Laoconte herido por las sierpes».

Recordé entonces que el señor Frugoni, excelente poeta de vena gauchesca y propietario del bazar «La Flor de Lis», me había confiado semanas atrás serias desavenencias con su mujer. Tan serias y violentas, me explicó, que le habían impedido acabar durante esa semana el extenso poema «El fantasma de la carreta», que nos había anunciado y que se había comprometido a leer aquel miércoles en la Agrupación.

Las desavenencias fueron provocadas, según me lo dio a entender, por un inesperado amor «tormentoso e imposible». Recordé también que la señora de Giannello firmaba últimamente sus poemas con su nombre de soltera. Y que el señor Giannello, quien antes solía venir a esperarla con su camión a la salida de las tertulias, hacía tiempo que no se aparecía por Teodoro Vilardebó 2562, donde tenemos nuestra sede.

Comprendí entonces la dolorosa situación por la que atravesaban aquellos dos queridos miembros de nuestra agrupación; sentí una gran pena por ellos y realmente temí que algo grave podría llegar a ocurrir ese miércoles 3 de diciembre cuando transcurría la trigésima quincuagésima sexta reunión de poesía, en el décimo año de Polimnia.

II

De agente Pascuali a of. subayudante Covas

El día martes 18 de noviembre de 1975, siendo las 14:30 horas, me constituí en la esquina de Marcos Sastre y Teodoro Vilardebó en cuyas inmediaciones permanecí hasta las 20:43 horas en que se hizo presente el cabo Nicodemo Ramírez con la expresa misión de suplantarme.

No observando al llegar movimientos sospechosos de personas ni de vehículos, procedí a caminar por la vereda de los números pares correspondientes al 2500 de Teodoro Vilardebó a fin de llevar a cabo una inspección ocular un poco más in situ.

De resultas de ésta, constaté que en el domicilio de Teodoro Vilardebó 2562 funciona una entidad, o club social, o comité que lleva el nombre de POLIMNIA según reza placa de bronce de tamaño aproximado 15 x 30 centímetros colocada en el ángulo superior derecho de la puerta de entrada.

El domicilio permaneció totalmente clausurado durante todo el tiempo de mi vigilancia, o sea que nadie entró ni salió de allí entre las 14:30 horas y las 20:43 horas del día martes 18.

Informes de vecinos y proveedores ante quienes figuré como inspector de obras sanitarias, confirman los datos explicitados en la denuncia recibida el día 15 ppdo. Esto es: Los días miércoles aproximadamente a las 17 concurren a ese domicilio entre 15 y 20 individuos de ambos sexos, los que permanecen hasta aproximadamente las 21:30, retirándose luego en pequeños grupos con el evidente objeto de no llamar la atención.

Por esa misma vía de información se corrobora que quien figura como presidente de la entidad es en efecto el sujeto Romualdo Chávez, cuyos antecedentes ya obran en poder de esa superioridad.

Jesús Meijide, propietario de la panadería «La Espiga de Oro», sita en Baigorria 2199, informa que los días lunes, miércoles y viernes, en horas de la mañana, concurre a dicho domicilio una mujer conocida en el barrio como doña Zulema, con el objeto de efectuar tareas de limpieza. El domicilio de dicha Zulema, quien también efectuó estas tareas en casa de Meijide, es o figura ser Helguera 4045, al fondo.

También informa Meijide que la finca de Teodoro Vilardebó 2562, pertenecía hasta hace algunos años a una anciana de apellido Lobos, hoy fallecida. Fue adquirida por la Inmobiliaria DÉLOS, en donde aparentemente trabaja el mencionado Romualdo Chávez, y por su intermediación, cedida en alquiler a POLIMNIA.

Por todo lo dicho sugiero reforzar vigilancia los días miércoles. El equipo fotográfico del que se me hizo referencia verbal puede ubicarse frente a Teodoro Vilardebó 2541 si se lo instala en el vehículo registrado como taxímetro, y si, como bien sabe hacerlo el sargento Longo, se lo disimula convenientemente.

III

Desde una alta y solitaria cumbre del Olimpo, Afrodita, que ama las sonrisas, dirigía su divina mirada ensombrecida de disgusto hacia una vieja casa de la calle Teodoro Vilardebó, rica en paraísos, en donde un grupo de prudentes y bien trajeados mortales escuchaba con unción las palabras de la señora de Giannello.

Junto a la Diosa se encontraba Hermes, el de los pies veloces, a quien el disgusto de Afrodita llenaba de oscuro temor, en tanto que, apartada de ellos, apoyada gravemente en su lanza pesada y sólida, se hallaba Atenea, la indómita hija de Zeus, cuyos ojos claros centelleaban de orgullo y de alegría por un triunfo reciente.

Y he aquí que Hermes, dolorido y preocupado porque la Discordia se había introducido violenta entre ambas Diosas, y temeroso del mal que esta Discordia podría hacer descender sobre su protegido, el señor Frugoni, diestro en los negocios, habló así el bello Hermes, el de las sandalias de oro, y dirigió a Afrodita estas aladas palabras:

«Oh sin igual hija de Urano, rubia Afrodita de hermosa cintura, de cuyos senos perfectos brotan los deseos, y ante cuya tierna y ardorosa mirada nacen con rapidez las flores innúmeras, se encelan rijosos todos los animales, y los hombres y las mujeres caen en la dulce locura del amor, dime, te ruego, el motivo de ese mohín de disgusto que, como una negra nube que surge de pronto desde el tempestuoso mar en el verano y cubre rápidamente una gran extensión de tierra, cubre tu divino rostro, amado por Dioses y mortales».

Y contestó así la bella Afrodita, nacida de la espuma:

«¿Por qué me lo preguntas a mí, divino Mensajero a quien alguna vez amé ardorosamente? Pregúntaselo mejor a aquella que vigila armada de potente lanza como si fuera el mismo Dios de la sangrienta guerra, a aquella en cuyos ojos de lechuza brillan el triunfo y el regocijo a causa de la infamia cometida en una bien arbolada calle de Villa del Parque contra mi protegido».

«Pregúntale para que ella misma conteste tus palabras y te diga por medio de cuál artimaña, indigna de una Inmortal, se valió de la Cortedad y de la Indecisión a fin de que mi muy amado Pulicicchio, empequeñecido su corazón de cobardía, desistiera de declarar su amor a la irreprochable Irene, la de rubias guedejas, cuyo pecho yo había inflamado de dulce pasión, convertida para ello en un bichito de luz que encendiendo y apagando su minúscula lámpara, diligente aguardaba en un oscuro jardín de la calle Marcos Sastre».

Mas, sin dejar que Afrodita terminara su acongojado discurso, agitando la cola de caballo de su resplandeciente yelmo, llena de furor se incorporó y habló así la terrible hija de Zeus, Atenea, la de los ojos claros:

«Calla de una vez, charlatana, celestina, ramera, impenitente adúltera a quien tu legítimo esposo, el excelente herrero Hefesto, cogió en una red sutil junto a tu amante, el belicoso Ares, y así los expuso durante todo un día al escarnio de los Inmortales».

«Bien dices que, presurosa, envié a la Cortedad y a la Indecisión a que revolotearan sobre la calle Marcos Sastre, mientras yo, transformada en chistadora lechuza, vigilaba el fiel cumplimiento de mis precisas órdenes».

«Ello fue con objeto de que enmudeciera la impúdica lengua de tu protegido, el encargado de valores al cobro, José María Pulicicchio, evitándole así a la casta Irene Bengoechea, grata a mis ojos pues es virgen, tejedora de crochet, y dedicada totalmente a los quehaceres del intelecto, los trastornos, locuras y sinsabores del voluble amor, que aparta a los mortales de la virtud y del camino recto».

«Y no solamente hice todo eso, liviana, licenciosa Afrodita. También infundí un rígido sentido del deber conyugal en el vacilante corazón del señor Frugoni, predilecto de Hermes, a quien la ardiente señora Mastrocarbone de Giannello, inducida por ti, oh infatigable maquinadora de insidias, pretendía separar de su legítima esposa, a fin de que compartiera con ella su despreciable lecho de adúltera».

«Has de saberlo pues, celestina, perdedora de hombres: no consentiré ninguno de tus manejos, pues el corpulento y magnífico camionero Teófilo Giannello está desde hace mucho tiempo bajo mi protección, ya que, debido a su índole poco afecta a los placeres del lecho, es absolutamente fiel, a pesar de que, montado en su enorme camión, realiza extensísimos viajes; no permitiré por lo tanto que su legítima esposa, secundada por ti, lo cubra de deshonor».

Habló así la indómita Atenea, y la muy dulce Afrodita hubo de contener su ira pues el refulgente escudo y la pesada e infalible lanza de la Diosa se agitaban peligrosamente a impulsos de su divina indignación.

Y al divino Hermes le temblaba de pavor el extremo del caduceo y las ligeras alas de su casco y de sus sandalias, pues la cólera de Atenea era como el presagio de una terrible tempestad, y no se atrevía el bello y joven Mensajero a defender con su elocuente palabra a su ex amante, Afrodita, la de las lindas mejillas, y menos aún a tratar de ahuyentar valiéndose de su caduceo a la violenta Discordia interpuesta entre

ambas Diosas.

Temeroso pues el Dios de la desgracia que esta divina cólera habría de ocasionar a los mortales, en especial al señor Aníbal Frugoni a quien el rápido Mensajero proporcionaba suerte en los negocios, y abundantes y lucrativas ventas en el bazar «La Flor de Lis», lleno de ansiedad dirigió su mirada hacia la esquina de Marcos Sastre y Teodoro Vilardebo en el umbroso barrio de Villa del Parque.

Y he aquí que, semejante a una enorme y voraz ave comedora de carroña cuando gira implacable trazando círculos cada vez más breves en torno de una vaca moribunda, así una negra sombra se cernía pavorosa y trazaba lentos círculos en torno a la casa de Teodoro Vilardebo 2562, en el barrio de Villa del Parque.

Y habló entonces el alado Hermes, a quien la oscura sombra había llenado de temor y de funestos presagios, y dirigió hacia ambas Diosas estas prudentes palabras:

«Diosas amadas, contened siquiera por unos instantes vuestra terrible cólera, dirigid, por favor, vuestras miradas hacia la calle Teodoro Vilardebo, y ved esa lenta y horrible sombra, que en implacables círculos, se mueve en torno a la casa donde, ignorantes de todo y escuchando gozosos a la ardiente señora de Giannello, se encuentran nuestros protegidos».

«Aguardad mi regreso, os lo ruego, antes de continuar vuestra disputa, pues, rápido como el pensamiento llegaré hasta la calle Teodoro Vilardebo entre Baigorria y Marcos Sastre, diligente averiguaré quién es esa sombra, quién la envía y qué es lo que busca o espera en aquel delicioso lugar, y luego volveré y os traeré de ello verídicas noticias».

Asintieron ambas Diosas con ligeros movimientos de sus hermosas cabezas, y así como parte la alada flecha del arco que un vigoroso brazo ha tendido hasta su punto máximo, así partió el Mensajero Hermes hacia la casa de Teodoro Vilardebo 2562, rebosante de glicinas.

IV

Hombrecitos, hermanos, entretenidos camaradas de especie, compañeros en esta despiporrada, transitoria aventura que llamamos vida, pasajeros fugaces de esta pelota efímera que pelotudamente gira, y gira en el espacio.

Hombrecitos, apenas una nada, una invisible cosquillita en el cosmos, apenas una copa de vidrio, una osamenta, un cachito de acrílico entre el polvo reseco de un planeta difunto que pelotudamente seguirá mañana girando y girando en el espacio.

Hombrecitos, carajo, pulgientos, asustados, enfermos monitos marchadores, aparecidos por pura carambola de vaya a saber qué jodido entrevero de los genes en algún mono mishio y atorrante (pero flor de padrillo, la verdad sea dicha).

Hombrecitos, parientes pobres, primos medio degenerados de tanto bicho hermoso, sosegado, sin revires, perfecto (digo el lémur, el mono espléndido, rico como ninguno en alimentos, el bisonte, de testuz respetable, el sigiloso lobo que depreda en manada, la pantera, el delfín, la cebra, el seguro elefante, el rápido venado inalcanzable, el prodigioso gato, la ballena, el león... tan bien plantados todos, tan dignos todos, tan de veras).

Putá, mis hombrecitos, mal hechos, azorados, julepeados, sufrientes, eternos contempladores de estrellas, curiosos, preguntones al pedo, bailarines de piantados rituales, inquietos, movedizos, charlatanes, contadores de sueños, contadores de extrañas pesadillas en que intervienen Dioses (a lo mejor medidas en hexámetros) frangolladores incansables de la madera, del barro, de la piedra, del bronce, de la lana, del cuero, de absurdos dibujitos que simbolizan sueños, o gritos o palabras.

Hombrecitos, adoradores del fuego, sopladores de flautas, golpeadores de parches, tocadores de cuerdas tendidas en un arco, aulladores, proferidores de piantados discursos que provocan el éxtasis, o el pavor, o el deseo, o la risa.

Hombrecitos, carajo, concedores de la muerte, desesperados inventores de parodias de vida; desesperados inventores de juguetes inútiles: el perfil coloreado de una mano en la piedra, una máscara, un dolmen, la Biblia, el Taj-Mahal, un enanito de jardín, los versos de la señora de Giannello, todo lo mismo, siempre, siempre lo mismo, voces chivando en el desierto, hermanos, angurria de no morir del todo, y bueno.

Hombrecitos, queridos, entrañables hombrecitos: calzoncillos, rulos, forúnculos, barritos, camisas de dormir, reumatismos, saponcios, almorranas, miedos, resfríos, malas digestiones.

Hombrecitos, sí, pero de pronto generosa entrega, coraje, centelleos de hermosa piantadura, amor, prodigio, prodigiosa belleza o heroísmo. Monitos marchadores sí, pero de pronto hombres, semejantes a Dioses, pero de pronto Dioses.

Hombrecitos, mis hombrecitos, puntitos hormigueando en la Tierra, todavía,

jugando a cosas raras, tambaleándose al borde de la muerte, cantando, preguntando, maldiciendo... bastante divertidos si se los mira bien.

V

La Agrupación Polimnia / Poetas Asociados de Villa del Parque (así aclarado figura en nuestras tarjetas de invitación) es una institución de bien común, totalmente dedicada al desarrollo y mejor conocimiento de las inquietudes poéticas de sus asociados. Fue fundada el 21 de septiembre de 1965 por un selecto grupo de destacados poetas de la zona, a inspiración de dos figuras señeras de la actividad cultural villaparquense: el imponderable señor Romualdo Chávez, ya mencionado, y la señora Brígida Ramírez de Urdampilleta, nuestra primera presidenta. El retrato del noble y severo rostro de la difunta señora Urdampilleta, junto con el retrato a la acuarela del prócer Domingo Faustino Sarmiento pintado por ella y donado a Polimnia en ocasión de su primer aniversario, presiden hoy a manera de perenne homenaje, nuestra salita de actos. Con frecuencia, el señor Chávez, la señora Zimmerman, o el joven Romilio Sosa, también a modo de recordación y homenaje, leen poesías de nuestra ex presidenta. Son breves y diáfanas composiciones de índole patriótica, dedicadas por lo general a nuestros próceres, a diversos sabios y educadores, a instituciones (como las Fuerzas Armadas, la Dirección Nacional de Vialidad, o la Caja de Ahorro), y a los distintos símbolos de la Patria. Eran en verdad composiciones que la señora Ramírez de Urdampilleta, tucumana y directora de colegio jubilada, solía leer durante los actos conmemorativos de su colegio, y que muchas de sus ex alumnas, Irene entre ellas, recuerdan con gran cariño y con profunda admiración. En particular el joven Romilio Sosa, un extraordinario recitador de resonancias telúricas, confiere a estos poemas, de sentido lirismo pero al mismo tiempo de contenido didáctico y moralizante, una arrolladora fuerza evocativa que realmente a todos nos hace estremecer.

La Agrupación Polimnia es por lo tanto, para la mayoría de nosotros, una bella palestra donde ejercitamos y desplegamos nuestra vocación, y también ¿por qué no decirlo? un amistoso refugio para muchas soledades. Yo particularmente debo a Polimnia mucho más de lo que cualquiera a primera vista podría suponer. Es cierto que mi acendrada vocación poética data de muchos años, pero también es cierto que nunca —si se exceptúan dos sonetos que publiqué en La Razón de Villa Devoto, y otro más, que tuvieron a bien incluirme en la Revista de la Asociación Bancaria— nunca, nunca repito, habría podido dar a conocer ésta mi antigua vocación con la asiduidad y sobre todo, con esa acogida sensible, cordial e inteligente que es gala principal de nuestra Agrupación.

Me especializo —con cierta timidez lo digo— en el soneto. Esa forma poética cerrada, íntima, perfecta, elaborada como una joya y capaz de expresar en su cincelada geometría los más sutiles y complejos sentimientos es, y seguramente lo será toda mi vida, mi forma natural de expresión. Como algunos han de saber, no es

una forma fácil, y son pocos entre nuestros asociados (con excepción del señor Mastandrea, acerca de cuyos sonetos prefiero no opinar por ahora), los que ocasionalmente la frecuentan. Ello me ha otorgado cierto modesto prestigio en la Agrupación, y me ha permitido, ya desde mis primeras lecturas en público, ocupar un sitio, como se suele decir, tener un nombre recordado y, me atrevo a decir, respetado entre los miembros de Polimnia.

En estos momentos estoy elaborando un tríptico de sonetos cuya oculta destinataria no es otra que Irene. Ardo en deseos de tenerlos listos para leerlos en una próxima tertulia de los miércoles. Y pienso si tácticamente no me convendrá aguardar el efecto que no dudo han de tener estos sonetos entre mis contertulios y en especial, claro está, en Irene, cuya sensibilidad poética no exagero al decir que es exquisita, antes de declararle formalmente mis sentimientos.

En sus comienzos las reuniones semanales de Polimnia se realizaban en el local de la Peña Folklórica «El Ombú», o en una oficina desocupada que la Asociación de Comerciantes de la Calle Cuenca nos cedía. Pero desde hace aproximadamente cinco años la generosa e inteligente gestión del señor Chávez nos permitió alquilar la bella casa de Teodoro Vilardebó donde actualmente nos reunimos, y que quizá podamos adquirir en propiedad dentro de poco tiempo.

Los miembros de Polimnia —tal vez sea conveniente aclararlo— pertenecen a muy diversos estratos sociales. Nos calumnian quienes insinúan que formamos un círculo cerrado y de difícil acceso. No hay requerimientos especiales para ser admitido como socio activo; fuera de las elementales exigencias de moralidad pública y privada que cualquier agrupación o club suele establecer. Sólo el amor a la poesía nos une, y está vedada, por expreso mandato de nuestros estatutos, toda discusión referida a la religión o a la política. Hay entre nosotros: maestras, empleados, comerciantes, algún miembro del Rotary Club de la zona, profesoras de música y profesionales. Pero también —y esto quiero recalcarlo— hay obreros, amas de casa, y hasta algún estudiante que en algún momento ha hecho su paso por la Agrupación.

Por su condición de honesto solaz y cálido refugio espiritual, con frecuencia se acercan a la sede de Polimnia: jubilados a quienes no satisfacen las consabidas reuniones del café o de la plaza (no es mi caso, pero creo que lo sería si, como ocurrirá dentro de pocos años, me llegara sorpresivamente la jubilación), mujeres solas, solteras (es el caso de Irene) o viudas, o señoras con hijos ya mayores y por lo tanto con el tiempo suficiente para retomar antiguas vocaciones. Por el mismo motivo no es infrecuente ver entre nosotros personas a quienes algún impedimento físico hace difícil otro tipo de actividades sociales. Un ejemplo es la señorita Kisternmacher, cultísima profesora particular de varias asignaturas, entre ellas el idioma alemán, y al mismo tiempo eximia poetisa (ha publicado dos libros y algunos de sus poemas han sido incluidos en la sección literaria de La Prensa), a quien trae su

mamá, o a veces una muchacha de servicio, en una silla de ruedas. O el ya nombrado Carlos Mastandrea, cultor como yo del soneto (debo confesar que con bastantes deficiencias), que anda sobre muletas. Y casi me olvido del señor Pasco, autor de bonitas letras para canciones folklóricas, que es no vidente.

Lo cierto es que Polimnia nos reúne y que, en medio de este caos de violencia y oscuros apetitos que se cierne sobre Buenos Aires en este verano de 1975, nuestra Agrupación es para nosotros una isla, un oasis de paz, un sitio donde todavía el culto del espíritu prima sobre la burda materia y bajo cuyo techo, y en especial junto a su patio florecido de glicinas, encontramos al fin lo que con obstinación la vida nos hubo negado durante tantos años: la posibilidad de crecer en hermandad poética (son palabras de nuestros estatutos), de establecer contacto con tantos bellos espíritus al conjuro de esta desinteresada, sincera e irrenunciable vocación que a todos nos iguala: la poesía.

VI

De of. subayudante Covas a of. principal Farías

A las 15:48 horas del día miércoles 19 de noviembre, fue estacionado el vehículo taxímetro de la repartición en el lugar prefijado por el agente Pascuali. No obstante hubo que correrlo luego diez metros hacia la calle Baigorria a indicación del sargento Longo pues la presencia del automóvil particular marca Peugeot, color verde, chapa N° 456.764 de Cap. Fed., del que descendió el sujeto Romualdo Chávez, llegó a dificultar parcialmente el ángulo de visión.

Levantada la capota de nuestro vehículo a fin de simular falla en el motor o recalentamiento, la dotación se distribuyó de acuerdo al siguiente plan: el que suscribe se situó frente al volante descendiendo de tanto en tanto para revisar el motor y aprovechar para echar una ojeada hacia el interior del domicilio en vigilancia cuando se abría la puerta de entrada. El cabo Ramírez se situó al lado, o sea también en el asiento de adelante, con la metralleta en la mano (aunque convenientemente oculta bajo una campera) en previsión de un ataque por sorpresa. El sargento Longo, provisto de todos los implementos fotográficos, se instaló en el asiento de atrás.

Desde nuestra hora de llegada hasta las 16:24 no hubo ninguna novedad en el domicilio de Teodoro Vilardebó 2562. A la hora antedicha tocó el timbre de entrada el primero de los concurrentes a la reunión. Se trataba de un sujeto grueso, de cabello entrecano y de entre 50 y 60 años, que era o aparentaba ser rengo pues avanzaba por la calle con la ayuda de 2 (dos) muletas, aunque con llamativa rapidez según lo hizo notar el sargento Longo. Acerca de este individuo cumpla en informar que el cabo Ramírez cree recordar su cara y demás señas particulares, de cuando revistaba en la seccional 37° pero dice que prefiere no anticipar nada todavía, y que espera la remisión de los datos de identificación para confirmar. Le franqueó la entrada el otro individuo joven, morocho, de bigote recortado que, según el correspondiente informe, ya había penetrado en horas de la mañana provisto de llaves. Tanto del uno como del otro se pudieron tomar varias fotografías.

A partir de las 16:40, comenzaron a llegar los restantes individuos. Se presentaban solos, o en grupos de dos o de tres. No tocaban timbre pues la puerta de entrada permanecía sin llave de modo que abrían por sus propios medios, entrando sin llamar. Todos ellos fueron cuidadosamente fotografiados por el sargento Longo quien accionaba continuamente el disparador de la cámara, y debió cambiar el rollo de película dos veces.

El sujeto Romualdo Chávez llegó a las 16:54. Descendió del ya descrito automóvil Peugeot color verde (que estacionó frente a la casa) en compañía de una mujer, no siendo ésta su habitual concubina de acuerdo a los informes que sobre él

poseemos.

A las 16:58 apareció por la esquina de Marcos Sastre el individuo Aníbal Frugoni y penetró poco después en la casa de la calle Teodoro Vilardebó. Con esto queda plenamente confirmada la denuncia recibida el día 15 ppdo. en cuanto a su concurrencia a reuniones en este domicilio.

A las 17:00 en punto se hizo presente una persona de sexo femenino de unos 30 años, quien era llevada en una silla de ruedas por otra mujer de mayor edad vestida con cierta elegancia.

A las 17:08 horas dobló la esquina de la calle Baigorria un individuo bajo, morocho, de unos 40 años, que aparentaba ser ciego pues golpeaba permanentemente el piso valiéndose de un bastón delgado de color blanco. Penetró asimismo en el domicilio y fue —el último en llegar, ya que después de él no se presentó ningún otro.

Penetraron en el domicilio de Teodoro Vilardebó 2562 exactamente 18 individuos, a los cuales hay que sumar el que ya se encontraba en el interior, lo que da un total de 19 concurrentes a la reunión.

Se continuó ejerciendo atenta vigilancia hasta pasadas las 22:00, con las únicas excepciones de dos breves idas a un bar de la calle Cuenca a objeto de que cumpliera urgentes necesidades el sargento Longo, el cual padecía de descompostura de vientre.

Durante nuestra permanencia en las inmediaciones del domicilio en cuestión pudimos escuchar en repetidas oportunidades fuertes aplausos, los que parecían motivados por discursos o proclamas que proferían diferentes oradores.

A las 21:35 se apagaron las luces del edificio y comenzaron a retirarse los individuos en pequeños grupos. No se utilizó la cámara fotográfica porque la luz resultaba insuficiente.

El último en salir fue el ya mencionado Romualdo Chávez quien echó llave a la puerta y se dirigió hacia el Peugeot en compañía de dos mujeres a quienes invitó a subir al auto siendo aceptado su ofrecimiento.

Se acompaña sobre conteniendo un total de 52 (cincuenta y dos) fotografías.

Se aguardan datos identificatorios a fin de proceder a ampliar las investigaciones.

Se sugiere disponer inmediato seguimiento y/o vigilancia domiciliaria a los sujetos Romualdo Chávez y Aníbal Frugoni.

P.D.: En caso de confirmarse la identificación del sujeto que cree recordar el cabo Ramírez, se trataría, según me lo acaba de manifestar a último momento, de un ex quinielero e informante policial con quien tuvo algún trato en el año 1962 y que nos podría ser de suma utilidad en este caso.

VII

Igual que el pensamiento cuando vuela raudo, y en el tiempo que dura un leve movimiento de párpados, visita lejanos mares, y montañas, y extensas praderas, y bosques habitados por sátiros, y ciudades donde los hombres hablan lenguas extrañas, así voló el divino Mensajero Hermes, el de las sandalias veloces, y llegó y se detuvo sobre el bien construido barrio de Villa del Parque.

Y he aquí que una negra sombra, semejante a la de un enorme chimango, giraba sin descanso, lenta y amenazante, sobre la vieja casa de la calle Teodoro Vilardebó 2562, entre Baigorria y Marcos Sastre.

Y en sus interminables vueltas cruzaba a veces por encima de la casa, y tomaba entonces el aspecto de una gran mancha que, semejante a un frío y nauseabundo animal, reptaba silenciosa por el acanalado techo de zinc, trepaba por las sólidas paredes encaladas, descendía hasta el embaldosado patio rodeado de bien regadas plantitas, y volvía a subir hasta la glicina de tupido follaje.

Pero la Sombra no era visible para los ojos mortales, y nadie, entre los que se encontraban en la casa, sentados en paralelas filas de sillas, dentro de una salita empapelada de azul, y escuchando las palabras que la señora Mastrocarbone de Giannello leía en una doblemente perforada hoja de carpeta Rivadavia, pudo verla, ni tuvo de ella ningún indicio.

Sólo Irene Bengoechea, grata a los Dioses, y que poseía condiciones de sibila, tuvo un estremecimiento en el instante mismo en que la Sombra cruzaba por el techo de la salita. Más, sin conocer la verdadera causa del estremecimiento, y creyendo que sólo se trataba de un temblor causado por el frío, tomó un saquito de lana, y se lo echó sobre los hombros, ante la preocupación del señor José María Pulicicchio.

Pero sí podían ver la Sombra con absoluta nitidez los divinos ojos del Mensajero, por lo que, lleno su corazón de temor, y dispuesto todo su cuerpo para la vergonzosa huida, le habló así Hermes, a quien amó Afrodita.

«Oh desconocida Sombra, enviado soy de los Dioses del Olimpo, Hermes, el Mensajero, es mi nombre. Soy hijo de Maia y del tonante Zeus. Por los Inmortales te conjuro a que me reveles tu nombre, me digas quién te ha enviado a este barrio de Villa del Parque, rico en paraísos, y qué buscas o esperas de los hombres que habitan este sosegado lugar».

Y, deteniéndose entonces sobre la copa de un enorme paraíso de la calle

Baigorria, el cual oscureció de pronto como si la negra noche hubiera caído sobre él, con bronca y taciturna voz habló la Sombra y pronunció estas terribles palabras:

«Prudente Mensajero, te conozco, y sé que los Dioses te confían importantes mensajes. Escúchame por lo tanto con atención y transmite lo que voy a decirte a fin de que ninguno de los Inmortales ose perturbar la misión que otro poderoso Inmortal me ha encomendado».

«Sabe pues: mi nombre es El Anunciador de la Muerte. Me envía Edes, el de los negros caballos, para que durante todo el día de hoy, 3 de diciembre de 1975, gire implacable en torno de la casa de Teodoro Vilardebó 2562, y aguarde el momento propicio para transportar a la oscura Mansión de donde provengo, las almas de varios mortales que ahora se encuentran bajo ese techo, y cuyos nombres guardo en mi infalible memoria».

Y temblando, volvió a preguntar el infatigable Hermes: «Dime, por favor, oscuro Anunciador de la Muerte, ¿cuántos, entre los mortales que ahora escuchan cómodamente sentados las fervorosas palabras de la señora Giannello, son destinados por el implacable Edes a descender a su negra Mansión?; ¿cuál es el nombre y apellido de cada uno de ellos?; ¿cuál es la causa por la que el Dios procede de esta terrible manera?».

Y agitando espantable las ramas del paraíso contestó así El Anunciador de la Muerte: «Atiende bien, divino Mensajero. Doce es exactamente el número de mortales a quienes vengo a buscar. Pero no me está permitido revelarte sus nombres, ni la causa por la que así procede el innombrable Edes. Si lo hiciera, tú se lo comunicarías rápidamente a algunos de los Inmortales, y tal vez éstos intentarían (vanamente, te lo anticipo) interferir la acción que cuidadosamente ha planeado el que reina en las profundidades, lo que provocaría su temible disgusto».

Y sobreponiéndose a su temor, por tercera vez volvió a preguntar Hermes, el de las sandalias veloces. «No te impacientes ante mis preguntas, Divino Anunciador del subterráneo Edes, pues ésta es la última que he de hacer: ¿de qué manera procederá?; ¿de cuáles medios humanos o divinos se valdrá el luctuoso Dios para segar doce vidas entre los que, ignorantes y confiados, ocupan en respetuoso silencio aquella salita empapelada de azul?».

Pero no contestó a las preguntas del diligente Hermes, la Sombra Anunciadora de la Muerte, sino que, con desagradable rumor, abandonó las ramas del paraíso, las cuales se agitaron como si un helado viento hubiera soplado sobre ellas, y continuó su lento vuelo abominable en torno a la casa de Teodoro Vilardebó 2562.

Y el temor volvió a apoderarse de Hermes, el cual retrocedió primero, creyendo que la Sombra habría de atacarle, y luego voló rápido en dirección al Olimpo a fin de transmitir a las Diosas todas estas dolorosas noticias.

VIII

La señora de Giannello estaba por terminar la lectura de su bello poema. Con serena y digna actitud fijó sombríamente la vista en el lugar que había ocupado el señor Frugoni. Luego la levantó dirigiéndose a un oyente celestial, y dejando caer sus brazos en un inesperado gesto de resignación y humildad, terminó su lectura con un verso que guardaré siempre en mi memoria. «Si mi destino es esperar, espero», dijo, y bajó la cabeza como quien acaba de hacer una difícil confesión.

Estallaron fuertes e ininterrumpidos aplausos. Creo que pocas veces en nuestra salita se había premiado una composición de un modo tan fogoso y desbordante. Ello hablaba bien a las claras de la honda resonancia que el poema había suscitado entre los contertulios. Irene aplaudía nerviosamente; parpadeaba y le temblaba el mentón, conmovida por la palabra y el gesto de la señora de Giannello, quien apretando ahora en su mano las hojas de carpeta Rivadavia, agradecía con rígida sonrisa. Yo también aplaudí con entusiasmo, pero debo decir que mi preocupación por la reciente actitud del señor Frugoni iba en aumento. Necesitaba saber dónde había ido, ver si podía ayudarlo tal vez. No esperé más; todavía resonaban algunos aplausos cuando le dije a Irene que aguardara un momento y me levanté.

Importunando al pasar a los que ocupaban las sillas vecinas —el señor Pasco, una señorita que no conocía y a quien para mi sorpresa no había visto entrar, y la mamá de la señorita Kisternmacher— abandoné la salita de actos y salí al patio.

Me dirigí de inmediato hacia la pequeña habitación del fondo donde suponía habría de encontrar al señor Frugoni. Pero al atravesar el patio, ya casi en penumbras, se me ofreció como una bendición a la vista el para mí siempre maravilloso espectáculo de la glicina. Es una vieja planta que, apoyada en soportes de hierro también viejos y herrumbrados, cubre el patio de nuestra sede casi en su totalidad. No pude menos que detenerme un instante a contemplarla. Aunque estábamos a principios de diciembre conservaba todavía algunas flores entre su ya tupido follaje. Observé con delectación el entrecruzarse de las viejas y nuevas ramas. Algunas guías vigorosas, brotadas en la última primavera, se enroscaban con pujante sensualidad en torno a viejos y nudosos troncos. Así habrán de permanecer para siempre, pensé; unidos en ese cada vez más firme, estrecho y vigoroso abrazo. Y se me ocurrió de pronto que eso del vigor, de la sensualidad, y sobre todo lo del estrecho abrazo eran imágenes adecuadas para incluir en mi tercer soneto a Irene. Para no olvidarlo tomé mi libreta de apuntes y rápidamente esbocé el contenido esencial de este pensamiento. No debí demorar más que breves segundos, y continué mi camino en busca del señor Frugoni.

Lo encontré efectivamente en la piecita del fondo. Estaba sentado frente al teléfono, y se tomaba la cabeza con las manos. El joven Romilio Sosa —a quien era

posible que no hubiera visto pasar, abstraído como estaba con mis anotaciones— se me había adelantado. Él también seguramente había percibido algo inquietante en la actitud del señor Frugoni porque, sin vacilar y demorarse como yo, había seguido sus pasos, y ahora estaba allí, de pie a su lado, palmeándole afectuosamente el hombro como tratando de calmarlo o consolarlo.

Me conmovió realmente el gesto de Romilio. Ese muchacho morocho, provinciano, obrero en una fábrica textil, que se nos había presentado un día por pura casualidad (era novio de la muchacha de la señorita Kisternmacher) y que desde entonces no había faltado a ninguna de nuestras tertulias, estaba demostrando, con su simple y solidaria actitud, una condición de humanidad, de aguda percepción de los problemas del prójimo de la que evidentemente habíamos carecido, por lo menos en este caso, muchos de nosotros. Recordé entonces su variada actividad en nuestra Agrupación: él se había encargado de pintar el frente del edificio, de arreglar el jardín, de tapar algunas goteras, y de componer el dintel de la puerta. Todo por propia iniciativa y sin que nadie jamás le hubiera sugerido la necesidad de hacerlo. Bajo otros aspectos llamaba la atención su gran deseo de aprender, y la facilidad con que retenía extensos poemas que luego, con su cadencioso acento tucumano, recitaba en forma excelente. Él también escribía pero, no sé por qué, se negaba aún a hacernos conocer sus composiciones. Era siempre amable y sonriente con todos, y resultaba evidente que se encontraba cómodo en nuestra compañía y que gustaba mucho de nuestras reuniones de los miércoles.

Me conmovió, repito, el cálido gesto del joven Sosa. Sentí que ese gesto amistoso, virilmente tierno y comunicativo (que yo, debido a cierta rigidez de mi carácter, me sentía incapaz de ofrecer) era lo único posible y sin duda lo único útil en aquel momento. Es que su llaneza y su seguridad eran realmente envidiables: Romilio no hacía preguntas, no pronunciaba palabras superfluas, simplemente golpeaba el hombro del señor Frugoni en amistoso silencio, como si en realidad estuviera consolando a un hermano, a un muchacho de su misma edad. Comprendí que debía respetar ese silencio y permanecí allí, recostado contra el marco de la puerta, mirando hacia los dos, sin pronunciar yo tampoco una palabra.

Pero, no me atrevo a decir si por suerte o por desgracia, casi inmediatamente detrás de mí llegó la señora Zimmerman quien es, como yo, vocal titular de la Agrupación. No es que dudara de la inteligencia y el buen tino de la señora Zimmerman pero creo que no podían darse en aquel momento y en aquella piecita, una actitud y un temperamento más opuestos a los del joven Romilio.

Trataré de explicarme. La señora Zimmerman ha sido actriz de teatro vocacional judío por los años cuarenta. Aunque conserva un ligero acento idisch, ella también, al igual que Romilio, es una extraordinaria recitadora. Su notable ductilidad le permite expresar con gran riqueza de matices el tono apasionado, o dramático, o tierno o

infantil que requieren los poemas, muchas veces ajenos, que gusta recitar. Ella misma es autora de numerosísimos poemas, de tipo infantil en su mayoría, y algunos de ellos han sido publicados en revistas literarias. Además de trabajar febrilmente en Polimnia (y de hacerlo notar puntualmente en cada reunión de Comisión Directiva), la señora Zimmerman milita en la Unión de Mujeres Argentinas, es miembro de la subcomisión de cultura de no sé cuál entidad judía, da conferencias sobre educación infantil y publica artículos periodísticos en revistas femeninas. Debió haber sido una mujer muy hermosa. Hoy es una señora bajita, regordeta y de carácter algo autoritario.

En fin, también ella había percibido, por supuesto mucho mejor que cualquiera de nosotros —según el modesto juicio que casi con seguridad ya se estaría formulando ella misma— el oscuro drama que se escondía detrás del poema de la señora de Giannello y de la denunciadora huida del señor Frugoni. No vaciló un segundo. Se sentó junto al señor Frugoni, con suave e indiscutible ademán nos indicó a Romilio y a mí que nos retiráramos, y con su mejor y más maternal acento idisch, le dijo: «Usted y yo tenemos mucho que hablar, ¿no es cierto, querido?».

IX

De oficial principal Farías a comisario Bevilacqua

21 de noviembre de 1975

Cumplo en comunicar a esa Superioridad que se han confirmado plenamente las sospechas del cabo Ramírez respecto al sujeto mencionado en el informe del 20 de noviembre ppdo. incluido en el rubro: Vigilancia Finca Teodoro Vilardebó 2562. O sea que ya tenemos su prontuario.

La circunstancia de que esto haya ocurrido antes de que obraran en nuestro poder los datos requeridos, habla claramente en favor del celo y la vocación de servicio puestos como siempre por el cabo Nicodemo Ramírez en el cumplimiento de su patriótico deber.

Atendiendo a estas consideraciones sugiero que el cabo Ramírez sea tenido especialmente en cuenta en ocasión de elevarse ante la Jefatura las próximas solicitudes de ascenso.

Cumplida esta elemental actitud de justicia con el personal que revista bajo mis órdenes, paso al tema principal del informe.

El sujeto en observación se trataba efectivamente de Carlos Argentino Mastandrea (a) El Rengo, argentino, de 59 años, viudo, C.I. N° 1.453.806 de Capital Federal y con domicilio en Charlone 934, de esta Capital, quien en el año 1962, luego de cumplir una condena de 30 días por infracción a la Ley de Juegos, se avino a colaborar voluntariamente y sin percibir por ello ningún estipendio, como informante policial en la seccional 37a.

Debo aclarar, a fin de destacar el alto nivel de inteligencia y dedicación de mi subordinado, que el cabo Ramírez, para lograr su difícil objetivo, se hizo presente el día jueves 20, a las 21:00 (estando franco de servicio) en el bar sito en la esquina de Federico Lacroze y Álvarez Thomas, pues recordó que el mencionado Mastandrea solía frecuentarlo en otras épocas. Tal como lo suponía, allí mismo lo encontró compartiendo una mesa de truco con otros tres individuos. Sin darse a conocer, el cabo Ramírez aguardó en una mesa apartada. Las frases escuchadas (por lo menos las que los sujetos proferían en alta voz), se referían exclusivamente a las contingencias del juego, no escuchándose ninguna referencia a tema político o semejante, por lo que no se creyó conveniente registrarlas.

A las 23:37 Mastandrea, luego de abonar la consumisión y de despedirse de sus compinches, hizo abandono del bar, por lo que el cabo Ramírez procedió ipsofacto a su seguimiento.

Además de los datos mencionados ut supra, el cabo Ramírez, valiéndose de sus vinculaciones en la zona, obtuvo algunos otros que nos serían de suma importancia

en el caso de que Mastandrea se obstinara en no prestar colaboración, a saber:

1) Conviven con él, en el antedicho domicilio de Charlone 934, una hija suya de nombre Clara, su yerno de apellido Rosales, colectivo en la línea 63, y dos hijos de este matrimonio de 9 y 7 años de edad y de sobrenombres Tito y Pucho respectivamente.

2) El principal medio de vida del sujeto parece ser el préstamo a usura, que alterna o encubre con la venta de relojes y alhajas a crédito entre el personal de varias líneas de colectivos.

22 de noviembre de 1975

Siendo exactamente las 9 horas del día de la fecha se hizo presente el cabo Ramírez en el domicilio de Charlone 934 dándose a conocer de inmediato pues salió el mismo Mastandrea a atender el llamado a la puerta.

El sujeto en un primer momento simuló no recordarlo pero luego, ante varias evidencias presentadas (fecha de detención, participación en el esclarecimiento del asalto a la mueblería de Av. Forest, delación del plomero fabricante de clavos miguelitos, etc.), terminó por admitir que sí.

Preguntado sobre si aún mantenía vinculación con la seccional, contestó negativamente, y que sólo había cumplido esas funciones por breve tiempo y debido a que no le quedaba otro remedio.

Preguntado sobre qué quería significar con eso de que no le quedaba otro remedio, contestó que el extinto comisario Ducasse lo había amenazado con meterlo preso de nuevo y molerlo a palos si se negaba a colaborar con él.

Preguntado sobre cuándo se había desvinculado de la repartición y sobre el motivo que lo había inducido a ello, contestó que desde diciembre de 1964, y como consecuencia del fallecimiento del comisario Ducasse, precisamente en esa fecha.

Comunicado que conocíamos su estrecha vinculación con la gente de Polimnia, y preguntado si tenía interés en colaborar voluntariamente en la averiguación de algunos detalles sin mayor importancia, contestó que lo lamentaba mucho pero, debido a su edad y al estado precario de su salud, prefería no reiniciar contactos con la repartición.

Preguntado sobre la manera en que se había iniciado su vinculación con Polimnia, contestó que por medio de una tal Aurelia Kisternmacher, a quien conoció accidentalmente en el Instituto de Rehabilitación del Lisiado.

Preguntado acerca del verdadero móvil de esta vinculación, contestó que su afición a los versos lo había determinado a aceptar la invitación formulada por la Kisternmacher, y luego a concurrir sin ningún compromiso de su parte, a algunas reuniones de dicha agrupación.

Preguntado sobre la índole o temática de los versos que él componía, contestó que

los suyos eran en general de índole triste.

Conminado a que no se hiciera el idiota y a que confesara de una buena vez qué carajo se hacía en aquellas reuniones, contestó que, por lo menos en las que él había estado presente, sólo se recitaban poesías y/o versos y que, dentro de lo que él tuviera noticias, no se levantaban números, ni se jugaba a las cartas ni a ningún otro juego de azar, ni se ejercía ningún tipo de comercio infame.

Preguntado en forma sorpresiva sobre si conocía a los elementos marxistas que frecuentaban la Agrupación, contestó que a su entender, no había ningún elemento marxista en la Agrupación.

A raíz de esta contestación insolente y desacatada, el cabo Ramírez le impartió la orden de arresto, comunicándole que debía comparecer de inmediato ante el oficial principal. La orden fue acatada por el sujeto sin ofrecer resistencia.

Traído a mi presencia se procedió previamente a un ligero ablande a fin de hacerlo desistir de su actitud obstinada y rebelde. Se le recordó luego, como al pasar, algunos de los negocios sucios en que andaba metido. Y se le demostró que conocíamos perfectamente los lugares de trabajo de su hija y su yerno, como asimismo la dirección de las escuelas donde concurrían sus nietos. Hecho esto, y después de algunos minutos de interrogatorio más bien liviano, Mastandrea decidió buenamente y por propia voluntad prestarnos su desinteresada colaboración. Se le comunicó que, en principio, sólo se le pedía la lista completa de los asociados a Polimnia, con sus nombres completos y sus respectivos domicilios.

Preguntado sobre si estaba en condiciones de obtener esos datos para el día siguiente, contestó que recién podía contar con ellos el día miércoles 26, o sea durante la próxima reunión, y que una vez obtenidos, él mismo los entregaría personalmente a quien se lo indicaran.

Informado que para evitarle molestias, el cabo Ramírez iría personalmente a retirarlos a su domicilio el día 27 de noviembre a las 8 de la mañana, no tuvo mayores objeciones que hacer.

Continúa vigilancia de Teodoro Vilardebó 2562, ahora con cuatro turnos diarios. Hasta el momento, sin otra novedad.

X

Y mientras la Sombra continuaba trazando lentos y amenazadores círculos en torno a la casa de Teodoro Vilardebó con el fin de procurar, esa noche, la helada muerte a doce de entre sus magnánimos ocupantes, rápido volaba el Mensajero hacia el Olimpo, de cumbres numerosas, adonde llegó en brevísimo tiempo.

Y la indómita Atenea y la sin igual Afrodita se hallaban sentadas en una misma cumbre, pero dándose sus divinas espaldas pues, presas de antiguo rencor, no deseaban hablar entre sí, ni dirigir siquiera, una a la otra, tan sólo una mirada de sus refulgentes ojos.

Por lo cual, agitando todavía el pecho a causa de su reciente y funesto encuentro, se dirigió así a ambas Diosas y pronunció estas palabras cargadas de amargo reproche, Hermes el de las sandalias de oro:

«En verdad que harían muy bien los afanosos mortales en olvidar de una vez por todas a sus mezquinos e indiferentes Dioses, quienes, tal vez debido a los muchísimos años, o a sus continuas y debilitadoras rencillas, o simplemente a sus vanidades indignas, han permitido que se empañaran sus ojos, se taparan sus oídos, y se secan y empequeñecieran sus corazones, en otro tiempo valientes y generosos».

«Pues habéis de saber, Diosas, que mientras vosotras permanecéis aquí, ocupadas en interminables e inútiles reyertas, el odioso Edes no pierde como vosotras su tiempo en vanas disputas sino que, infatigable y solícito, dispone la destrucción de los mortales a quienes, sin ninguna justicia, llamáis vuestros protegidos».

«Esa sombra que desde aquí estamos viendo, oh frívolas y peleadoras Olímpicas, no es otro que El Anunciador de la Muerte, enviado por el subterráneo Edes a fin de procurar en esta misma noche, la irreparable muerte a doce de entre los que satisfechos y despreocupados, se encuentran en este momento escuchando las emotivas palabras de la señora de Giannello».

«No conozco el nombre ni el apellido de cada uno de los doce sentenciados por Edes, ni sé el motivo por el cual el innombrable Dios procede así, ni tampoco la terrible y sin duda sangrienta manera de la cual se valdrá esta noche para llevar a cabo su largamente ordenado plan. Sólo sé que los designios de Edes son ineluctables, y que nada podrán hacer los demás Dioses, aunque se juntaran todos en contra de él, para impedirlo».

Habló así el divino Mensajero, y el corazón de la intrépida Atenea se acongojó a

causa de la irreprochable Irene Bengoechea. Afrodita derramó calientes lágrimas a causa del destino que aguardaba a José María Pulicicchio y a la sin par señora de Giannello. Y Hermes se dolió por sus protegidos, el señor Aníbal Frugoni y el señor Romualdo Chávez, ambos hábiles y elocuentes vendedores.

Y habló entonces la indómita hija de Zeus, la valiente Atenea, y pronunció estas aladas palabras: «Con sabiduría has hablado, prudente Hermes, aunque el cruel reproche haya endurecido tus palabras».

«Bien veo ahora desde aquí los negros e implacables círculos que traza en torno de nuestros queridos mortales el frío Anunciador de la Muerte, enviado por el morador de las sombras, el subterráneo Edes».

«Y aunque sé tan bien como tú que nadie puede torcer los designios de Edes, el de ilustres caballos, déjame, te lo ruego, meditar por un breve instante. Y a ti, bella Afrodita, te invito a que hagas lo mismo».

«Pues es necesario que veamos de qué manera, acorde con nuestras fuerzas, habremos de proceder durante las próximas horas. Si no podemos evitar la negra Ker de la muerte a nuestros protegidos, hagamos por lo menos que los últimos momentos que han de pasar sobre la tierra fecunda, les sean placenteros».

«En cuanto a ti, prudente Mensajero, ve rápido, pues tus aladas sandalias así te lo permiten, e introdúctete sigiloso en la oscura Mansión del poderoso Edes».

«Si la Sombra no ha querido decirte la causa por la que así procede el implacable Edes, ni el modo terrible de que se valdrá para transportar doce almas a su Mansión antes de que termine el día, tal vez algún servidor, de los muchos que por allí deambulan en las sombras, ignorante de nuestros planes, se avenga a decirte la verdad».

«Ve pues y no te demores. Cuando, agitando las alas de tu casco y de tus sandalias, regreses al Olimpo, tanto Afrodita como yo habremos meditado lo suficiente, y entonces decidiremos, de acuerdo con las noticias que traigas, nuestra forma de actuar durante el brevísimo tiempo que aún nos queda».

Y obedeció el diligente Hermes, y rápido como el viento, voló en dirección de la oscura Mansión de herradas puertas, donde reina el taciturno Edes, mientras las Diosas, desde una cumbre del Olimpo, fruncidos sus divinos entrecejos, miraban hacia la casa de Teodoro Vilardebó 2562, y meditaban en profundo silencio.

XI

Tanto el joven Romilio Sosa como yo nos sentimos en un primer momento algo así como postergados y hasta ¿por qué no? un poquito humillados ante el proceder un tanto autoritario de la señora Zimmerman. No era que nos atreviéramos a disputar su papel de psicóloga y de conferencista sobre educación infantil, pero nos pareció que tratarnos lisa y llanamente como criaturas molestas resultaba algo excesivo. Nos miramos en forma por demás elocuente y dejamos a la señora Zimmerman a solas con el señor Frugoni en la pequeña habitación del fondo.

Estábamos atravesando el patio para volver a la sala de actos, cuando Romilio me dijo: «Bueno, creo que después de todo es lo mejor». Lo entendí perfectamente, y no pude menos que alegrarme y darle la razón. Y era que ambos habíamos comprendido —como si una simultánea claridad nos hubiera iluminado de pronto— que de ningún modo debíamos sentirnos menoscabados por lo que nos había ocurrido hacía unos minutos, y que si alguien era capaz de llevar la paz al atormentado espíritu del señor Frugoni, ese alguien no podía ser sino la señora Zimmerman. Un bello espíritu —estoy seguro que alcanzamos a pensar los dos al mismo tiempo—, a pesar de su actitud disculpablemente mandona, y poseedor de una infinita capacidad de comprensión.

Depositamos pues, limpios nuestros corazones de cualquier resentimiento, toda nuestra confianza en la señora Zimmerman, a quien seguramente Dios estaba iluminando, y entramos en la salita de actos donde aún no había concluido el primer intervalo.

Ya dije que la noche era bastante calurosa. No sé a quién se le había ocurrido encender por fin el ventilador, y el utilísimo artefacto de pie que habíamos adquirido recientemente, bello, esmaltado en un agradable color verde claro, de amplias paletas y de un andar casi silencioso derramaba bienhechoramente sobre todos una brisa fresca y vivificante.

Irene había abandonado su silla y se encontraba parada junto a nuestra secretaria de actas. No pude dejar de observar las manos de la señora de Giannello: nerviosas, plegaban y volvían a desplegar las tres hojas manuscritas de carpeta Rivadavia. Oí en ese momento la voz de Irene y confieso que al oírla volví a experimentar la dulce emoción de siempre. Es una voz de tono ligeramente grave aunque provista al mismo tiempo de cristalinas resonancias. Justamente a su voz dedico el segundo de los sonetos (ya casi terminado) en el cual la comparo a una campana de cristal sumergida en las aguas de un sereno lago de aguas muy profundas.

Irene, inteligentemente, elogiaba la estructura del hermoso poema que acabábamos de escuchar. Con ésa su franqueza, no desprovista de cierta graciosa timidez, que es para mí uno de sus principales atractivos, felicitaba a la señora de

Giannello. Le hablaba del sentido dramático del poema, de la adecuada distribución en estrofas de los endecasílabos, de la emoción creciente que cada una de esas bellas estrofas le había provocado. La señora de Giannello con sencillez y con esforzado aplomo sonreía y agradecía los elogios, pero no dejaba de echar hacia el patio, ya totalmente a oscuras, rápidas y ansiosas miradas. Impaciente, quiso encender un cigarrillo pero, por dos veces consecutivas, el aire impulsado por el ventilador apagó su fósforo. Ocurrió entonces algo que es mi deber mencionar. El señor Chávez, quien se hallaba en el otro extremo de la sala, conversando muy animadamente con la señorita Kisternmacher y con el señor Mastandrea, atravesó presuroso la sala y, con un amplio gesto lleno de galantería, le ofreció fuego con su encendedor. No diré que me extrañó esa actitud gentil, muy propia del señor Chávez, pero me pareció que en este caso había algo de demasiado solícito, tal vez intencionado en ella. A Irene también la sorprendió la prontitud con que había acudido nuestro presidente, y así me lo hizo saber con un casi imperceptible movimiento de cejas. Pensé que tal vez era esa mi oportunidad para iniciar, partiendo de aquella ingenua complicidad, un trato más íntimo o confidencial con ella. De modo que, dejándole ver que había percibido y comprendido su gesto, pero que dadas las circunstancias era necesario disimular, me dirigí a la señora de Giannello para besar su mano y manifestarle yo también mis sinceros elogios a su poema.

En ese preciso momento el señor Mastandrea, quien había venido andando silenciosamente sobre sus muletas, siguiéndolo al parecer el señor Chávez, un poco intempestivamente se nos acercó. Tenía la frente perlada de sudor y la mirada incómoda y huidiza. Balbuceó con torpeza (e ignorancia) algo que pretendía ser una alabanza hacia la señora de Giannello, y luego, pesadamente, permaneció con nosotros en una actitud que no vacilo en llamar embarazosa. No tenía nada que decir, y creo que apenas entendía lo que conversábamos.

Como consecuencia de ello también nosotros (Irene, la señora de Giannello, el señor Chávez y yo), poco a poco fuimos quedando en silencio, afectados, supongo yo, de una manera incomprensible por aquel molesto e incivil silencio de Mastandrea. Tuve la sensación de que su pensamiento se encontraba muy en otra parte. Tal vez en sus horribles sonetos, me acuerdo que alcancé a pensar, en el momento en que Mastandrea, con una absoluta falta de tacto o de buena educación, me tomó el brazo y me llevó aparte. Por segunda vez en esa noche dirigí a Irene una mirada cómplice y un cómico gesto de «qué le vamos a hacer», que ella recibió con una sonrisa, y me resigné a escucharlo.

El bueno del señor Mastandrea, que seguía transpirando a mares, vacilaba, tartamudeaba. Comenzó hablándome en forma vaga de las reuniones de la Agrupación a las que calificó de imprudentes, «sobre todo con las cosas que están pasando», me dijo. Y sorpresivamente se largó a decir que debíamos ser más

discretos, más cuidadosos, «más piolas, ¿me entiende?», dijo acercando el dorso de su mano a su boca como si me estuviera transmitiendo vaya a saber qué importante secreto. Ya bastante molesto le pregunté directamente qué era lo que me quería decir.

XII

28 de noviembre de 1975

De comisario Bevilacqua a inspector mayor Guso, de Superintendencia de Seguridad

Querido Negro:

Ayer tenía toda la intención de pasar a la nochecita por tu oficina, pero a último momento se me complicaron las cosas. Aprovecho por lo tanto el viaje del suboficial Grossi para hacerte llegar todo el papelerío que te pensaba entregar personalmente (en realidad era un pretexto para charlar un rato con vos; espero que se nos haga en cualquier otro momento).

Fíjate, Negro, que entre tanto informe más bien al pedo hay dos o tres cosas que realmente tenía ganas de comentar con vos. Una es la cuestión ésa del tipo que tuve que entregar a la gente de El Chivo. Recién me entero que el pelotudo del subinspector Dileo lo había asentado lo más pancho como detenido. Y para colmo cometió la suprema boludez de comunicárselo a los parientes. Siempre tan atento este infeliz. Y buen, ahora anda por ahí algún diario con solicitadas y otras pajerías por el estilo. Y aparece mi nombre. A ver cómo podemos arreglarlo, hermano. Me falta poco para jubilarme y te confieso que ya me pudre bastante todo esto.

Otro asunto, que de alguna manera tiene que ver con el anterior, es una circular del Jefe del Ejército 1, que recibí ayer a la mañana. A raíz de los numerosos atentados... etc.... etc., ordena que se refuercen las custodias en casa de 26 milicos que tengo en la zona, y se eleven a no menos de 3 (tres) por domicilio.

¿Me querés decir de dónde carajo saco 52 agentes de civil sin dejar en pelotas a la mitad de nuestro personal superior, o una docena por lo menos de fábricas importantes? Vos que estás más en la pomada, decime qué tengo que hacer, por favor.

Y el tercer asunto que te quería comentar es el de la finca ésa de Teodoro Vilardebó. No le di mucha pelota al principio, y te lo manifesté personalmente, por el origen de la denuncia. Vos sabes: la mesa de trabajo de Cuenca y Nogoyá. Casualmente donde anda metida la mujer de Frugoni, flor de loca. Pero parece que la cosa es más seria de lo que suponía. Ya te vas a enterar cuando le echés una ojeada a estos papeles. Van los informes del agente Pascuali, del oficial subayudante Covas, y del oficial principal Farías. Va también un sobre con las 52 fotos que se sacaron. Dentro del mismo sobre, fijate, encontrarás una lista con los nombres completos, domicilios y números de documentos de todos los asociados o concurrentes a Polimnia. Es copia fiel de la que entregó Mastandrea al cabo Ramírez, cuando se presentó el día jueves 27 a las ocho de la mañana, tal como se había convenido, a retirarla de su domicilio.

Para conseguir esa valiosa lista, el tipo le dijo al presidente que la necesitaba pues quería cursar una felicitación de fin de año a todos los socios. Por lo tanto no hay problemas en cuanto a que se haya despertado alguna sospecha.

Otra cosa más. Mastandrea, según el cabo Ramírez, estaba bastante asustado e incurrió en varias contradicciones al hablar con él. Eso significa que su compromiso con la Agrupación es mucho mayor de lo que el sujeto quiso dar a entender en sus primeras declaraciones. Tenelo en cuenta.

De todas maneras (te lo digo para tu tranquilidad) el cabo Ramírez no intentó apretarlo demasiado. Al contrario; se mostró sumamente amable con él, y le dijo que, puesto que estaba colaborando de buen grado con nosotros (y si no decía de esto una sola palabra a nadie) no tenía motivo para temer por él ni por los suyos. Bien, ¿no?

De puro agradecido Mastandrea nos hizo el obsequio al cabo Ramírez, a Farías y a mí de tres relojes de ésos que tiene para vender a crédito. Por las dudas lo mandé inmediatamente de vuelta a Ramírez para que se trajera firmado un lindo recibo de pago al contado, no sea puta.

Personalmente creo que otro interrogatorio, y éste canta hasta la Cumparsita con variaciones y todo. Pero por ahora es preferible seguir así, dejándole sogas largas, vaya que de apurados levantemos la perdiz y se nos vuelen algunos pájaros.

Me olvidaba decirte, Negro, que los domicilios están todos bien actualizados. Y también que en cualquier momento el señor Mastandrea te va a hacer llegar un reloj de dama para que quedes bien con alguien. ¿O preferís de caballero?

En fin, contéstame lo que te pregunté respecto a las custodias y trata de solucionarme pronto el fato ése de la solicitada. Ahora que ya tenes todos los papeles en la mano hace que se muevan rápido con los prontuarios, que por aquí los estamos esperando.

Venite el sábado a cenar con la patrona y los chicos, ¿qué te parece?

Un abrazo:

Bevilacqua

XIII

Así como el gavilán, que desde muy alto cae en línea recta sobre un pequeño ratón que corretea indefenso por el campo, así se precipitaba el divino Hermes hacia la subterránea Mansión de Edes a fin de cumplir los deseos de Atenea, la de los ojos claros.

En brevísimo tiempo llegó y, vertiginoso, atravesó el umbral bronceado y las puertas de hierro, pues a causa de su gran velocidad, no pudieron impedir su paso ni el sombrío barquero, ni los tres hocicos sangrientos del terrible perro que vigilaba la entrada.

Y la Mansión de Edes semejaba una inmensa caverna surcada por ríos negros y profundos. Y la temible penumbra y el frío goteaban sin descanso de sus húmedas paredes. Y el silencio, sólo interrumpido por ecos lejanos y misteriosos, oprimía el corazón del valeroso Hermes.

Y las numerosas almas de los muertos deambulaban silenciosas por entre los infinitos laberintos. Pero las Keres, las Moiras y los servidores directos del innumerable Dios, ocupaban lugares de privilegio junto a la playa de los ríos, o sobre protegidos valles y planicies.

Y divisó Hermes un elegido grupo, bien instalado en un ancho y cómodo promontorio, apartado de los demás muertos. Y pensó entonces el divino Hermes que alguno de los protegidos y directos servidores de Edes, ignorante de su condición de Mensajero de los Olímpicos, tal vez podría darle con prontitud las respuestas que la Sombra, malignamente, le había negado.

Y el grupo estaba formado por muertos muy ilustres pues todos ellos habían sido en vida militares o guardadores del orden. Y todos habían muerto en manos de elementos subversivos. Y todos habían sido amados por el taciturno Edes pues, durante sus pasos sobre la tierra, le habían procurado numerosas almas a su Mansión.

Y, tomando entonces el aspecto de un alto jefe militar, recién llegado a la Mansión de Edes, habló así Hermes, el de las aladas sandalias:

«Oh muertos ilustres, servidores fieles del poderoso Edes, recientemente he ingresado a esta oscura Mansión. Desconozco por lo tanto las leyes y las costumbres que por aquí imperan, y deseo, si es vuestra voluntad responderme, formular algunas preguntas».

Y, en nombre del privilegiado grupo habló el alma del coronel Ramón Falcón, pues, de todos ellos, era el que primero había llegado a la Mansión, el 3 de mayo de 1909, hacía ya 66 años. El cual dirigiéndose a Hermes pronunció estas palabras:

«Habla, ilustre recién llegado —en quien fácilmente reconocemos todos un militar de alta graduación, pues así lo denuncian tu vistoso uniforme, tus numerosas medallas y la rígida posición de firme que asumes cuando hablas— que gustosos complaceremos tus deseos».

Y con la voz y la apostura de un militar de alta graduación habló así Hermes y formuló estas preguntas:

«Todo lo ignoro acerca de esta enorme Mansión, os ruego por lo tanto que me digáis, oh Jefes, por cuál motivo el implacable Edes transportará aquí esta misma noche las almas de doce mortales que ahora se encuentran amablemente sentados en una hermosa casa de la calle Teodoro Vilardebó, y además: ¿de qué medios humanos o divinos se valdrá el poderoso Dios para segar tan rápidamente doce vidas?».

Y retorciéndose la guía de su negro bigote habló así el alma del ilustre Ramón Falcón. «Sábelo, oh distinguido muerto. Hace ya casi tres semanas, el día 15 de noviembre exactamente, infalibles augures anunciaron al poderoso Edes que hoy, 3 de diciembre de 1975, elementos subversivos (seguramente algún ácrata de apellido polaco y valiéndose de una bomba de fabricación casera, casi me atrevo a vaticinar) enviarán a esta negra Mansión al excelente general Cáceres Monié, por muchísimos motivos amado por el insaciable Edes».

«Y a raíz de este horrendo crimen Edes ha preparado cuidadosamente su venganza. El mismo día en que los augures le anunciaron la muerte de su ilustre protegido, infundió el espíritu de la Denuncia en el alma de la legítima esposa de Aníbal Frugoni, la cual, como secretaria de una mesa de trabajo, la hizo llegar a la seccional 45a».

«Luego, el día 21 de noviembre, el Dios bajo cuyas órdenes todos nosotros estuvimos en vida, alentó a la Diligencia, a los Celos Profesionales y a la Vocación de Servicio para que se asentaran en el corazón del cabo Nicodemo Ramírez, a fin de que él, por su exclusiva cuenta, hiciera todas las averiguaciones necesarias acerca del ex quinielero Carlos Argentino Mastandrea, miembro de Polimnia».

«Pero además, y para que nada quedara librado al voluble azar, el día 22 de noviembre, infundió la Flojera y el Terror en el corazón de Mastandrea, el cual aceptó

todas las proposiciones que le hizo el cabo Ramírez y diligentemente facilitó la lista de asociados».

«Una sola vez, debemos admitirlo, el inconstante Mastandrea estuvo a punto, sin siquiera percibirse de ello, de desbaratar los cuidadosos planes de Edes. Ello ocurrió, si quieres saberlo, esta misma noche, cuando Mastandrea, alentado sin duda por la intrigante Afrodita, intentó confiar sus desventuras al señor José María Pulicicchio, para lo cual lo tomó vigorosamente del brazo y se lo llevó aparte».

«Pero enterado el implacable Edes de que estaba por ocurrir esta inesperada confesión que indudablemente hubiera puesto en peligro la ordenada marcha de su plan (pues de haber hablado Mastandrea muchos de los concurrentes a la reunión de hoy hubieran huido presurosos de Teodoro Vilardebó 2562), rápidamente tomó el Dios sus recaudos».

«Llevado por su rápido y negro carro tirado por ilustres caballos llegó Edes hasta los cimientos de la casa de Teodoro Vilardebó, se detuvo bajo el piso de la salita empapelada de azul, y con el extremo del látigo golpeó por tres veces consecutivas bajo la madera del parquet».

«Fue suficiente esta señal del poderoso Edes para que Mastandrea interrumpiera bruscamente su ya iniciada confesión y asustado, la trocara en una estúpida charla sobre sonetos. Lo cual provocó gran asombro en el paciente José María Pulicicchio».

«De modo pues, y para ahorrarte detalles inútiles, te diré, oh gallardo militar, que todos los antecedentes de los que concurren a Polimnia están ahora en manos de los Organismos de Seguridad. Y puesto que los antecedentes son graves, pues cada uno de los integrantes de Polimnia está ligado, de una u otra manera, con la delincuencia subversiva y apátrida, saca ahora, ilustre recién llegado, tus inteligentes conclusiones».

Volvió a hablar entonces el diligente Hermes, y siempre con la ronca voz de un militar de alta graduación, dijo así: «Con gran atención he escuchado todas tus palabras, magnánimo coronel Ramón L. Falcón, protegido de Edes, pero aún no me has informado de qué medios se valdrá el implacable Dios para cumplir su cometido».

Y con sonora y castrense voz contestó el alma del coronel Ramón Falcón, mientras con gesto viril se atusaba otra vez las guías de sus negros bigotes: «No sé en cuál de los países sudamericanos has prestado tus importantes servicios, ilustre militar, pero debido a tu mucha ingenuidad, no me pareces argentino, ni uruguayo, ni

brasileño, ni chileno».

«Has de saber pues que, por vías para nosotros totalmente desconocidas, ha de tomar conocimiento de todos aquellos graves antecedentes de los miembros de Polimnia, un grupo terrorista de extrema derecha, que por supuesto nada tiene que ver con nuestras gloriosas instituciones». Así dijo, y al diligente Hermes le pareció ver una casi imperceptible sonrisa en el adusto rostro del coronel muerto en 1909.

Y suspirando luego como con resignación continuó hablando el alma del coronel Ramón Falcón y dirigió a Hermes estas sombrías palabras:

«Has de saberlo pues, será ese grupo de gente desconocida a quienes comanda un misterioso jefe apodado El Chivo y no nuestros honestos camaradas de armas, quienes ejecutarán, con profesional eficacia, el mandato del poderoso Edes».

«Esas gentes desconocidas para nosotros, montados en cuatro brillantes automóviles Ford Falcon, llegarán frente a la casa de Teodoro Vilardebó esta misma noche. Descenderán, y todos provistos de poderosas armas, se fingirán policías, y se llevarán consigo a los doce mortales sentenciados por Edes».

«Horas más tarde, si te interesa conocer los detalles, gallardo militar, los doce concurrentes a Polimnia, entre ellos algunas mujeres, aparecerán muertos entre los pastizales de Ezeiza. Tendrán las manos atadas a la espalda, bandas de tela adhesiva sobre sus bocas, y numerosos impactos de bala de gran calibre en sus golpeados cuerpos. ¿Deseas preguntarme algo más, ilustre recién llegado?».

Pero no perdió el tiempo en hacer nuevas preguntas el diligente Hermes, sino que, convertido otra vez en el veloz Mensajero del Olimpo, agitó las alas de sus sandalias y de su casco, y voló a contar todas estas terribles noticias a Atenea y a Afrodita, que con impaciencia lo estaban aguardando.

XIV

Ante mi pregunta un tanto brusca o impaciente Mastandrea vaciló. Bajó la vista como buscando algo en el piso de parquet de la salita y, esquivando una respuesta directa, se sumergió de nuevo en su molesto silencio. Creo que fueron sus muletas las que, en ese momento, golpearon dos o tres veces contra la madera encerada del piso. Evidentemente se hallaba muy inquieto o nervioso. Era como si algo o alguien lo estuviera conminando a callar. Para tranquilizarlo volví a formular la pregunta en un tono más invitador y cordial. «¿Por qué no se explica con mayor claridad, señor Mastandrea? Realmente no lo entiendo», le dije.

Entonces, abruptamente, como olvidando de pronto todo lo que había comenzado a decirme, con el gesto rápido y decidido de quien saca una pistola, sacó del bolsillo interior de su saco unos papeles, y me los puso contra el pecho. «Quiero que lea esto», me dijo. «Se lo voy a mandar a todos los socios». Y luego con dificultad, dando muchísimos rodeos, me fue explicando todo.

Mastandrea quería, con motivo del próximo fin de año, enviar a cada uno de los socios de Polimnia, algo así como una plaqueta de felicitación. La plaqueta contendría, «a modo de obsequio», me dijo, algunos de los sonetos que había compuesto últimamente. Para ello la semana anterior había solicitado al señor Chávez la lista completa de nuestros asociados con sus respectivos domicilios. Le dije que me parecía una idea excelente, y lo felicité. Era que, al margen de la escasa o ninguna calidad de sus horribles sonetos, no dejaba de ser enternecedor que un tipo como Mastandrea, a quien calificué alguna vez de incivil, tuviera, con cada uno de nosotros, esa original y fina atención.

Lo que buscaba entonces Mastandrea, al tomarme del brazo y arrancarme prácticamente de donde estaba, era por lo tanto muy simple. Quería hacerme conocer sus sonetos. Tal vez buscar mi aprobación o mi crítica. Y todo lo otro, aquello de la «prudencia», de la «discreción», etc., que yo no alcancé a entender, no era sino un modo, algo absurdo, y muy propio del bueno de Mastandrea, de entrar en el tema.

Confieso que el privilegio que me otorgaba al convertirme en su único censor, no me satisfacía en absoluto. Como reconocido cultor del soneto en nuestra Agrupación, me prohibí siempre formular alguna objeción a los suyos. Al contrario, a pesar de que sus sonetos, como creo haberlo dicho, son algo más que deficientes, y su lectura resulta bastante dificultosa, cada vez que se me presentó la oportunidad, lo felicité y lo alenté en la forma más sincera y cordial posible. Pero en este caso se trataba nada menos que de leer, «antes de mandar a imprenta», el material que él mismo había seleccionado para incluir en la famosa plaqueta.

Por supuesto le dije que me sentía muy honrado con la distinción que me había hecho. Que con mucho gusto leería sus sonetos, en ese mismo momento, y con la

mayor atención. No hacía, por otra parte, sino cumplir con nuestras normas estatutarias, que recomiendan «leer con la mayor atención el material presentado por cada uno de los socios, cada vez que éstos así lo soliciten».

Me calé pues los anteojos, y comencé a leer. La serie de sonetos llevaba un título: «Confesiones y Lamentaciones de un Solitario», pues todos se referían, al parecer, al mismo tema del sufrimiento y la desventura del autor.

Eran, como de costumbre. francamente malos. Malos sin ninguna clase de atenuantes. Plagados de lugares comunes, de insoportables cojeras, de lamentables rimas en «ir» y en «ado», de incongruencias de estilo, de falta de un mínimo de claridad.

Recuerdo un primer cuarteto descorazonador. Si no me equivoco era así:

*Me encuentro sumamente presionado,
y mi tristeza ya ni sabe donde ir,
pues se me ha aparecido del pasado
la maldad que sólo sabe perseguir.*

Terminé la lectura, guardé los anteojos, y le dije que me parecían hermosísimos, que me habían gustado una enormidad, y que estaba seguro que provocarían un gran impacto emocional en cada uno de los asociados cuando los recibieran impresos en la plaqueta.

«Exactamente lo mismo opinó la señorita Kisternmacher», me dijo entonces el claudicante (en varios sentidos) señor Mastandrea. Significaba por lo tanto que yo no había sido el único a quien Mastandrea le había confiado la lectura previa de los sonetos. En fin.

El hombre quería seguir hablando, o mejor dicho, escuchando hablar de sus quejosos poemas, pero a mí no me quedaba mucho por decir.

Por suerte entró en ese momento el señor Frugoni acompañado de la señora Zimmerman. El señor Frugoni, que estaba muy pálido, con pasos rígidos, como si su cuerpo se negara a obedecer los impulsos de una fuerte decisión interior, se dirigió hacia el grupo que rodeaba a la señora de Giannello, (ese amable y entretenido grupo en el que se encontraba Irene, y que yo, a raíz del inoportuno llamado aparte del pesado señor Mastandrea, de mala gana me había visto obligado a abandonar). Quise aprovechar la llegada de ambos amigos para retornar a él. Pero estaba escrito que esa noche las cosas no me habrían de resultar nada fáciles. Apenas lo había dejado a Mastandrea, cuando esta vez fue la bendita señora Zimmerman quien me tomó amistosa e imperativamente del brazo, me arrastró hacia un costado de la salita y, sin darme la menor oportunidad de resistir, me obligó a sentarme junto a ella. Naturalmente obedecí, y me dispuse a escucharla.

«Yo arreglo todo», me dijo en tono confidencial, al tiempo que su mano derecha trazaba un rápido semicírculo en el aire, de arriba hacia abajo, como si al conjuro de ese simple gesto de espantar mosquitos, se esfumaran, en un segundo y sin mayor esfuerzo, no sólo los graves problemas del atormentado señor Frugoni, sino, mágicamente, todos los problemas del mundo.

Le dije que me alegraba pero que, lamentablemente, no entendía gran cosa puesto que, a raíz de su inapelable orden impartida desde la piecita del fondo, yo no estaba enterado prácticamente de nada. Entonces la señora Zimmerman, con condescendencia, con resignación maternal, como si estuviera hablando con un ser totalmente falto de experiencia, o con una criatura, suspiró e intentó resumir todo como para hacerlo accesible a mi presumiblemente escasa capacidad de entendimiento.

En forma para mí bastante confusa, pues hablaba muy rápidamente, en voz baja, y con más acento idish que nunca, pude ir entresacando algo acerca de la conducta de la señora de Frugoni, a la que la señora Zimmerman calificó varias veces de «irracional...». Porque parecía que la señora de Frugoni, «por nada del mundo», quería conceder el divorcio. Y además que, justamente por arranques de su conducta primitiva y «totalmente irracional», lo tenía aterrorizado al pobre señor Frugoni. «¿Quiere saber de qué manera, querido? Con amenazas, con amenazas realmente espantosas». Y cada una de las amenazas espantosas fue sumariamente enumerada tocando con el dedo índice de la mano derecha, uno por uno los dedos de la mano izquierda, a saber: matarse (pulgar), eliminar o hacer desaparecer a los hijos (índice), denunciarlo a no entendí bien qué organismo de seguridad (medio), hacerlo «reventar por matones» (anular), quitarle el bazar (meñique), chantajearlo (pulgar otra vez), etc.

«¿Por qué así, tanta amenaza junta, vamos a ver?», dijo la señora Zimmerman, dirigiendo las palmas hacia afuera, inclinando la cabeza, entrecerrando los ojos, como preparándose a examinar a un alumno ligeramente estúpido. Hice un humilde gesto de disculpa por ignorar la respuesta. Y entonces ella, con pedagógica ternura, me explicó la sagaz conclusión a que había llegado gracias a sus vastos conocimientos de psicología. La indiscutible conclusión era que la señora de Frugoni no iría a hacer absolutamente nada y que pronto le concedería de buen grado el divorcio. «¿Cuándo?». Naturalmente una vez que ella, señora Zimmerman, le hablara y le hiciera comprender un montón de cosas. «¿Como qué cosas, querido?». Cosas, cosas importantes que ella conocía muy bien acerca del amor, de la pareja, de la fatalidad, de las vocaciones que unen espiritualmente, del dinero que por supuesto no habría de faltarle cuando se separara del señor Frugoni, y de una situación casi igual por la que había pasado una cuñada suya, que ahora se había vuelto a casar con un gerente del Banco Israelita, y era completamente feliz. «¿Entiende, querido?». Le contesté que sí, que había entendido perfectamente a pesar de mi insalvable tontera, y mientras tanto,

no dejaba de mirar hacia el grupo donde se encontraba Irene, tratando, lo confieso, de escuchar algo de lo que allí se hablaba. Aun cuando nos hallábamos sentados, como dije, en el otro extremo de la salita, percibí con claridad el gesto de desagrado del señor Frugoni ante las galanterías algo finiseculares del señor Chávez a la señora de Giannello. Vi, en determinado momento, cómo el señor Frugoni, con rígida actitud de contenida violencia, daba un paso hacia adelante, y se ubicaba junto a la señora de Giannello en forma tal que sus hombros casi se rozaban, y desde allí miró al señor Chávez entre resentido y desafiante. El señor Chávez, que necesariamente debió percibir todo eso (que no dejaba de ser una desagradable escena de celos, aunque era evidente que la conversación giraba sobre otro asunto) demostró una vez más su «savoir faire» y la magnanimidad de su espíritu mundano y caballeresco. Amistosamente les sonrió a ambos, y dirigió a Irene, con naturalidad y con gracia, uno de sus habituales galanteos, como haciéndoles ver así lo poco que esos galanteos significaban en su vida de donjuanesco solterón, cediendo posiciones, y dejando el camino expedito a las serias pretensiones de su involuntario rival. No pude darme cuenta si el señor Frugoni, mordido por sus injustificados celos, alcanzó a percibir esta digna, fraterna y, de algún modo, ejemplarizadora actitud de nuestro presidente. Sólo sé que el contacto del señor Frugoni con la señora de Giannello se hacía cada vez más estrecho hasta el punto que la cabeza de ella casi se recostaba en el hombro de él. Fue entonces cuando Irene buscó mi mirada, me sonrió y hasta me hizo con la mano un infantil gesto de saludo. No supondrá —recuerdo que alcancé a pensar con cierta alarma— que entre la señora Zimmerman y yo... Y creo que sin siquiera terminar el pensamiento, me aparté involuntariamente unos centímetros de mi didáctica amiga. De todas maneras ya le había escuchado todo cuanto había querido decirme, y estaba ansioso por regresar al grupo de Irene.

Hablaba ahora el señor Chávez, y con su acento español, debió decir algo particularmente gracioso, pues al escucharlo todos rieron. La verdad es que yo no sabía cómo decirle a la señora Zimmerman que nos acercáramos al grupo. Estaba maquinando la manera de hacerlo sin descortesía, cuando escuché nítidamente la palabra «amenazas», en la voz del señor Chávez. La señora Zimmerman también la oyó y me miró frunciendo el entrecejo. Pensé —y la señora Zimmerman también, estoy seguro— que la secreta cuestión de la señora de Frugoni había tomado estado público en forma totalmente imprevista. De modo pues, que la invité sin demora a acercarnos al grupo, pues la cosa habría de interesarle: sin siquiera pedirle permiso se estaban metiendo en sus psicológicos dominios.

Volvió el señor Chávez a pronunciar la palabra «amenazas» pero evidentemente en un contexto muy distinto al que nosotros le atribuimos. «Amenazas», dijo, «a las que nosotros, como hombres y mujeres probos que somos, respetuosos de las leyes, y dedicados al sublime sacerdocio de la poesía, no debemos conceder la más mínima

importancia». La palabra estaba referida por lo tanto a otra cuestión. Pregunté, y entonces el señor Chávez, sonriendo, y tomando las cosas un poco en broma, me informó. En la sede de la Agrupación, y también en el propio domicilio del señor Chávez, se habían recibido días pasados groseras amenazas telefónicas. Volví a preguntar, un tanto preocupado, acerca del tenor de esas amenazas. «Tonterías», contestó el señor Chávez girando con elegancia sobre sus talones y dirigiéndose a todos. «Amenazas de tipo, digamos, político. Con seguridad se trata de un risible error. Nos habrán confundido con un comité o algo por el estilo. Nada de alarmas, por favor. Yo me encargaré de aclarar debidamente las cosas ante quien corresponda». Y con el más mundano e invitador de sus gestos agregó: «Y ahora, ¿qué les parece, mis amigos, si después de este interludio, continuamos escuchando las voces de nuestros queridos y admirados poetas?».

XV

29 de noviembre de 1975

De oficial principal Farías a comisario Bevilacqua

Comunico que en el día de la fecha, siendo aprox. las 14:00 horas, realizó el cabo Ramírez una nueva inspección ocular en el domicilio de Carlos Argentino Mastandrea, aprovechando la circunstancia de haberlo enviado el suscripto a efectuar el cambio de un reloj recientemente adquirido pues el mismo presentaba fallas en el funcionamiento.

El sujeto, que recibió al cabo Ramírez en una piecita que oficia de depósito de cachivaches y escritorio, se encontraba en ese momento pasando en limpio, por medio de una lapicera a bolilla y un papel carbónico, una especie de circular dirigida a los miembros de POLIMNIA.

Preguntado sobre lo que estaba escribiendo, contestó que, puesto que él había solicitado al presidente de la Agrupación la lista de los socios, con el objeto de enviar una felicitación de fin de año, no le quedaba más remedio que hacerla, a fin de no despertar sospechas.

Preguntado sobre si pensaba enviar esas felicitaciones así escritas con papel carbónico, contestó que no, que lo que estaba haciendo era una copia en limpio para mandar a imprenta.

Preguntado acerca de si no le parecía que, como tarjeta de felicitación, lo que se veía allí escrito era demasiado extenso, contestó que iba a aprovechar la susodicha felicitación para incluir algunos versos suyos en una hoja de cartulina color naranja a la que llamó plaqueta.

Preguntado sobre si tenía inconvenientes en facilitarnos una copia de lo que estaba preparando, luego de algunas negativas y vacilaciones terminó por entregarla, mostrándose al hacerlo sumamente contrariado y nervioso.

Aunque en la circular no se perciben conceptos que mayormente puedan interferir la marcha de las investigaciones, a fin de agregarla al sumario correspondiente y en previsión de que la misma pueda contener algún mensaje en clave que deba ser analizado, cumplo en hacer entrega de la copia a carbónico requisada por el cabo Ramírez.

Señor(a)(ita)

Estimado(a) consocio(a):

Con motivo del año que esta por acabar, le es totalmente grato al que suscribe, enviar a Ud. y flia, sus más efusivos augurios de felicidad, a solo objeto de que el próximo año 1976 sea tanto para Ud. como para los suyos una prístina fuente de

dicha, de dinero y de bienaventuranza, libre de cualquier clase de enfermedad, compulsión o malos pensamientos, sino todo lo contrario: entregado (a) de lleno al espiritual quehacer de la Poesía redentora y sublime, como asimismo unidos siempre bajo la advocación de la señora Brígida Ramírez de Urdampilleta en la prosecución de los altos fines societarios.

Aprovecho la oportunidad que esta misiva le brinda para hacerle llegar a Ud. a modo de obsequio y recordación, algunos poemas (sonetos) de su autoría, que si tal vez no alcancen los elevados y profundos niveles de aquellos otros famosos poetas, como Rubén Darío, Amado Nervo, Santos Chocano, Margarita Abella Caprile, etc., tienen cuando menos el mérito de su acendrada sinceridad, nacida de las graves desdichas por las que ha transitado el autor a través de una dolorosa existencia sembrada de sinsabores.

Al amparo de estas desdichas, que como hambrientos lobos aullando en una inmensa Estepa, no han dejado de perseguirlo ferozmente durante años y años, nacieron estos sentidos poemas que hoy, como prueba de consideración y afecto, hago entrega sin esperar por ello ninguna retribución.

Sin otro particular, y con la esperanza de una inteligente comprensión de su parte, o sea que sus ojos sepan ver (como se alcanza a ver una brillante moneda de oro a través de las aguas borrosas de una zanja inmunda), todo lo que los labios del autor generalmente callan debido a múltiples circunstancias que hoy no vale la pena enumerar pero que Nuestro Señor que está en el Cielo sabe perfectamente que lo afectan en grado sumo, saluda a Ud. y los suyos con el mayor respeto:

C.A. MASTANDREA

CONFESIONES Y LAMENTACIONES DE UN SOLITARIO

por Carlos Argentino Mastandrea

I

Me encuentro sumamente presionado
y mi tristeza ya ni sabe dónde ir
porque se me ha aparecido del pasado
la maldad que sólo sabe perseguir.

En paz yo vivía cometiendo buenas acciones,
Dios, Patria, Hogar eran mi lema y mi escudo,
mi dinero ayudaba a reconfortar corazones
y nunca en los cobros fui insistente ni rudo.

*Pero ellos me gritaron: contumaz y usurero,
has de entrar ipso facto para nuestro servicio,
harás lo que te ordenen más sin abrir la boca.*

*Y aquí estoy en caminos para nada placenteros,
sirviendo a los Baales malvados y ficticios
esos que tienen sangre negra y el corazón como roca.*

II

*El pobre que una vez cae en la delincuencia
ése está marcado por la vida toda,
no vaya a pedir piedad, compasión o clemencia
porque es inútil nunca le van a hacer ningún caso.*

*En cambio lo buscarán para que continúe su sino
de Judas Iscariote mas no por treinta dineros,
sino debido a golpes y amenazas de seres indignos
de ésos que ignoran al Dios único y verdadero.*

*No se lamente nunca porque siempre el más fuerte manda.
No haga sino esperar que Aquél que todo lo puede ver
algún día le saque del hombro su pesada carga.*

*Y aquellos los que abusan de su nefasto poder,
también tendrán su correspondiente paga amarga,
pues con espantosos sufrimientos van a perecer.*

III

*Ahora han de conocer la desdichada historia
de un hombre recto y bueno que padeció grandes males.
Pídanle a Dios que un día lo recoja en su Gloria:
C. A. Mastandrea se llama, nacido en Colegiales.*

*Nunca crean las prevaricaciones que se cuentan de él,
sino que mejor escuchen sus terribles secretos
que mucho sufrimiento y perseverancia hizo falta
para forjar a fuego estos sonetos.*

En valle de sombra de muerte anduvo, Lucifer lo guió,

*en la oreja le dijo: ve hacia los Baales,
y con suma ignorancia el pobre hombre obedeció.*

*Pero los falsos dioses eran insaciables y crueles,
ni tiempo le dejaban para buscar a Dios,
lo único que querían eran los datos que él les pasaba.*

IV

*Mil novecientos sesenta y dos año fatídico,
cuando se me presentó bramando la desgracia
en la figura de un ser desalmado y terrífico
ahíto de poder, de crueldad y de contumacia.*

*Todo porque por debilidad caí en malos pasos,
malvados se aprovecharon de mi inocente caída,
y así como llega la oscuridad después del ocaso,
la noche se derramó sobre mi triste vida.*

*Y fui y hablé en voz baja al oído del malo,
y vi cosas oscuras que casi nadie las veía,
y golpeé tierra infame con muletas de palo.*

*Y cuando ya olvidado por siempre lo creía
aquel tiempo rodeado de un nauseabundo halo,
de nuevo se aparece la maldad con toda la furia.*

XVI

Una vez más, Hermes atravesó brillando el vasto Éter, y raudamente voló hacia el elevado Olimpo, en una de cuyas cumbres empenachadas de nubes lo estaban aguardando, ansiosas y sumidas en honda cavilación, Atenea, la de los ojos claros, y la sin par Afrodita; ambas protectoras de varios de los mortales que en ese momento aplaudían con fervor a la señora de Giannello pues ésta recientemente había acabado la lectura de su poema.

Apenas apoyados sus alados pies en el dorado suelo del Olimpo, apresurado, y con el divino corazón golpeándole con fuerza a causa de sus carreras vertiginosas, habló así el diligente Hermes, dirigiéndose a un tiempo hacia ambas Diosas:

«Oh Diosas, todo lo he averiguado, y he cumplido así con los deseos de la divina Atenea».

«Sabed que la causa por la que ha de ensañarse el vengativo Edes contra doce de nuestros protegidos, es como siempre caprichosa, y por ello mismo, irrefutable. Infalibles augures le anunciaron que hoy, 3 de diciembre de 1975, elementos subversivos han de enviar a su negra Mansión al ilustre general Jorge Esteban Cáceres Monié, por muchísimos motivos amado por el insaciable Edes».

«A causa de ello, y para cumplir su funesta venganza, Edes exterminará, de una manera dolorosa y sangrienta, a doce mortales enemigos suyos, a los que transportará esta misma noche a su Mansión de herradas puertas».

«Ha dirigido sus ojos temibles hacia los que concurren a la casa de Teodoro Vilardebó, tan sólo porque ellos, como bien lo sabéis, están propiciamente reunidos esta noche en una pequeña sala, lo que facilitará grandemente la tarea de sus feroces enviados. Y además porque al matar de esta indiscriminada manera, rápidamente se extenderán el Terror y el Espanto sobre los numerosos mortales a quienes el infecundo Dios llama con justicia sus enemigos».

«Ya previsoramente, oh Diosas, ha tomado Edes sus recaudos. A partir del 15 de noviembre, cuando por primera vez escuchó la voz de sus augures, ha procedido en forma tan astuta y eficaz que en este momento, los implacables Organismos de Seguridad tienen por delincuentes subversivos, apartidas y ligados al marxismo internacional, a todos y cada uno de los pacíficos y bien trajeados miembros de Polimnia, cuyos antecedentes ya se encuentran en los minuciosos archivos de la Superintendencia de Seguridad Federal».

«En cuanto a los medios de que se valdrá el odioso Edes para llevar a término su sangrienta tarea, oh Diosas amadas, han de ser así: hombres difíciles de identificar, pertenecientes a un grupo terrorista de extrema derecha, montados en cuatro brillantes automóviles Ford Falcon, se detendrán frente a la casa de Teodoro Vilardebó esta misma noche. Descenderán, y todos provistos de poderosas armas, fingiéndose policías, por la fuerza introducirán en sus ligeros vehículos, a los doce mortales sentenciados por Edes».

«Horas más tarde, doce de los habituales concurrentes a Polimnia, entre ellos algunas mujeres, aparecerán muertos entre los pastizales de Ezeiza. Tendrán las manos atadas a la espalda, bandas de tela adhesiva sobre sus bocas, y numerosos impactos de bala de grueso calibre en sus cuerpos, los cuales mostrarán signos de haber sido brutalmente golpeados y torturados».

Habló así el infatigable Hermes, y le respondió en primer lugar la indómita Atenea, la cual pronunció estas aladas palabras:

«Con atención te hemos escuchado, prudente Mensajero. Comprendo que es ya totalmente imposible luchar contra el poderoso Edes a fin de arrebatárle un botín tan cuidadosamente preparado. Imposible también, debido a su temperamento frío, hosco e intratable, convencerlo con palabras elocuentes de que renuncie a él. Salvo que la bella Afrodita opine en otra forma, creo firmemente que debemos aceptar, como si fuera un hecho ya consumado, la inapelable muerte de nuestros protegidos».

Y luego de ella, habló Afrodita, la de las lindas mejillas, la cual dirigiéndose a la aguerrida Atenea, dijo:

«Es verdad todo cuanto has dicho, valerosa Doncella. Pero quiero creer que los momentos de grave meditación, que tú misma propusiste, no habrán transcurrido en vano. Yo, por mi parte, a invitación tuya, he meditado también, y la conclusión a que he llegado te la diré ahora si quieres escucharme».

«Ya nada podemos hacer, es cierto, nosotros, los Olímpicos, contra el implacable Edes, con quien ni el mismo Zeus, su poderoso hermano, desea el rudo combate. Sin embargo, en algo, aunque sea en muy poco, podremos beneficiar a nuestros amados mortales».

«Hagamos que la Dicha y el Amor, que ciegamente obedecen mis órdenes así como los Placeres nacidos de la inteligencia, sobre los que tú ejerces indiscutible dominio, se derramen generosos esta noche, oh Atenea, sobre los magnánimos

concurrentes a Teodoro Vilardebó 2562, a fin de hacerles dulces y placenteros los ya brevísimos momentos que les resta vivir».

Y entonces contestó así la indómita hija de Zeus:

«Con alegría compruebo que te has anticipado a mi pensamiento, sin igual Afrodita. Mi meditación me ha llevado, seguramente por muy distintos caminos, a la misma conclusión que la tuya. Y justamente esperaba que ella surgiera con elocuencia de tus labios hermosos, para proponerte un indestructible pacto que con firmeza habremos de cumplir».

«Juremos, si quieres, deponer nuestra rivalidad, y cesar nuestra despiadada y antigua pelea, hasta tanto se cumpla el designio del sangriento Edes sobre los concurrentes a Teodoro Vilardebó 2562».

«Como prueba de que este pacto habrá comenzado a cumplirse yo haré que el rígido Deber Conyugal abandone presuroso el espíritu del intachable Aníbal Frugoni, a fin de que, con ánimo bien dispuesto, acceda a los amorosos llamados de la señora de Giannello. Y luego haré que la Cortedad y la Indecisión, semejantes a liebres perseguidas por perros muy veloces, huyan del bien trajeado José María Pulicicchio, para que sin temor pueda dirigirse a su Irene bienamada».

«Tú también me darás señales, bella Afrodita, y harás que la Aceptación y la dulce Ternura invadan el invicto corazón de la irreprochable Irene Bengoechea, virgen a los 39 años, y grata a mis ojos, a quien yo no impediré aceptar las amorosas propuestas de tu protegido, el admirable señor Pulicicchio».

«Pero también, oh Diosa seductora, permitirás a la Inteligente Componenda que yo enviaré, se instale a sus anchas en la diligente señora Zimmerman, a fin de que ella componga inteligentemente la difícil situación, y no sea lastimado en exceso el vengativo corazón de la señora de Frugoni, a quien yo protejo».

«Y luego, una vez que el cumplimiento de estas señales nos haya anunciado la mutua aceptación del pacto, entonces sí, Afrodita, valiéndonos de tu poder y del mío, ambas unidas y sin rivalizar entre nosotras, haremos lo que tú con sabiduría has propuesto: permitiremos que los Placeres del Amor y los Placeres del Intelecto se derramen generosos sobre aquellos que ahora están aplaudiendo a la señora de Giannello en la vieja casa de la calle Teodoro Vilardebó, a fin de hacerles muy dulces y placenteros los ya brevísimos momentos que les resta vivir».

«Pero quiero que tengas especialmente en cuenta, intrigante Afrodita, que luego

que el sangriento designio de Edes haya sido llevado a término, habremos de recomenzar nuevamente nuestro viejo combate, pues repugnan a mi corazón tus sutiles manejos, de la misma manera que tu corazón rechaza mi recto proceder. Dime pues, ahora, si aceptas el pacto en las condiciones que te he anunciado».

Y contestó impaciente la divina Afrodita: «Acepto, indómita y virgen Atenea, todos los términos del pacto que acabas de proponerme, y si alcanzas con tu vista hasta la casa de la calle Teodoro Vilardebó, pronto verás las señales de ello».

«Pero, por tu padre, el iracundo Zeus, te lo ruego, oh Diosa, no dilapidemos más el preciado tiempo. Volemos ahora mismo hacia el bien arbolado barrio de Villa del Parque, entremos sin demora en la bella casa de Teodoro Vilardebó, y permanezcamos junto a nuestros bienamados mortales hasta el luctuoso momento en que, sigilosos, se acerquen los cuatro brillantes automóviles Ford Falcon, y se cumpla el designio del implacable Edes».

«Yo me instalaré entre las rápidas paletas del ventilador de pie, recientemente adquirido, y desde allí derramaré sobre todos los presentes en la hermosa salita empapelada de azul, una agradable brisa que causará deliciosos cosquilleos en la piel, y provocará el dulce desmayo del amor hasta en el corazón más desdeñoso o esquivo».

«Tú, convertida en una desconocida señorita, te sentarás en aquella silla desocupada, entre el señor Pasco, ciego de ambos ojos, y la mamá de la señorita Kisternmacher, en la misma fila donde se encuentran Irene y el señor Pulicicchio, y desde tu sitio vigilarás, y ejercerás una bienhechora influencia cuando así tu corazón te lo dicte».

«En cuanto a ti, divino, infatigable Hermes, te ruego que permanezcas fuera de la salita. Recorre el patio y las bien regadas plantitas que lo rodean, la frondosa glicina, el acanalado techo de zinc y la pared del fondo, la puerta de entrada, que las habilidosas manos del joven Romilio Sosa arreglaron con solicitud, y la nocturna calle Teodoro Vilardebó, rica en paraísos. Con presteza nos avisarás cuando por la esquina veas asomar el paragolpes del primer Ford Falcon, o cuando desde lejos oigas el siniestro ronquido de su motor».

Habló así la rubia Afrodita. Luego de lo cual, sin perder más tiempo en vanas discusiones, los tres Dioses volaron raudos desde el alto Olimpo, rápidamente llegaron hasta el umbroso barrio de Villa del Parque, al que sobrevolaron unos instantes como palomas mensajeras que, presurosas, estuvieran buscando su palomar, y luego cada uno de ellos ocupó el lugar que, con sabiduría, le había designado

Afrodita.

Y Atenea se convirtió en una desconocida señorita que con fervor aplaudía las apasionadas palabras de la señora de Giannello. Y entre todos los mortales sólo el señor Pulicicchio se extrañó ligeramente al verla cuando debió pedirle permiso al pasar entre las filas para dirigirse al patio en busca del atormentado señor Frugoni.

Y Hermes, semejante a una mariposa nocturna, revoloteaba por el patio, se posaba sobre alguna de las bien regadas plantitas, llegaba hasta la puerta de calle, y desde lo alto avizoraba hacia ambos lados de la calle Teodoro Vilardebó. Y cuando la Sombra pasaba volando por encima de él, Hermes tomaba el color del sitio sobre el cual estaba posado, y la Sombra no lo podía ver.

Y Afrodita se instaló entre las rápidas paletas del ventilador de pie, recientemente adquirido, y convertida en agradable brisa, causaba deliciosos cosquilleos en la piel de todos los que se exponían a ella, y ahuyentaba de todos los corazones el callado temor que la palabra amenaza había provocado.

Y Atenea, desde su estratégico sitio entre el señor Pasco y la mamá de la señorita Kisternmacher, llamó al rígido Deber Conyugal, y le dijo: «Abandona de inmediato al atormentado señor Frugoni». Y llamó a la Cortedad y a la Indecisión firmemente instaladas en el alma del señor Pulicicchio, y colérica les gritó: «Huid de allí».

Luego llamó al espíritu de la Inteligente Componenda y le ordenó: «Instálate de inmediato en el cuerpo de la señora Zimmerman». Y la señora Zimmerman deseó componer inteligentemente la difícil situación, y decidida, marchó hacia la piecita del fondo a conversar inteligentemente con el señor Frugoni.

Y Afrodita dirigió la agradable brisa hacia el nervioso cuerpo de Irene Bengoechea, virgen a los 39 años, la cual se ruborizó de pronto, bajó la vista, y comenzó a recorrer apresuradamente las 50 hojas de su cuaderno Avon, repleto de poemas escritos a lápiz.

Y derramándose luego sobre el seductor señor Chávez hizo que el espíritu de la Galantería se enseñoreara en él, a fin de que sus galanterías, dirigidas hacia la señora de Giannello, provocaran a los Incontrolables Celos, y los desafiaran a introducirse violentos en el dolido corazón del señor Frugoni. Y mientras el señor Chávez, impulsado por la brisa que derramaba Afrodita, cruzaba raudo la salita con el llameante encendedor en la mano, los incontrolables celos hacían fácil presa del señor Frugoni, y de este modo lo ayudaban a tomar una pronta decisión respecto al amor que la apasionada señora de Giannello le ofrecía.

Pero al percibir Afrodita que el temor no había huido totalmente del tímido corazón del encargado de valores al cobro, José María Pulicicchio, a quien las noticias sobre amenazas telefónicas habían afectado un poco más que a los otros, ordenó:

«Venid, inmediatamente, espíritus de la Memoria y de la Entretenida Revisión, e instalaos en el alma de mi protegido, el señor Pulicicchio, a fin de que éste realice durante el intervalo un indulgente examen de los antecedentes políticos de cada uno de los socios de Polimnia, comprenda fácilmente que las groseras amenazas no pudieron estar dirigidas contra ninguno de ellos, y desaparezca entonces su temor».

Y los tres Dioses acompañaban solícitos a los magnánimos concurrentes a la casa de Teodoro Vilardebó, y a ninguno de los tres les impacientaba el largo recital, ni se disgustaban con los horribles poemas que escuchaban, pues como es sabido, para ellos, Homero, o Whitman, o la señora Mastrocarbone de Giannello no habían sido ni eran sino frágiles hombrecitos, expuestos a la inapelable muerte cosquilleando durante una brevísima fracción de tiempo sobre la superficie de un planeta, también pequeño, frágil y perecedero.

XVII

Ante la moción tan donosamente presentada por el querido señor Chávez, todos, de una manera o de otra, le expresamos nuestro más cálido apoyo. La señora Zimmerman dijo enérgicamente, «sí señor», y golpeó las manos como para indicarnos que ya se nos había terminado el recreo, y que debíamos formar fila, tomar distancia, numerarnos de izquierda a derecha, y ocupar de inmediato nuestros asientos en el más absoluto orden. La señora de Giannello le contestó con un gracioso y obediente gesto de escolar. Y al hacerlo, como se hallaba muy cerca del ventilador, se agitaron en el aire unos mechones de su hermosa cabellera renegrada que, caprichosamente, fueron a rozar la mejilla del señor Frugoni. Luego sonrió deliciosamente y con naturalidad tomó del brazo al autor de «El fantasma de la carreta» que la contemplaba arrobado. El señor Frugoni, no sé si debido a las inteligentes palabras de la señora Zimmerman, o al roce de aquellos juguetones cabellos, se mostraba ahora mucho más dueño de sí mismo y casi alegre. Ambos se dirigieron despaciosamente hacia el fondo de la salita, y se sentaron muy juntos en la última fila de sillas. El señor Mastandrea, inadecuadamente como siempre, gruñó algo que sonó como, «yo voto por la afirmativa», y agregó, creo, alguna grosería en voz baja dirigida a la mamá del autor de las amenazas. Apoyó sus dos muletas contra la pared, y se desplomó en una silla cercana a la puerta. Seguía transpirando a mares, y seguramente para no manchar su camisa con los ríos de sudor que descendían por su papada, se había colocado en el cuello un enorme pañuelo listado de marrón a modo de servilleta o de babero.

El resto de los socios —sin demostrar apuro, pero tampoco temor o nerviosismo — se fue acercando, y paulatinamente comenzaron a ocuparse otra vez los asientos vacíos.

Había en todo aquello, en esa unánime decisión de volver a nuestro recital superando cualquier obstáculo, algo así como un tácito acuerdo. Acuerdo que yo me atrevería a resumir en estas o semejantes palabras: Nada —ni las recientes tensiones creadas por la actitud del señor Frugoni, ni la existencia de un par de molestos y absurdos llamados telefónicos— nada, absolutamente nada podría obligarnos a desistir, siquiera transitoriamente, de lo que para nosotros era la profunda razón de ser de nuestra Agrupación: la hermandad en Poesía, lograda a través de un escuchar atento y sensible de las composiciones de nuestros asociados.

La señora Zimmerman se dirigió hacia el patio, golpeó nuevamente las manos, y llamó a los que, aprovechando el intervalo, habían salido para tomar un poco de fresco bajo la glicina o fumar un cigarrillo. «Vamos, vamos, que ya empieza la segunda parte», les gritó.

Me pareció que ya nadie se acordaba de las amenazas, que fácilmente —

demasiado fácilmente a mi entender— se consideraron producto de una broma (señorita Kisternmacher), o de la envidia (señora de Giannello), o de una equivocación (señor Pasco y señora Zimmerman), o, como con toda ingenuidad me lo susurró al oído el joven Romilio Sosa, de una simple venganza de la despechada señora de Frugoni.

También yo me obligué a restarles importancia. Sin embargo, mientras con dificultad caminaba entre la tercera y la cuarta fila de sillas para ocupar mi asiento (otra vez me vi obligado a molestar a la desconocida señorita, a quien no había logrado encontrar por ninguna parte durante el intervalo), no pude dejar de pensar, con alguna preocupación, lo confieso, en esas absurdas amenazas de tono supuestamente político. ¿Político?, recuerdo que me pregunté, y que inmediatamente me contesté a mí mismo repitiendo una vez más que nuestra Agrupación era estatutariamente y definitivamente apolítica. Me incliné entonces por la tesis del error (sostenida por la infalible señora Zimmerman), y recordé de pronto que en la misma cuadra de Teodoro Vilardebó funcionó en otro tiempo un pequeño e improvisado local de la Juventud Peronista. Por ahí debe venir la cosa, me dije riendo para mis adentros mientras acomodaba mi silla junto a la que habría de ocupar Irene. No dejaba de resultar gracioso, después de todo, que se hubiera confundido a Polimnia con eso que llaman Unidad Básica, y al señor Chávez o a mí, con aguerridos dirigentes de esta revoltosa e incomprensible juventud de nuestros tiempos.

Automáticamente busqué con la vista al señor Chávez; estaba de pie, al fondo de la salita, junto a la señorita Kisternmacher, y leyendo con atención las listas de los que habrían de leer en esta segunda parte del recital (seguramente repensando algunas de sus floridas frases de presentación).

Esta pequeña demora me dio tiempo para reponerme de los malos momentos recientes, y de paso, para ir haciendo una especie de revista, más para entretenerme que para otra cosa, sobre la supuesta filiación política o lo que fuere, de cada uno de nuestros asociados. Fue, debo confesarlo, un ejercicio bastante entretenido e inocente. Pero sirvió, no sé bien por qué, para que inmediatamente se apartaran de mí todo temor o preocupación debidos a las amenazas. Creo que vale la pena reseñarlo.

Comencé, como era natural, por nuestro presidente. El señor Chávez, me dije, es español, jefe de ventas de una importante inmobiliaria, y miembro del Rotary Club de Villa del Parque. Fuera de sus vagos ideales republicanos, y de una referencia a las logias masónicas que según él habían intervenido activamente en nuestra independencia, no dejó jamás entrever otra ideología que no fuera la estricta y sanamente democrática. La referencia a las logias había sido hecha, para más datos, durante un 25 de mayo, en el curso de una emotiva reunión patriótica y poético-musical que realizamos excepcionalmente en colaboración con la Sociedad de Fomento de Villa del Parque y la Unión de Comerciantes de la calle Cuenca. Era

ridículo pensar que el señor Chávez podría ser objeto de amenazas.

¿Y el señor Frugoni? Del señor Frugoni sólo se sabía que era peronista de viejo cuño, aunque no militante. En realidad la que militaba era su esposa (desconocida para la mayoría de nosotros pero varias veces mencionada en estas páginas) quien, como bien pronto nos vinimos a enterar, integraba una de esas llamadas «mesas de trabajo»; exactamente la que funcionaba en la esquina de Cuenca y Nogoyá. Adicta por lo tanto al más ortodoxo oficialismo, y exenta naturalmente de cualquier tipo de sospecha de índole política. En cuanto al propio señor Frugoni, cualquiera podía darse cuenta de este simple y palmario hecho: entre las múltiples tareas en su bazar «La Flor de Lis», las graves dificultades de tipo sentimental y familiar que lo aquejaban, la asistencia puntual a todas las reuniones de la agrupación, sumadas a las tareas derivadas de su cargo de tesorero, que jamás había descuidado y sobre todo, la minuciosa ejecución de sus extensos poemas gauchescos (que solía presentar escritos en tinta china, sobre hojas que imitaban cueros estaqueados, y acompañados de prolijos dibujos alusivos), muy poco tiempo habría de quedarle libre para dedicárselo a su partido. Y a propósito quisiera agregar algo ahora: estos poemas, bellamente ejecutados en perfilada letra caligráfica de su mano izquierda, pues el señor Frugoni es zurdo, son orgullo de nuestra Agrupación: han sido presentados en peñas y asociaciones folklóricas, y uno de ellos, intitulado «La Osamenta», enmarcado en tronquitos de ñandubay, adorna la pared de nuestra salita de actos.

A todo esto, el señor Chávez había guardado en el bolsillo la lista de participantes, y se demoraba conversando con la señora Kisternmacher. Alcancé a oír las palabras «cuerpo astral» y «karma», así como la venerada mención de los nombres de Annie Besant y Blavatsky. Se estaba tratando pues un tema grato a la señorita Kisternmacher, y era evidente que al señor Chávez no habría de resultarle nada fácil cortar bruscamente la conversación para dirigirse al estrado y comenzar la segunda parte del recital. Me restaba pues un ratito más de tiempo libre. Irene no había llegado a ocupar su lugar junto al mío, de modo que, mientras esperaba, y ahora sí, sólo para matar ese tiempo, me dispuse a continuar con mi entretenida revisión.

No quise pasarme por alto, y pensé que, si bien podía decirse de mí que era radical, pues toda mi familia lo había sido desde siempre, fuera de emitir mi voto, y de haber actuado una sola vez como fiscal de mesa a petición de algunos familiares, jamás había desarrollado ninguna actividad política. Si era que no se consideraba actividad política —recuerdo que alcancé a pensar con sorna— la minuciosa lectura de un diario francamente opositor al régimen como «La Prensa», o ciertos comentarios descorazonados, jocosos (aunque a veces francamente indignados, no lo niego), sobre algunas medidas de este gobierno, o de los militares, que solemos hacer al encontrarnos por la calle con un par de vecinos de mi barrio de Villa Devoto.

En ese momento entró a la sala y ocupó calladamente su asiento en la penúltima

fila el joven Romilio Sosa. Fijé pues en él mi atención. Acerca de la filiación peronista de Romilio a nadie podía caberle ninguna duda. Pero lo gracioso del caso era que, con la mayor ingenuidad, daba por sentado que todos nosotros, puesto que nos consideraba buenas personas, también debíamos serlo. Y recordé que una vez me había invitado muy cálidamente a concurrir a una de esas alegres y tumultuosas concentraciones que en otro tiempo solían hacerse, y que él tomaba por verdaderas festividades patrias.

A su lado, abanicándose con una revista, preguntando la hora a cada momento, y explicando a Romilio el sentido profundo de los poemas que habría de recitar esa noche, se encontraba la señora Zimmerman. Tampoco de su filiación política a nadie podía caberle ninguna duda. Pero recordé su generoso y correcto comportamiento en la Agrupación, y reconocí que, salvo aquella vez en que debió llamársele la atención pues había intentado vender bonos para la campaña financiera del Partido Comunista dentro de nuestra sede, nunca había procurado con nosotros ningún tipo de captación política, o ideológica. En aquella oportunidad, recordé, la señora Zimmerman, en disgustada pero digna autocrítica, reconoció su error, y desde entonces, si bien solíamos ver de tanto en tanto su nombre en los diarios, generalmente vinculado a algún acto o comunicado de la Unión de Mujeres Argentinas, nunca más, era justo reconocerlo, había vuelto a infringir nuestros estatutos.

Continué luego con el señor Pasco, el no vidente, y por más que pensé no pude recordar el más mínimo dato para orientarme respecto a sus ideas políticas. Lo probable entonces era que sencillamente no las tuviera.

El señor Mastandrea había extraído un segundo pañuelo y se estaba secando ahora la frente. A Mastandrea, nada más que por la índole de los muchos sonetos que le conocía, lo definí como una extraña mescolanza de conservador, adventista del séptimo día y tanguero de otros tiempos, con algunas facetas nacionalistas y hasta me atrevería a afirmar, rosistas, aunque jamás hubiera hecho, especialmente de esto último, ninguna mención. Tal vez, pensé, porque como era bien sabido por todos, nuestra ex presidenta, la señora de Urdampilleta, había sido una ferviente admiradora de Sarmiento, cuyo retrato a la acuarela pintado por ella, y donado a Polimnia en ocasión de su primer aniversario, colgaba junto a la gran foto de su autora sobre la pared frontal de nuestra salita.

El señor Chávez, con el tacto y la fineza que le son habituales, se disculpaba ante la señorita Kisternmacher por tener que interrumpir tan apasionante conversación, le tomaba ambas manos entre las suyas con gesto cariñoso, y luego se dirigía por fin hacia el estrado. La señorita Kisternmacher sonreía complacida y arrobada. La observé cuando, inmediatamente después, maniobrando ella misma su silla de ruedas, avanzaba por el pasillo para instalarse, como siempre lo hacía, en la primera fila. Tuve tiempo todavía para pensar en ella durante unos segundos. Y recordé que, si

bien en una especie de evocación poética, que nos había leído en oportunidad de cumplirse un aniversario del nacimiento de Goethe, ella se había manifestado al pasar contraria al nazismo, resultaba demasiado claro que sus inquietudes se volcaban mucho más hacia la teosofía y las ciencias ocultas que hacia la política.

Nuestro presidente otra vez tenía en su mano la lista de los poetas anotados para ese miércoles (lista que, como es norma en nuestra Agrupación, es confeccionada por la secretaria de actas acompañada por dos vocales al principio de cada reunión), y se disponía a anunciar al primer poeta de esta segunda parte del recital. Y aquí aprovecho para dejar constancia de algo que deberá ser subsanado a la brevedad: los poemas leídos, según nuestros estatutos, deben quedar todos perfectamente registrados en el libro de actas. Pero, lamentablemente, nuestra secretaria de actas, la señora de Giannello, debido a circunstancias que recién hoy vinimos a conocer, lleva este registro con bastante atraso. Estaba justamente pensando en que se debía tratar este delicado asunto en la próxima reunión de la Comisión Directiva, cuando Irene, que se había demorado un tanto, entró apurada en la salita, caminó rápidamente en puntas de pie, y se sentó a mi lado. Y entonces di por terminada mi revisión. Había llegado a la feliz conclusión de que ninguno de nosotros podía ser el destinatario de esas supuestas (y ya casi olvidadas) amenazas. Y menos que cualquiera de nosotros podía serlo la Agrupación cuya Comisión Directiva jamás había dejado de velar por el fiel cumplimiento del artículo quinto de nuestros estatutos, referido a la prohibición de los «temas políticos y/o religiosos en las discusiones que se susciten entre los socios».

Libre, por lo tanto, de toda preocupación me dispuse a escuchar. Le tocó el turno en primer término al señor Pasco, el no vidente. El señor Chávez lo anunció refiriéndose a él como «nuestro querido vate del sentir telúrico». Luego lo tomó fraternalmente del brazo y lo acompañó hasta el estrado.

XVIII

De inspector mayor Guso (Superintendencia de Seguridad Federal) a comisario Bevilacqua (Seccional 45a)

29 de noviembre de 1975

Estimado Bevilacqua:

Te ruego que en el futuro evites todo tipo de correspondencia de tono personal. No es pertinente al grado que ocupo. Además no confío, y vas a disculparme, ni en tu inteligencia ni en tu discreción, ¿qué le vamos a hacer?

Sólo por excepción voy a contestar tu carta del 28 (que acabo de quemar) y espero que sea ésta la última vez que me vea obligado a llamarte la atención. Son demasiados los años que llevas en el cargo de comisario, y tu experiencia, me parece, tendría que haber sido distinta.

Te lo voy a decir sin rodeos, Bevilacqua: no me gusta para nada la forma en que se están manejando las cosas en tu seccional. Y te doy un primer ejemplo. El suboficialito de mierda ése que me mandaste tuvo la desvergüenza (el tupé, diría mi viejo) de hacerme preguntar por el oficial de guardia «si ya tenía lista mi respuesta a tu carta porque se le estaba haciendo tarde». En consideración a vos no fue a parar de cabeza al calabozo, y se comió nada más que un buen plantón hasta las cuatro de la mañana esperando la respuesta que no le entregué.

Me dirás que fue una simple burrada del suboficial y que vos nada tuviste que ver en el asunto. Será así, pero actitudes como ésa, querido Bevilacqua, explican bastante bien la grave inconducta del oficial subinspector Dileo. Eso que vos, muy desaprensivamente, llamas una «pelotudez». Entendolo de una vez por todas, Gordo, no fue una pelotudez. Fue una gravísima falta de disciplina, que tendrás que castigar con severidad, y de la cual vos estás pagando ahora las consecuencias. Jódase comisario, te diría si no estuvieran de por medio los muchos años que nos conocemos.

A ver si nos ponemos de acuerdo, Bevilacqua.

«Errores» como el que cometió Dileo no pueden volver a suceder de ninguna manera.

Y menos todavía puede volver a suceder que con la mayor liberalidad largues en tus cartas detalles o confidencias que, como ya te darás cuenta, te comprometen hasta los huevos.

Estamos viviendo, Bevilacqua, tiempos muy difíciles. Sé muy bien que te falta poco para jubilarte. Y sé también que jamás demostraste verdadero interés en los cursos de perfeccionamiento en los Estados Unidos que yo varias veces te propuse.

Pero tenes que entender que no podes manejarte hoy en Buenos Aires con la mentalidad de comisario de pueblo con que te manejabas hace veinte años, cuando yo era un oficialito escribiente y revistaba a tus órdenes en la 45^a.

Si mi carrera, como vos me lo dijiste aquella vez en el banquete, ha sido «meteórica y brillante», fue simplemente porque comprendí de entrada los jodidos tiempos en que nos toca vivir, debido principalmente a que hoy debemos enfrentarnos con un nuevo tipo de delincuencia: la delincuencia subversiva. Y porque comprendí también que para enfrentarla con éxito nos eran indispensables los viajes de perfeccionamiento al exterior. Ahí tenes, Bevilacqua, todo el secreto de mi carrera «meteórica y brillante».

Ahora déjame que te explique. El que tu suboficial me haya hecho preguntar si ya tenía la respuesta, no fue una casualidad, y tiene en cambio mucho que ver con la «pelotudez» cometida por el of. subinspector Dileo. Te lo digo con absoluta franqueza, Bevilacqua, la culpa es exclusivamente tuya.

Por razones obvias no quiero entrar en detalles (no me interesa conocer detalles, te lo aclaro), pero supongo que ya estarás enterado que el tipo ese que registró Dileo y que a vos se te traspapeló, era sobrino de un diputado. Lo que no sería demasiado grave si no fuera que este diputado anda en muy buenas relaciones con varios generales en actividad ¿qué te parece?

Siento mucho lo de la solicitada, Bevilacqua, pero no puedo hacer nada por vos. Todo depende de lo que decidan las tres Fuerzas Armadas en las próximas semanas respecto a varios asuntos que, aparentemente, tienen cierto interés en destapar. Y si la cosa sigue adelante, mucho me temo, Gordo, que te veas obligado a pedir el retiro. Lo más probable, es cierto, es que la sangre no llegue al río, pero de cualquier manera no es mucho lo que vos podes hacer. Quédate por tanto tranquilo y confía en Dios. Es todo cuanto puedo decirte sobre eso.

Otro asunto: el de la custodia al personal superior de las Fuerzas Armadas (te ruego no pongas más la palabra milico en tus cartas, aunque sean particulares) ¿En qué época pensás que estás viviendo, Bevilacqua? ¿Cómo vas a dudar sobre si pones las custodias aquí o allá si te lo está pidiendo el comandante del primer ejército? Que se jodan las fábricas, mi querido. Que tu propio personal jerárquico se meta en una caja fuerte si no le queda otro remedio. Pero no podes ni siquiera pensar en desobedecer esa orden. No te extrañe, Bevilacqua, pero son actitudes como ésa las que explican el hecho de que a veces te sientas como olvidado o postergado o qué sé yo. ¿Te das cuenta?

Y ahora, el punto que vos pones en tercer lugar y que es sin duda la cuestión más importante: la célula subversiva de Teodoro Vilardebó 2562. Por suerte creo que el oficial principal Farías ha llevado las cosas correctamente. A propósito, a través de Farías he podido conocer algunos errores tuyos en el caso de los que algún día vamos

a hablar. He leído con detenimiento todos los informes, y en especial el de Farías. Excelente el trabajo del cabo Nicodemo Ramírez. Me está interesando mucho ese muchacho. Mándalo que se presente a mi oficina el lunes a las diez de la mañana. Creo que puede interesarme su colaboración directa en este departamento.

A tu pedido te hago llegar copias de los prontuarios. En realidad, como verás, son resúmenes que para agilizar los procedimientos acostumbramos a hacer por aquí. Es que hay gente a la que hinchan los prontuarios muy detallados. No sé si me interpretas.

Ya verás los pescaditos que tenes en la seccional. Pero, mucho ojo con esto, Bevilacqua: a partir de este momento el asunto de Teodoro Vilardebó 2562 pasa directamente a la Superintendencia de Seguridad. ¿Está claro?

Como sabrás, la delincuencia subversiva, casi derrotada en el medio rural, concentrará ahora sus efectivos en zonas densamente pobladas. Esto lo aprendimos muy bien en los cursos de Mr. Thomas. De ahí que el asunto de Teodoro Vilardebó revista ahora suma gravedad. Las fuerzas conjuntas se harán cargo de todas las medidas a tomar en el futuro.

Entendé bien esto último, sé inteligente por esta vez y no interfieras pase lo que pase. ¿Estamos? Si se hiciera necesaria tu colaboración te avisaríamos con tiempo.

La política seguida con Mastandrea fue útil hasta hoy, lo reconozco y según me lo aseguras no ha despertado ninguna sospecha. Puede ser. De todas maneras el sujeto ya dio todo lo que podía dar y me parece riesgoso seguir utilizándolo. Aquí no se trata de investigar el asalto a la mueblería de Av. Forest sino de algo mucho más importante y que tiene que ver con los sagrados intereses de la patria. Y en tipos como Mastandrea no se debe confiar. Olvídate de él, y deja el asunto en mis manos. Por si te interesa, tu nombre no aparecerá en ninguna solicitud.

De acuerdo con los datos que poseemos, la actividad de la célula es intensa. Y cuando nos decidamos a actuar se aclararán seguramente una serie de hechos terroristas cometidos en la zona. Especialmente los sujetos Romualdo Chávez y Sara Zimmerman parecen ser cuadros importantes dentro de la organización delictiva. Lo mismo que José María Pulicicchio al que se sabe sujeto de suma peligrosidad. Aunque la célula funciona como organismo de superficie bajo la fachada de Polimnia, no se descarta la existencia de un arsenal en la finca de Teodoro Vilardebó. En este caso los delincuentes intentarían una resistencia desesperada. Vamos a actuar exclusivamente nosotros por lo tanto. No arriesgues inútilmente a tus hombres.

No quiero terminar esta carta, que ya se está haciendo demasiado extensa, sin dejar perfectamente aclarados un par de detalles:

1. No entiendo ni quiero entender nada del asunto ése de los relojes. Te prohíbo que me lo vuelvas a mencionar.
2. No sé a quién te referís cuando mencionas a un individuo apodado El Chivo.

Ignoro quién es y no me interesa saberlo. El sobrino del diputado nunca estuvo detenido en la 45^a. Por lo tanto nadie lo fue a sacar de allí. A ver si le vas a dar razón a los diarios cuando hablan de grupos parapoliciales, etc.

Te incluyo entonces copia del resumen de los prontuarios; en hoja aparte figuran todos los nombres por orden alfabético, junto al número de sus documentos y domicilios actualizados. Dale una ojeada pero quédate en el molde. A partir de mañana a las 0 horas la vigilancia estará a nuestro exclusivo cargo. Tenelo en cuenta, y te lo vuelvo a repetir: no interfieras por nada del mundo. Es un consejo que te estoy dando por tu bien y espero que me comprendas.

Te agradezco la invitación, pero no puedo ir el sábado a tu casa, ni creo que pueda ir por un tiempo bastante largo. Atte.

Guso

XIX

CHÁVEZ ROMUALDO (a) Pico de Oro

El Gallego

Español, 59 años, soltero, empleado.

Nacido en Villapando (Zamora), España, en 1917.

Se desconocen sus actividades en su país de nacimiento, pero llegado a la Argentina en 1934, ya entre febrero y julio de 1937 su nombre aparece varias veces en listas de contribuyentes al Socorro Rojo Internacional.

En 1938 participa activamente en la tumultuosa manifestación antifranquista de la Avda. de Mayo donde es detenido junto con otros 42 españoles ostensiblemente partidarios de los rojos. En esa ocasión, aunque no pudo probarse, se tuvo la certeza de que colaboraba en el traslado, a lo largo de la mencionada arteria, de una bandera republicana de grandes dimensiones. Queda en libertad «por falta de méritos».

En 1958 figura inscripto como vocal suplente en la comisión directiva del club social y deportivo «Oriente Argentino», órgano propagandístico de la logia «Oriente», estrechamente ligada a la Sinarquía a través de la Francmasonería Internacional.

A su departamento de soltero de la calle Argerich, donde se han establecido turnos de vigilancia, concurren además de mujeres de vida airada, hombres y mujeres jóvenes portando libros y/o paquetes de aspecto sospechoso, y algunos compatriotas suyos de reconocida filiación marxista. Por lo menos tres de las mujeres integrantes de la Agrupación Polimnia, han concurrido, durante el actual período de vigilancia, a este departamento. En los tres casos el portero del edificio informa que se podían escuchar a través de la puerta, discos de antiguos boleros, y a veces entrecuchar de vasos. Conocida práctica con la cual, además de impedir que se escucharan las conversaciones, se pretende disfrazar estos encuentros, que se presumen de alto nivel organizativo, de meras citas amorosas.

Importante: Como jefe de ventas de la Inmobiliaria DÉLOS, en dos oportunidades su nombre se vio comprometido en la venta de propiedades que tiempo después fueron utilizadas como aguantaderos por delincuentes subversivos. Una de ellas fue la finca de la calle Condarco donde, durante su allanamiento, perdió gloriosamente la vida el sargento Retamar. En ambas oportunidades, debido al hábil accionar de varios abogados, logró demostrar su inocencia ante el juez que seguía su causa. Cabe destacar que casualmente uno de estos abogados era el Dr. Francisco Sotomayor (a) Paco, muerto recientemente por desconocidos, acusado de favorecer a la subversión al intentar empañar el buen nombre de la Policía con denuncias sobre supuestas torturas.

Es individuo ducho en subterfugios legales. Parece ser cuadro importante dentro

de la organización delictiva. Aunque es lugarteniente de la Zimmerman, figura como presidente de «Polimnia».

BENGOECHEA IRENE DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN

Argentina, 39 años, soltera, docente de escuelas religiosas.

Al parecer sobrina nieta del conocido ácrata Prudencio Bengoechea, estibador portuario y dirigente de FORA, muerto por accidente en la comisaría 2a de Avellaneda en el año 1932.

En 1957, integra el coro de la asociación vasca «Euskadi». Ese mismo año el coro participa en un festival criptocomunista realizado en el Luna Park. Informes de Interpol indican que algunos miembros de la asociación «Euskadi» en la actualidad estarían vinculados a la organización terrorista vasca denominada ETA.

Desde 1961 es profesora de castellano y literatura en el Colegio del Sagrado Corazón. Nuestro informante en el colegio la sindicó como tercermundista revolucionaria.

Además de las reuniones en «Polimnia», donde ocupa un importante lugar como responsable de finanzas, participa en reuniones periódicas con ex alumnas del colegio Nuestra señora del Huerto, cueva de curas tercermundistas y lugar de cita entre elementos del peronismo subversivo.

Concurre a misa todos los domingos y se confiesa con el padre Correa. El padre Correa ha viajado a Cuba en 1971, y ha sufrido como consecuencia de ello, algunos atentados.

XX

Y mientras la indómita Atenea y la bellísima Afrodita, a quienes unía irrevocable pacto, el cual alejaba de entre ellas toda contienda, junto al valeroso Hermes, el de las sandalias de oro, cuidaban solícitos de sus protegidos, cuyos destinos en breve plazo habrían de concluir en la irreparable muerte en manos de los feroces tripulantes de cuatro automóviles Ford Falcon, el hosco e insondable Edes, desde una escarpada cima de su helada mansión, los observaba sombrío.

Y ocurrió que exactamente en el momento en que el magnánimo señor Romualdo Chávez, con fraterno ademán tomaba del brazo y acompañaba gentilmente hacia el estrado al irreprochable señor Pasco, ciego de ambos ojos, una horrible mueca de desprecio ennegreció más aún el espantable rostro del poderoso Edes, el cual arrebujándose friolento en su negra y muy abrigada capa, habló de esta manera a su vasta legión de servidores terribles:

«Abandonad todo temor y acercaos a mí, mis fieles y diligentes servidores que compartís conmigo los rigores de esta húmeda mansión. Y mientras os protegéis del cruento frío junto a esta enorme capa de apretada lana que las infatigables Moiras tejieron para mí, dirigid, os lo ruego, vuestras sombrías miradas hacia aquella vieja casa de la calle Teodoro Vilardebó, en el bien construido barrio de Villa del Parque».

«Observad el interior de aquella salita empapelada de azul, y ved cómo la inconstante Afrodita y la vanidosa Atenea, a causa de sus protegidos, han depuesto por breve tiempo su antigua rivalidad, y ahora, semejantes a gruñidoras perras cuando cuidan de sus cachorros juguetones, y creen en esa forma evitar que se apodere de ellos un animal cazador, así ellas cuidan solícitas de aquel miserable grupito de mortales, a doce de los cuales habré de trasladar hacia aquí esta misma noche».

«Ved también cómo el incansable mensajero de los Olímpicos, el astuto, ladrón y mentiroso Hermes, convertido en inofensiva mariposa nocturna, de grises y polvorientas alas, vuela vigilante por el patio rodeado de bien regadas plantitas, por la amplia glicina de nudoso tronco, por el acanalado techo de zinc, y por los altos paraísos de la calle Teodoro Vilardebó, a fin de advertir, antes que ningún otro, la llegada de mis implacables enviados, tripulantes de cuatro automóviles Ford Falcon, y comunicarlo entonces de inmediato a ambas Diosas Olímpicas, sus aliadas».

«Ved a la iracunda Atenea, cómo, llena de hipocresía, se ha despojado de su refulgente yelmo, de su temible lanza y de su égida gloriosa, y bajo el aspecto tranquilizador de una desconocida y bella señorita, cruza educadamente las manos sobre su falda, y enarcando con tilinguería sus divinas cejas, se dispone a escuchar

con atención los poemas telúricos del morocho y no vidente señor Pasco».

«Observad, os lo ruego, a la intrigante Afrodita. Mañosamente se ha instalado entre las translúcidas paletas de plástico de un flamante ventilador de pie, y desde allí con generosidad esparce el delicioso cosquilleo de la piel y el dulce desmayo del amor entre los que, ignorantes de sus manejos, escuchan, sentados en paralelas filas de sillas, las elocuentes palabras de presentación del señor Chávez».

«Observad, observad, legiones numerosas que con orgullo ocupáis lugares de privilegio en este vasto y subterráneo Erebo: Moiras violentas, negras e infatigables Keres, incorruptible Caronte, terrible Cerbero de tres hocicos sangrientos, almas de los que en vida procuraron numerosos habitantes a mi negra Mansión: policías, verdugos, fabricantes de cámaras de gases, militares, torturadores, exterminadores de pueblos, hambreadores, contaminadores, tiranos, mercenarios, ministros de economía, poseedores de tierra, banqueros, dueños de poderosas empresas, burócratas, traidores, fanáticos y sectarios de toda índole, fieles y amados servidores míos».

«Observad, observad el vano trajinar de aquellos tres insolentes Olímpicos que, semejantes a despreciables insectos, aletean pesadamente entre los bien trajeados miembros de la Agrupación Polimnia. Y una vez que con desprecio los hayáis visto actuar así entre aquellos mortales a quienes yo mismo he condenado, volved sin temor la vista hacia mí, y deteneos a escuchar mis infalibles palabras».

Y dando una nueva vuelta de su negra capa en torno a su cuerpo, castañeteando los dientes a causa del frío, habló así el implacable Edes:

«Con verdad os digo, mis sanguinarios y fieles servidores, que en nada me preocupan esos pueriles mariposeos de los tres moradores del Olimpo de empenachadas cumbres, pues sabed que de ninguna manera ellos afectarán el cumplimiento de mi irrevocable designio, ni harán que éste se demore un solo segundo más allá de la exacta hora en que he dispuesto que ocurra».

«Pues hoy, 3 de diciembre de 1975, pocos minutos antes de las 23 horas, doce de aquellos míseros y mal protegidos mortales, a quienes inútilmente acompañan ahora tres Inmortales poderosos, acabarán violentamente sus vidas por obra de un misterioso e impune grupo exterminador dirigido por El Chivo, muy amado, y de inmediato ingresarán a esta fría Mansión de herradas puertas de donde no se torna jamás».

«Habéis de saber que para que ello ocurra inexorablemente y sin la más

insignificante demora, a su justo tiempo, con habilidad y precisión, he anudado cada uno de los invisibles hilos cuya complicada trama forma el inevitable destino de los mortales».

«Y así, ya previsoramente ordené que el espíritu de la Denuncia se adueñara feroz de la vengativa señora de Frugoni, quien el 15 de noviembre elevó ante la seccional 45a una espantosa denuncia acerca de la Agrupación Polimnia, y también acerca de su esposo legítimo, el infiel y atormentado señor Frugoni».

«Ya obligué a la Diligencia y a la Vocación de Servicio instalarse en el bien dispuesto ánimo del cabo Nicodemo Ramírez, a fin de que ellos apresuraran convenientemente la investigación acerca de los concurrentes a Teodoro Vilardebó 2562, que el espíritu de la Denuncia, por obra de la señora de Frugoni, había desatado».

«Ya la Recompensa y el Merecido Ascenso hallaron acogida en el alma negra de mi protegido, el oficial principal Farías, quien a su vez las hizo llegar al inspector mayor Guso de la Superintendencia de Seguridad Federal, particularmente grato a mis ojos».

«Ya la Flojera y el Terror, enviados por mí, hicieron presa del claudicante corazón del claudicante Carlos Argentino Mastandrea, el cual obedeciendo rápidamente mi mandato consiguió para los implacables organismos de seguridad, la lista completa de los asociados de Polimnia».

«Ya en su debido momento evité, por medio de tres golpes de mi negro látigo contra un piso de parquet, que el flojo Mastandrea, seguramente bajo el perturbador influjo de la brisa del ventilador, derramada por Afrodita, confesara sus desventuras al poco perspicaz señor Pulicicchio, con lo cual hubiera dificultado imprevistamente mis planes».

«Pero para que nada quedara librado a la improvisación y al espontáneo impulso, que aunque son los modos corrientes de proceder de los inconstantes Olímpicos, los considero indignos de mí, con absoluta precisión ordené los detalles finales de mi perfecta obra de destrucción y de venganza».

«No quise confiar a ningún servidor las importantes y muy delicadas tareas finales, sino que yo mismo tomé mi casco hecho de piel de perro, regalo de los Cíclopes, el cual torna invisible a quien lo lleva, y calmamente me dirigí hacia la bien instalada oficina del muy amado inspector mayor Guso, en la Superintendencia de Seguridad Federal».

«Convertido allí en obediente enviado de un coordinador de grupos parapoliciales, cuyo nombre de guerra es El Chivo, semejante a mí mismo en cuanto a su deseo de matar, me hice anunciar, abrí la bien lustrada puerta de la oficina, y con familiaridad me presenté ante el inspector mayor Guso, grato desde hace muchos años a mis ojos».

«Luego, con la voz y el gesto del enviado de El Chivo, matador de hombres, pregunté distraídamente si había alguna novedad o si quizá tendría algunas fichas recientemente confeccionadas para entregar a mi jefe».

«Sabed, mis servidores muy amados, que entonces el excelente inspector mayor Guso abrió un cajón de su escritorio, de hermosas aristas y depositó en mi mano un abultado sobre, el cual contenía los antecedentes, fotografías, números de documentos y domicilios actualizados de cada uno de los mortales que puntualmente concurren los miércoles a la tarde a la casa de la calle Teodoro Vilardebó 2562, con el objeto de leerse los poemas que, con mucha voluntad, ellos mismos componen, y también para escapar durante un rato de sus insignificantes y tristísimas soledades. Luego de lo cual me transmitió sus cordiales saludos para mi jefe, el muy amado Chivo».

«Pero no perdí, yo, vuestro Dios, mi precioso tiempo en desabridas prácticas sociales sino que, con la rapidez que me otorga mi condición de Inmortal, desaparecí bruscamente de ante el inspector mayor Guso, e invisible, y llevado por mis ilustres caballos, volé hacia una discreta oficina en el lujoso barrio de Palermo, donde El Chivo, comparable a una sangrienta Ker, tenía su cuartel general de operaciones».

«Golpeé la puerta con mi negro látigo, y cuando desde el interior recibí la orden de entrar, me convertí nuevamente en su obediente enviado y me presenté haciendo la venia ante el misterioso coordinador de grupos parapoliciales cuyo nombre de combate es El Chivo».

«Y El Chivo, cuyo rostro y cuya sombría mirada son semejantes a los de Edes, se hallaba sentado detrás de una sólida mesa de roble, leyendo con atención una bien coloreada revista de historietas, la cual tenía dibujada en su tapa al Ratón Mickey andando en bicicleta por el campo junto a sus tres sobrinos. Y sobre la amplia mesa de roble lucía una muy hermosa colección de Itakas, Fal, pistolas de 9 milímetros, cartucheras, correajes, cuerdas, alambres, rollos de tela adhesiva, cargadores y balas de distintos calibres».

Y cuando El Chivo, comparable a un Dios, levantó su barbuda cabeza de la bien coloreada revista, yo respondí golpeando militarmente los talones y sin decir una

palabra puse en sus manos temibles el abultado sobre que el inspector Guso me había entregado».

«Entonces, tal como en mis planes estaba cuidadosamente previsto, El Chivo, abandonó al Ratón Mickey y a sus tres sobrinos sobre la sólida mesa de roble, desgarró con impaciencia el sobre, y volcó su precioso contenido junto a una bella y empavonada Itaka, la cual se agitó y movió ligeramente la cola del disparador al contacto con tantos nombres de marxistas apartidas, gritó «que nadie me moleste», y con temible rechinar de dientes se dispuso a leer detenidamente cada uno de los bien confeccionados prontuarios».

«Y todo esto, hijos amados, acaba de ocurrir justamente hoy, miércoles 3 de diciembre de 1975, a las dieciséis horas y cincuenta minutos, apenas dos horas antes de la señalada por mis augures infalibles para que se cumpla la terrible profecía, y violentamente entregue su alma, en manos de elementos subversivos, el ilustre general Jorge Esteban Cáceres Monié, ex jefe de policía y por lo tanto especialmente agradable a mi corazón».

XXI

Dejó nuestro querido presidente al señor Pasco sobre el estrado. Bajó luego en silencio los dos escalones, y se fue a sentar junto a su espiritual amiga, la señorita Kisternmacher.

El señor Pasco, que se había quitado, no sé por qué, los anteojos oscuros, aparentaba dirigir su desconcertante mirada de ciego hacia un rincón de la salita, aguardando tal vez un completo silencio. Luego, como siempre acostumbraba a hacerlo, extrajo del bolsillo del saco unas pequeñas hojas de cartulina gris, escritas con el sistema Braille, las ordenó al tacto, y se dispuso a comenzar. Ese miércoles, de acuerdo con la introducción, habría de ofrecernos un conjunto de seis recientes composiciones que, según lo había anunciado con gran entusiasmo el señor Chávez, estaban siendo musicalizadas nada menos que por la profesora señora María Teresa Venturini de Sicardi, distinguida pianista de la zona, cuya ausencia debíamos lamentar esa noche debido a uno de sus frecuentes ataques de artritis.

Justamente a la señora de Sicardi dedicó el señor Pasco la primera de sus creaciones, intitulada «Desvelo». «Con agradecimiento y admiración, en ocasión de sus próximos ochenta juveniles años», dijo inexpresivamente y de corrido, como si hubiera aprendido el texto de memoria. Recitada pues, la dedicatoria, el señor Pasco apoyó sus oscuras cartulinas sobre la mano izquierda, y mientras con la derecha las recorría con seguridad y rapidez, fue leyendo, con su voz apagada y monótona, primero la composición dedicada a la señora de Sicardi, y luego las cinco restantes, una tras otra, sin hacer la más mínima pausa ni siquiera en los títulos.

Se trataban, por lo que alcancé a entender, de breves poemas en cuartetas octosilábicas, muy aptos para letras de canciones folklóricas, pero confieso que no los pude apreciar como era mi deseo. Debieron ser muy interesantes, ya que la misma señora de Sicardi había aceptado ponerles música, aunque entre la falta casi absoluta de pausas y matices, y la voz apenas audible del apagado señor Pasco, muchas veces me perdía el final de los versos, y se me escapaba por lo tanto parte del sentido.

Estaba aguzando el oído y esforzándome por entenderlo mejor, cuando de la misma manera opaca con que había comenzado, terminó de pronto el señor Pasco su lectura. Como nadie se había dado cuenta de ello, se produjeron en la salita unos segundos de desagradable silencio. Por suerte la desconocida señorita que estaba sentada a su lado rompió a aplaudir con todo entusiasmo, y entonces todos la imitamos. Tal vez fuera amiga del señor Pasco, pensé, y conocería bien aquellos poemas.

Volvió el señor Pasco, otra vez acompañado por el señor Chávez, a ocupar su asiento entre el mío y el de la desconocida señorita. La bella y desconocida señorita se levantó a recibirlo en el extremo de la fila, y en el momento de tomarlo del brazo

acercó su hermoso rostro al señor Pasco, y le susurró al oído una larga y pausada frase de felicitación. Debieron ser particularmente elogiosas sus palabras pues al señor Pasco se le iluminó literalmente el semblante con una amplia y emocionada sonrisa de agradecimiento. Sonriendo aún y murmurando «gracias, gracias», se sentó a mi lado y entonces lo felicité yo también estrechándole la mano, y aproveché para pedirle —en voz baja, pues ya el señor Chávez estaba por anunciar al siguiente poeta— una copia de aquellos poemas pues tenía muchos deseos de volverlos a gustar a solas, le dije.

Me los prometió para el miércoles siguiente, y no alcancé a decirle que prefería que me los dictara esa misma noche, pues ya la bien timbrada voz del señor Chávez se estaba refiriendo con cálidas palabras a su dilecta amiga, la señorita Kisternmacher. «Nuestra delicada Isis», alcancé a oír, «quien habrá de levantar para nosotros apenas una puntita de su místico velo». Y luego, señalando con cariñoso ademán hacia el lugar que ocupaba la señorita Kisternmacher en la primera fila, la llamó «Rajñi de nuestros tiempos», y también «moderna Kalidasa cuya tharana limpiará una a una todas nuestras auras dañinas con la incomparable belleza de su gitá». Lo cual demostraba una vez más, no sólo la vasta cultura de nuestro presidente, sino quizá, como sus eruditas expresiones lo dejaban entrever, sus vinculaciones con la ciencia esotérica, lo que explicaba su estrecha amistad con la señorita Kisternmacher.

Terminó el señor Chávez su esperada presentación, y la señorita Kisternmacher, girando su silla de ruedas, quedó frente a nosotros. Desde allí, desde su sitio en la primera fila, comenzó la lectura de sus bellas, sugerentes y extrañas composiciones. Algunas de ellas eran extremadamente breves pues constaban de una sola palabra. Por ejemplo recuerdo una a la que llamó «Amor en el Verano». Nos anunció su título, hizo un largo silencio, y luego pronunció lentamente: Nidágha... nidágha... nidágha..., mirándonos a todos con sus hermosos ojos grises. Otras se referían a la transmigración de las almas, o a la orden superior del Universo del cual todos debíamos participar con alegría. Utilizaba con cierta frecuencia palabras en sánscrito, pero tenía la gentileza de explicarnos su significado después de cada poema. A pesar del tono conferencístico de estas explicaciones, la emoción que sus poemas nos provocaba no decrecía. Al contrario, acariciados por la brisa del ventilador, y como adormecidos por el insinuante timbre de su voz, todos sentíamos que un inexplicable fluido de honda comunicación se establecía entre cada uno de nosotros y la misteriosa señorita Kisternmacher. A Irene y a la señora de Giannello se les habían llenado los ojos de lágrimas pero sonreían presas de la más dulce emoción.

El último de sus poemas, intitulado «A mis hermanos celestes», estaba dirigido evidentemente a nosotros, con lo que el clima emotivo se hizo todavía más intenso. Mastandrea hacía pucheros, la señora de Zimmerman había dejado de abanicarse, y al

señor Frugoni le temblaba el mentón mientras apoyaba tiernamente su mano en el hombro de la señora de Giannello.

El poema, recuerdo, terminaba augurándonos el más alto estado de Samadhi, a través de esa parte de la ciencia sagrada que es la Poesía.

Y al pronunciar la última palabra: Poesía, en forma totalmente inesperada y nada usual entre nosotros, la señorita Kisternmacher, desde su silla de ruedas, hizo el gesto de arrojarnos besos con las manos. Lo hizo de una manera tan espontánea y natural que, no sólo arrancó un fervoroso aplauso, sino que muchos de los presentes le respondían con el mismo gesto, o le decían y repetían «gracias querida», o se levantaban para estrecharle la mano o para besarle cariñosamente la frente. Fue algo tan hermoso que el señor Chávez tuvo que dejar pasar un buen rato antes de subir de nuevo al estrado para anunciar al siguiente poeta anotado para esa segunda parte.

Cuando cesaron los aplausos, los besos, y las felicitaciones; cuando los pañuelos enjugaron las últimas lágrimas, y el abanico de la señora Zimmerman indicaba con su renovado vaivén que la sala se estaba recuperando de las emociones pasadas y que se podía continuar el recital, recién entonces subió otra vez el señor Chávez al estrado con la lista en la mano. Carraspeó y comenzó un bello y muy cumplido introito al siguiente poeta.

Con sorpresa y con inocultable emoción, percibí, aun antes de que su inefable nombre fuera pronunciado, que el señor Chávez se estaba refiriendo a Irene. También la desconocida señorita lo percibió de inmediato, pues antes que nadie giró su cabeza escultural y dirigió hacia Irene una aprobadora mirada de sus grandes ojos claros, donde bellamente refulgían el saber y la inteligencia. Cuando el señor Chávez, cuyo enigmático discurso se estaba prolongando más de la cuenta, hizo mención a su reciente cargo de revisora de cuentas, la sala entera, comprendiendo al fin de quién se trataba, estalló en un espontáneo aplauso que acompañó también el señor Chávez, al tiempo que sonreía, y posaba en Irene una mirada para mi gusto excesivamente tierna. Mencionó después, como era de esperar, el premio literario que la Caja Nacional de Ahorro Postal le había conferido en una oportunidad a su bello poema «La Niñez y el Ahorro», reproducido luego en varios libros de lecturas, y con caballeresco ademán, «dejo el estrado», dijo «a la bella, joven e inteligente poetisa Irene Bengoechea, para quien pido un fuerte aplauso».

Irene, quien como dije se encontraba a mi lado, y cuyo nerviosismo alcancé a percibir, al incorporarse depositó en mí una sonrisa que, sin dejar de ser ingenua, estaba surcada al mismo tiempo por algo que me atreveré a llamar una maliciosa dulzura. Ocurría que en ningún momento me había comunicado que se hallaba anotada en la lista de ese miércoles, y era evidente que jugaba de un modo pueril con mi sorpresa. La desconocida me sonreía también con cierta alegre complicidad. Tal vez no fuera amiga del señor Pasco sino de Irene, pensé.

Lo cierto fue que a partir de ese momento quedé como ausente de todo lo que me rodeaba, y que cuando Irene, cruzando delante de mí, se dirigió hacia el estrado provista de su cuaderno Avon de 50 hojas, que tantas veces había visto en sus manos, inconscientemente llevé un dedo a la boca como reclamando silencio, me incliné para verla mejor y me dispuse a beber cada una de sus palabras.

El misterioso título de su primera composición era «A XX, que lo ignora». Se trataba, para mi renovada sorpresa, de un bello y correctísimo soneto, en el que desde su primer cuarteto que comenzaba: «Tú que cultivas delicadas flores más no miras la flor que está a tu lado», reconocí si no mi influencia, por lo menos un deliberado intento de imitación de lo que podría llamarse mi estilo, dicho sea sin petulancia. Sus palabras eran, en cierto modo, respuesta a un soneto mío intitulado «A una dama», que sólo ella conocía, pues, debido a ciertas imágenes algo audaces contenidas en el último terceto, no consideré prudente leerlo en la Agrupación.

Es de imaginar la indecible agitación con que escuché ese poema escrito, para mi mayor dicha, en las últimas páginas de su cuaderno Avon, lo cual significaba que era de factura reciente. Además, pronto creí vislumbrar entre las bien elaboradas imágenes del soneto —no sabía si me estaba engañando— un secreto e intraducible mensaje. Sobre todo sus dos versos finales («Di tu palabra sabio jardinero / no temeré la luz si Dios la envía»), me parecieron una referencia a mi timidez de la otra noche, una invitación tal vez a terminar con mi estúpido silencio. Pero hubo más aún; el poema siguiente —que debió buscar entre las páginas centrales de su cuaderno, o sea que había sido escrito hacía aproximadamente una semana— describía con melancólica serenidad el atardecer en una calle suburbana. Era un extenso poema en verso libre, según su hábito literario, y con ciertos atrevimientos de lenguaje coloquial y porteño. Pues bien, promediaba su lectura cuando distinguí en él una clara mención a esa vieja magnolia situada en la calle Marcos Sastre, a tres cuabras de nuestra sede. Muchas veces, al acompañarla hasta Nazca para tomar su colectivo 110, nos habíamos detenido a contemplar ese hermoso árbol, extasiados por la belleza de su forma y por el intenso y embriagador perfume de sus enormes flores. No dudé entonces que, por lo menos en un plano estrictamente poético, yo estaba empezando a ocupar un lugar en sus pensamientos por lo menos desde hacía una semana. Y si me hubiera quedado alguna duda, la mención casi hacia el final del poema de «un solitario y atorrante bichito de luz», terminó de convencerme por completo. Noté que al mencionar el bichito de luz, la desconocida señorita se movió en su silla e hizo un gesto con la frente como si la imagen no la hubiera satisfecho del todo. Tal vez la dama sea algo purista, recuerdo que pensé.

Leyó Irene luego otro poema dedicado a Gertrudis Gómez de Avellaneda, y otro más cuyo tema era la ascensión del alma hacia Dios. Dedicó este último, no sé si con intención fraternal o polémica, a la señorita Kisternmacher. Ambos estaban escritos

en las primeras hojas del cuaderno, vale decir: antes del comienzo de nuestra relación. Pero debo confesar que mi espíritu se hallaba demasiado inquieto por los ocultos mensajes del final del cuaderno, como para prestarles la atención debida. Debieron ser excelentes como todo lo que surge de su inspirada pluma si se toman en cuenta los fervorosos aplausos que señalaron el final de su lectura.

Aplaudí yo también a rabiar, y todavía estaba aplaudiendo cuando Irene, con su andar graciosamente tímido, venía marchando entre las filas de sillas para sentarse a mi lado. La desconocida señorita y yo fuimos los últimos en dejar de aplaudir. Las palabras «bichito de luz» y «atorrante» no habían alterado por lo tanto su juicio favorable, de lo cual me alegré.

Irene tenía el rostro encendido y las manos temblorosas. La felicité en voz muy baja arrimando para ello mis labios a su oído pues el señor Chávez ya se aprestaba a anunciar al penúltimo poeta de esa noche.

Apenas escuché la lista de las numerosas cualidades que adornaban a la señora Zimmerman. Yo me encontraba como flotando en una nube, sintiendo, como nunca lo había sentido antes, la cercana y tibia presencia de Irene, percibiendo, no sé de qué misteriosa manera, hasta el más leve de sus latidos. El aire que llegaba del ventilador me producía una extraña y dulce embriaguez. Borrosamente veía a la señora Zimmerman sacando de su gran cartera marrón una buena cantidad de hojas mecanografiadas y abrochadas en un ángulo. Recuerdo que luego de unos momentos estaba imitando con graciosos gestos la coreografía de una ronda infantil cuando, venciendo mi mucho temor, aunque aparentando naturalidad, apoyé de pronto mi mano sobre el dorso de la mano de Irene. Ella permaneció al principio rígida, como asustada por mi inesperada audacia. Percibía claramente el temblor de su delgado brazo. Después, exactamente cuando el ventilador al girar derramó sobre nosotros su bienhechora brisa, giró su mano y, poco a poco, tiernamente, ardorosamente, me tomo la mía. Recuerdo también que en ese momento la señora Zimmerman estaba imitando magistralmente a un niño a quien se le había perdido un juguete.

XXII

ZIMMERMAN SARA PRECANSKY DE

Polaca, 55 años, casada, periodista.

Conocida activista comunista. Encubre su accionar ocupando puestos claves en diversos campos de la cultura.

Integrante de teatros independientes, unión de mujeres, sociedades cooperadoras, talleres literarios, ligas de protección al felino abandonado, subcomisiones de cultura, clubs de cine, bibliotecas de barrio, exposiciones de cuadros, revistas de poesía, peñas folklóricas y otros órganos de infiltración y propaganda marxista.

Existen pruebas de su colaboración en el Escarabajo de Oro, Vosotras, Gaceta Literaria, Para Ti, y varios periódicos escritos en idisch. Se especializa en versos infantiles bajo cuya inocente apariencia intenta inocular el virus del comunismo ateo y sinárquico.

Caracterizada desde hace muchos años como agitadora profesional.

En 1954 habló en un acto a favor de Guatemala. En 1965 habló en un acto a favor de Santo Domingo. En 1968 habló en un acto a favor de Cuba. En 1973 habló en un acto a favor de Chile.

Se cree que es la verdadera jefa de la célula de Teodoro Vilardebó y que el sujeto Romualdo Chávez (a) El Gallego, sería su lugarteniente.

Su marido, Abraham Zimmerman, comerciante, es miembro de la dirección de una entidad judeomarxista llamada Moisés Berghelsson.

Su hija mayor, Delia Zimmerman, argentina, 19 años, estudiante de medicina, fue detenida el 22 de agosto de 1973 en circunstancias que pintaba leyendas alusivas a Trelew en las inmediaciones de su Facultad. Aunque fue liberada a las 48 horas sin instruírsele proceso, su ficha dactiloscópica, fotos, antecedentes, etc., obran en nuestro poder.

Su hija menor es Rita Zimmerman, argentina de 17 años, estudiante de sociología. Asiste a clases de expresión corporal y guitarra. Ha actuado en festivales en beneficio de presos políticos. Está siendo discretamente vigilada pues nuestros informantes en su facultad la sospechan un cuadro importante del ERP.

SOSA ROMILIO (a) El Negro

Argentino, 23 años, soltero, obrero textil.

Nacido en la localidad de Monteros (Pcia. de Tucumán), lo mismo que la difunta ex presidenta de Polimnia, Brígida Urdampilleta o Brígida Ramírez. No sería extraño, por lo tanto, una vinculación directa de la célula con la delincuencia apátrida asentada en aquella provincia.

Obrero de la fábrica Sudamtex y, lo que es más grave, subdelegado de la sección Cardado. En la asamblea del 5/7/75 votó a favor del paro.

Militante de la Juventud Peronista.

Comparte una vivienda en la villa de Colegiales. Según un informante nuestro, en la villa participa activamente en reuniones vecinales, y anda metido en cuanto manifestación, bochinche o petitorio se organiza por allí.

Según otro informante es de los que van a la cabeza portando banderas o golpeando un bombo.

Intervino en un supuesto festival en la villa recitando versos camperos.

Se lo ha visto realizando secretos trabajos de albañilería en la finca de Teodoro Vilardebó 2562, por lo que se sospecha la existencia en la mencionada finca de una «cárcel del pueblo».

Considerado como altamente peligroso.

FRUGONI ANÍBAL (a) El Zurdo
Argentino, 46 años, casado, comerciante.

Sin antecedentes registrados.

Propietario del bazar «La Flor de Lis». Miembro de la «Unión de Comerciantes de la calle Cuenca», y socio de la «Cooperadora del Hogar Policial». Todo parece tratarse de una hábil maniobra de cobertura.

Informes llegados a la Seccional 45a, desde la mesa de trabajo de Cuenca y Nogoyá, lo sindicaron como traficante de drogas y drogadicto, jefe de la organización extremista declarada ilegal en 1973, contrabandista de veladores y barómetros de pared, reductor de objetos robados, homosexual, librador de cheques sin fondo, amigo de Héctor J. Cámpora, tratante de blancas, falsificador de cuadros, infiltrado, sádico y poeta.

Izquierdista confeso. Significativamente firma sus escritos como «El Zurdo Aníbal».

XXIII

Y ocurrió que a las siete de la tarde del día 3 de diciembre de 1975, con puntualidad se cumplió la profecía de los augures, y de manera violenta entregó su alma el muy ilustre general Jorge Esteban Cáceres Monié; bajo el plomo buscador de cuerpos, que elementos subversivos arrojaron sobre él, cayó el muy amado por el grande Edes; a pocos kilómetros de la hermosa ciudad de Paraná, en la provincia de Entre Ríos, abundante en pájaros, murió el ex Jefe de Policía, y descendió su alma a la mansión de Edes.

Y he aquí que, avisado el poderoso Dios de la sangrienta muerte de su protegido, acrecentó su cólera terrible. Y el espantoso rechinar de sus dientes se escuchaba nítido hasta en la más lejana caverna de su enorme mansión, por lo que el temor helaba la sangre y hacía entrechocar las rodillas de todos sus servidores.

Mas no perdió su tiempo el infecundo Edes en insultantes discursos, ni en inútiles rechinamientos de dientes, sino que, de manera ejecutiva, montó en su negro carro, tirado por caballos ilustres, apretó con fuerza su látigo temible, y se dispuso a ejecutar de inmediato su mortuoria tarea, largamente prevista.

Y una fría sonrisa iluminaba apenas su sanguinario rostro, pues cada uno de los hilos necesarios para llevar a cabo su terrible venganza ya había sido cuidadosamente anudado, y sólo faltaban ahora los detalles finales, facilísimos.

Hizo pues Edes restallar en el aire su serpenteante látigo, y de inmediato se presentó ante él una sangrienta Ker a fin de recibir sus implacables órdenes.

Y dirigiéndose feroz a la sangrienta Ker, habló así el poderoso Edes, el que reina debajo de la tierra: «Ve, sangrienta Ker, hacia aquel edificio del Barrio de Palermo que ahora te señalo, y convertida en asistente de El Chivo, acércate a ese imbécil, que con obstinación permanece sentado junto al negro teléfono, y haz que cese al instante de vociferar amenazas inútiles». Y desapareció la sangrienta Ker de ante su vista.

Y nuevamente hizo restallar su látigo el implacable Edes, y una segunda Ker se presentó ante el Dios a fin de obedecerlo. Y, mientras con segura mano sofrenaba a sus caballos inquietos, dijo Edes a la segunda Ker: «Ve segunda Ker, y en este preciso momento, cuando El Chivo, grato a mis ojos, está leyendo irritado los informes sobre los concurrentes a Teodoro Vilardebó 2562, conviértete en urgente Llamado Telefónico, proveniente de las altas esferas castrenses». Y desapareció la segunda Ker de ante su vista.

Y por tercera vez Edes hizo chasquear su largo látigo en el helado aire del Erebo, y una tercera Ker se presentó solícita ante el Dios para cumplir sus órdenes.

Y dirigiéndose a la tercera Ker, dijo Edes sonriendo fieramente al tiempo que se echaba hacia atrás su negra capa: «Ve tercera Ker, introdúctete en el alma sanguinaria de El Chivo muy amado, transfórmate en espíritu de Inmediata Ejecución, y haz que su alma desee ejecutar de inmediato la tarea que le será encomendada». Y desapareció la tercera Ker de ante su vista.

Y volaron veloces las tres Keres hacia un gris edificio del barrio de Palermo, a ejecutar sin demora las órdenes impartidas por Edes, mientras el Dios, envuelto en su abrigada capa, que tejieron las Moiras, pero previsoriamente montado en su carro veloz, cuyos caballos relinchaban y se encabritaban ansiosos por partir, las aguardaba impaciente.

Y llegó la primera Ker al edificio gris del barrio de Palermo, y convertida en asistente de El Chivo, increpó con dureza a otro imbécil subordinado de El Chivo que estaba por marcar un número de teléfono, y le preguntó amenazante si pretendía que, a causa de su maniática costumbre, se escapara la codiciada presa.

Y el imbécil proferidor de amenazas telefónicas interrumpió el llamado, y cesó de inmediato su obsesiva tarea, pues comprendió que El Chivo habría de castigarlo de manera terrible si los concurrentes a Teodoro Vilardebó huían de la casa, asustados por sus insistentes amenazas y sus elegidas palabrotas soeces.

Y cumplida su misión volvió la primera Ker a la mansión de Edes.

Llegó entonces la segunda Ker a la terraza del mismo edificio en el barrio de Palermo, y con prontitud se convirtió en urgente Llamado Telefónico proveniente de las altas esferas castrenses. Y así, convertida en urgente Llamado Telefónico, hizo sonar rítmicamente la campanilla del teléfono de El Chivo.

Y El Chivo, sin abandonar la lectura de los informes, algunos de los cuales sostenía aún en su mano derecha, levantó el pulido auricular con su mano izquierda, y dijo distraídamente: «Coordinación». Y la segunda Ker, con la voz varonil de un encumbrado militar, relató someramente al oído de El Chivo la muerte violenta del general Cáceres Monié, en manos de delincuentes subversivos, ocurrida hacía pocos minutos, cerca de la hermosa ciudad de Paraná, en la provincia de Entre Ríos.

Y luego que con indignación hubo relatado la sangrienta muerte del ilustre general Cáceres Monié, hizo la negra Ker una muy larga pausa, y en un tono sombrío

que no admitía ninguna clase de preguntas, dijo muy parcamente: «Doce». Y El Chivo, amado por el taciturno Edes, comprendió con claridad el significado de esta única palabra.

Y cumplida su misión volvió la segunda Ker a la Mansión de Edes.

Y la tercera Ker voló también hacia el bien arbolado barrio de Palermo. Por el agujero de la cerradura entró en la discreta oficina de El Chivo, revoloteó extasiada ante una vasta mesa, llena de relucientes Fal, Itakas y pistolas Browning de 9 milímetros y convertida en Inmediata Ejecución, se introdujo obediente en el alma del coordinador de grupos parapoliciales cuyo nombre de combate era El Chivo.

Y El Chivo, presa de la Inmediata Ejecución, deseó ejecutar de inmediato la parca orden llegada desde su negro auricular. Y en su mano derecha sostenía aún los antecedentes del peligroso extremista José María Pulicicchio (a) Pepe, y sobre la mesa se encontraban aún desparramados los antecedentes de los peligrosos miembros de Polimnia. Y eligió El Chivo por lo tanto el camino más fácil y expeditivo.

Pues ese día era miércoles 3 de diciembre, y de acuerdo con los informes enviados por el agente Pascuali, por el oficial subayudante Covas, por el oficial principal Farías desde la Seccional 45a, eran justamente los miércoles a la noche cuando todos aquellos repugnantes extremistas apartidas se reunían en el vigilado refugio de Teodoro Vilardebó 2562.

Y antes de marcharse la tercera Ker, convertida en Inmediata Ejecución, se inclinó sobre el oído de El Chivo y con insinuantes palabras le susurró que aunque no fueran, después de todo, tan extremistas, ni tan apartidas, ni tan peligrosos, tenían aquellos infelices mortales la ventaja de estar todos reunidos esa misma noche, con lo que su sangrienta tarea se vería facilitada enormemente.

Luego de lo cual se alejó y retornó la tercera Ker a la mansión de Edes.

Y el coordinador de grupos parapoliciales cuyo nombre de guerra era El Chivo, miró la hora en su reloj pulsera, y vio que eran exactamente las diecinueve y cincuenta y cinco minutos. Por lo que, apretando un botón del intercomunicador, llamó a uno de sus subordinados, y acercando su barbudo rostro al aparato, dijo perentoriamente: «Móviles 25, 41, 70 y 72, a las veinte y cuarenta en el garage, con sus dotaciones completas».

Y casi inmediatamente después se abrió la puerta, y varios de sus subordinados entraron en aquella oficina. Y los subordinados eligieron y se llevaron muchas de las

armas relucientes que había sobre la mesa sólida de roble, así como las cuerdas y los rollos de tela adhesiva, para cargarlo todo en el móvil 25, en el cual viajaba El Chivo, amado por el subterráneo Edes.

Y a los pocos minutos de la perentoria orden de El Chivo, susurrada ante el intercomunicador, de múltiples botones, desde distintos puntos de la enorme ciudad, cuatro brillantes automóviles Ford Falcon, de hermoso color negro y sin patentes, asustaban con sus ululantes sirenas a los desprevenidos peatones, y convergían todos hacia un misterioso garage situado en Villa Crespo.

Y Edes, desde la plataforma de su carro, salpicado de sangre, los observaba complacido.

Y en vano sus ilustres caballos, de grupas relucientes, deseaban correr desenfrenados junto a los veloces automóviles Ford Falcon, pues la poderosa mano del Dios los sujetaba firmemente por las bridas.

Y siseaba Edes para tranquilizar a los sudorosos caballos indómitos, y con apaciguadoras palabras les pedía que se aquietaran, puesto que aún no había llegado el momento.

XXIV

Hermoso... el bichito de luz, yo también... alcancé a balbucearle al oído durante una pausa entre dos poemas de la señora Zimmerman. Pero ya no eran necesarias las palabras. Irene, sin dejar de mirar hacia el estrado, sonreía, me sonreía, mientras nuestras manos permanecían estrechamente unidas, y nuestros cuerpos, con atracción irresistible, se inclinaban el uno hacia el otro como buscándose, como si, después del forzado y torturante alejamiento que mi cobardía les había impuesto, quisieran ahora recuperar el tiempo perdido, e impulsados por la bienhechora brisa del ventilador, se comunicaran de la manera más cálida y más honda posible.

La señora Zimmerman, entre tanto, se prodigaba sin descanso. Hacía por lo menos treinta minutos que estaba recitando, y todavía le faltaba dar vuelta a una buena parte de sus hojas mecanografiadas. Durante esos treinta minutos había imitado a una anciana con bastón que acompañaba a sus nietos al zoológico, a un estibador borracho y sin trabajo, a una madre negra que acunaba a su niño en media lengua, a un malevo que castigaba a su pobre mujer tuberculosa, a una muchacha que rechazaba el matrimonio de un señor muy rico porque estaba enamorada de un joven pobre, y a algunos más que ya no recuerdo. En las pausas entre poema y poema respiraba hondo, cerraba los ojos, y dejaba caer sus brazos a los costados imprimiéndoles breves y extrañas sacudidas. Seguramente se trataba de algún eficaz ejercicio de relajación aprendido durante sus lejanas épocas de actriz. Lo cierto era que su vena dramática se afirmaba a medida que transcurría el recital, y llegaba por momentos a alturas verdaderamente sublimes. Habían transcurrido ya casi cuarenta minutos cuando nos anunció el título del que sería su último poema de esa noche. El título era: «La prenda sobre el césped» o «Una difícil relación de pareja durante la adolescencia».

Irene me hizo un significativo llamado de atención con su dedo meñique como si —no sé por qué— el tema nos tocara directamente. Hubo carraspeos, leves corrimientos de sillas y entrecruzarse de miradas a causa de la particular expectativa que el sugestivo título del poema había provocado. El señor Chávez, desde la primera fila, sonreía con atenta curiosidad mientras mantenía apoyado su antebrazo en el sillón de ruedas de la señorita Kisternmacher. En ese momento apareció en la puerta doña Zulema, la señora encargada de la limpieza, seguramente a cobrar su mensualidad, pues estábamos a principios de mes. Lo que suele hacer generalmente es llamar por señas al señor Frugoni que tiene siempre preparado el sobre con su sueldo y el correspondiente recibo. Entonces el señor Frugoni sale, arregla todo en pocos segundos, y retorna sin más a la salita. Pero esa noche, fuera porque doña Zulema encontró al señor Frugoni demasiado ocupado junto a la señora de Giannello y no se atrevió a interrumpirlo, fuera porque hacía muchísimo calor y el ventilador

tornaba especialmente agradable el ambiente de la salita, fuera porque el título del poema atrajo su interés, doña Zulema, una señora viuda, con varios hijos, correntina, opulenta y muy simpática, entró silenciosamente y se sentó en una silla desocupada junto al sudoroso señor Mastandrea. El señor Mastandrea la saludó estrechándole efusivamente la mano, y en un gesto que me atrevería a llamar de coquetería, se quitó disimuladamente el pañuelo que tenía prendido al cuello.

La señora Zimmerman aprovechó la silenciosa entrada de doña Zulema para prolongar durante unos segundos sus ejercicios de relajación. Cuando todo se hubo quietado, repitió pedagógicamente el título de su composición, retrocedió luego hasta el fondo del estrado, con una horquilla que previsoramente había traído se recogió el cabello sobre la nuca para imitar el peinado de una muchacha, y con trémula e insegura voz de adolescente comenzó a relatar sus enternecedoras cuitas.

El poema dramático, que la señora Zimmerman había escrito primeramente en idisch, y vertido después al castellano, trataba de una niña a quien sus padres no permitían acercarse a un apuesto joven porque sus familias pertenecían a distintas religiones. No obstante ello continúan viéndose a hurtadillas. Una tibia noche de primavera se encuentran en un bosque. El joven, desesperado, le propone que se suiciden. Pero la niña, más práctica, y según significativos detalles, mucho más inteligente, le sugiere un procedimiento más eficaz.

«¿Qué ganas con la muerte, mi adorado? / Déjame hacer a mí, te lo suplico», le recita con cálida y temblorosa voz. Y le da a conocer su plan «infalible y heroico». El plan consiste en lo siguiente: él debía hacerla suya de inmediato a fin de engendrar en ella un hijo. En esas condiciones sus padres los obligarían a casarse. Pero «¿cuándo?, ¿dónde?, mi amor, ¿de qué manera?», dice lleno de temor el apuesto y caballeresco joven. Entonces ella, encendido el rostro por el rubor, pero dispuesta a cualquier sacrificio a fin de conseguir la felicidad para ambos, lo mira dulcemente a los ojos, y poco a poco, sin decir una palabra, se va despojando de sus prendas. El poema termina cuando acaba de agitarse suavemente el césped a sus pies «con el blanco aletear de su corpiño». Frase que la señora Zimmerman pronunció lentamente, con infinita dulzura, mirando hacia las maderas del piso, y arrojando sobre ellas, con desmayado gesto, un pequeño pañuelo blanco que misteriosamente apareció en su mano. La brisa del ventilador agitó en ese momento el pequeño pañuelo; y empujándolo, lo hizo correr casi hasta el borde del mismo estrado, con lo que la emotiva escena del bosque cobró de pronto un realismo alucinante.

Los aplausos fueron en verdad estruendosos, como en una gran sala de teatro. El señor Chávez se había puesto de pie y gritaba «bravo». El señor Frugoni y la señora de Giannello también se habían levantado y pujaban por llegar antes que nadie a felicitar a la señora Zimmerman. Irene, a quien la escena del sacrificio de la muchacha había impresionado profundamente, decía y repetía «maravilloso», al

tiempo que se abandonaba contra el respaldo como agotada luego de una intensa emoción.

A Mastandrea el poema le había gustado extraordinariamente. En realidad era al parecer lo único que le había gustado de todo el recital porque se frotaba las manos, decía «una barbaridad», y cargosamente pedía bis. Vi de pronto cómo cuchicheaba algo al oído de doña Zulema, que al principio se sorprendió, pero después, seguramente a raíz de alguna zafaduría de Mastandrea, lanzó una agudísima carcajada que por suerte se perdió entre los aplausos y bravos de la concurrencia. Mastandrea le hizo entender que debía contenerse, para lo cual se llevó un dedo a los labios, y dio unos familiares golpecitos en los anchos muslos de doña Zulema. Doña Zulema le arrancó la mano violentamente pero no dejó por eso de reírse, ahogando sus grititos con un pañuelo.

A quien no pareció gustarle demasiado la bella composición fue a la desconocida señorita situada a mi izquierda. Cuando el señor Pasco, entusiasmado, le hizo sobre «La prenda sobre el césped» algunos comentarios muy elogiosos, ella, con señorial gesto de comprensión dijo: «Ah, es muy importante que a ustedes les guste». Luego miró con preocupación hacia la puerta de la salita, en cuyo marco alcancé a ver posada una enorme mariposa nocturna, y suspirando agregó: «Pobres hijos míos», cosa que no dejó de molestarme un tanto.

Pero ¿qué me podía importar la opinión de esa señorita, quien además de purista, parecía algo petulante? Me dirigí pues al estrado, deseoso yo también de felicitar a la señora Zimmerman.

La señora Zimmerman, que un buen rato después de terminar su largo poema, había permanecido en medio del estrado, exactamente bajo la luz de la bombita, inmovilizada en el gesto de arrojar sobre el césped el corpiño, reaccionó al fin, y como saliendo de un estado de éxtasis, sonrió, e hizo varias inclinaciones de cabeza para agradecer los aplausos.

Cuando éstos comenzaron finalmente a acallarse, no descendió del estrado, sino que con la mano en alto nos hizo un gesto para reclamarnos silencio, y ella misma procedió a anunciar al poeta que habría de poner fin al recital de esa noche: «el eximio poeta, narrador, hombre de negocios y dramaturgo, Romualdo Chávez, digno presidente de esta Agrupación», dijo, y acto seguido hizo una inteligente semblanza cultural, social, psicológica, institucional y afectivosexual de nuestro presidente. Habló de la correctísima dirección que ejercía —aunque a veces las cosas no salieran tan bien, simplemente porque no le habían hecho caso a ella, cuando ella se había cansado de darle consejos— de sus extraordinarias dotes de caballero, de jefe de ventas, de poeta, de ciudadano, etc., y hasta hizo al pasar una graciosa referencia a su fama de conquistador.

Fue, a pesar de sus digresiones y sus bromas, una muy hermosa y cálida

presentación, que todos escuchamos con placer y que el señor Chávez recibía meneando a veces la cabeza con fingido enojo. Cuando terminó la señora Zimmerman, el señor Chávez besó galantemente su mano, la ayudó a bajar los dos escalones del estrado, y se volvió luego para comenzar su recital. «Pero antes de leer algunos de mis humildes poemas», dijo, «quisiera dirigir a ustedes unas breves palabras».

XXV

PULICICCHIO JOSÉ MARÍA (a) Pepe

Argentino, 47 años, soltero, empleado en el Banco de la Nación, sucursal Villa Urquiza.

Aunque no registra antecedentes penales ni policiales hay indicios suficientes para considerarlo sujeto peligroso, a saber:

1. Su apellido y su teléfono figuran en la libreta de direcciones del extremista Anselmo Fernández (a) Pelado, el cual al fallecer por accidental paro cardíaco durante el interrogatorio, no alcanzó a dar ninguna explicación sobre el particular.
2. En varias de las numerosas fotos obtenidas por esta repartición durante los sepelios de los dirigentes extremistas Ortega Peña y Silvio Frondizi, muertos por desconocidos, aparece en segundo plano un individuo delgado, de anteojos y con calvicie incipiente que, según datos de peritaje fotográfico no sería otro que J. M. Pulicicchio, hábilmente maquillado.
3. De las declaraciones de Mastandrea surge que el sujeto es colaborador inmediato (segundo lugarteniente) de la Zimmerman, o sea: cuadro relevante en la organización.
4. En juicio (favorable) que le formuló a Mastandrea acerca de un soneto de su autoría intitulado RESTAURACIÓN, Pulicicchio, según nuestro informante, debió esforzarse para disimular su actitud irónica hacia figuras señeras de nuestra Historia, así como su adhesión a los diversos símbolos de la antipatria.
5. Otrosí: En la larga, confusa y contradictoria declaración que hizo Mastandrea, algo apretado por el oficial Farías, Pulicicchio aparece como especialista en obras licenciosas, obscenas y pornográficas. Por medio de estas aberraciones (y seguramente, de otras aun más perversas e inimaginables), según Mastandrea, el sujeto logra corromper y obtiene la enfermiza y total adhesión de la Bengoechea. Agrega que la Bengoechea antes del ingreso de Pulicicchio a la organización mantenía con Mastandrea relaciones sumamente afectuosas, las que luego, por presión de su dominador, fueron bruscamente interrumpidas.
6. No es improbable, de acuerdo a todo lo antedicho, que el sujeto, además de estar comprometido con el extremismo, se encuentre vinculado al tráfico y/o consumo de estupefacientes.

KISTERNMACHER AURELIA WANDA (a) Pupi

Alemana, ciudadanizada argentina, 34 años, soltera, profesora particular.

Vinculada a medios de habla alemana en diversos países, entre ellos Hungría y República Democrática Alemana.

Recibe muy abundante correspondencia. Las cartas se refieren por lo general a temas de Ocultismo, Astrología y estados mediúmnicos, lo que demuestra su ligazón con la Francmasonería internacional (Sinarquía), de connotaciones marxistas, y explica su estrecha amistad con el conocido francmasón Romualdo Chávez.

Activa propagandista de la organización entre los impedidos y lisiados (fue la que indujo a nuestro informante a ingresar en la organización), ejerce sobre ellos un indiscutible liderazgo. En la manifestación de los lisiados junto a la Juventud Peronista, hacia la calle Gaspar Campos, parece que tuvo una activa participación.

Datos de importancia:

a) La extremista Rosa M. V. de Camps fue alumna particular suya durante el año 1967.

b) Otra alumna suya, Emma Arévalo, es prima hermana de la concubina del terrorista Rafael Casas, abatido durante un procedimiento en la ciudad de Rosario.

Recomendación:

Revisar cuidadosamente silla de ruedas, en previsión de ocultamiento de propaganda subversiva o armas.

XXVI

Y mientras los cuatro oscuros automóviles Ford Falcon, de antenas esbeltas y bien sintonizadas motorolas, se hallaban concentrados en un oscuro garage del barrio de Villa Crespo, Afrodita, Atenea y el incansable Hermes, a semejanza de madres afanosas que con amor cuidaran a sus tiernos hijos, así cuidaban ellos de los indefensos mortales que en ese momento escuchaban arrobados a la sin par señora Zimmerman, y solícitos, procuraban satisfacer cada uno de sus deseos.

Pues la Sombra Anunciadora de la Muerte ya no trazaba lentos círculos en torno a la casa de la calle Teodoro Vilardebó 2562, sino que, sigilosa, con la inocua apariencia de una mancha de humedad, se había instalado sobre el acanalado techo de zinc de la salita, y desde allí se disponía a vigilar la obra sangrienta de los feroces enviados de Edes.

Y de un momento a otro aguardaban los Olímpicos el siniestro roncar de los motores, y el temible sonido de las frenadas bruscas sobre el pavimento de la calle Teodoro Vilardebó, prolijamente adoquinada, pues sabían ellos que el poderoso Edes en persona había llevado a cabo los últimos preparativos, y la prevista muerte de los doce concurrentes a Polimnia estaba por lo tanto muy próxima.

Y la señora Zimmerman estaba imitando a un impío malevo que castigaba a su pobre mujer tuberculosa, cuando Afrodita, desde las giratorias paletas del ventilador, vio a la opulenta doña Zulema, grata a sus ojos, la cual estaba a punto de llamar por señas al señor Frugoni a fin de que le entregara éste su sobre con el sueldo de noviembre.

Y Afrodita lanzó una bienhechora ráfaga de aire fresco sobre las carnes aún firmes de doña Zulema, y transformada en Pícaro Pensamiento le susurró estas aladas palabras en guaraní:

«No importunes ahora al karaí Frugoni, el cual se encuentra haciéndole arrumacos a aquella hermosa kuñá de renegridos cabellos, sino mejor espera una pausa de ésa que está sobre el estrado dando crueles cachetadas de revés en el aire, y silenciosamente, vete a ocupar aquella silla junto al muy simpático karaí de las muletas, el cual una vez te dijo cariñosas aunque un poco atrevidas ñeé».

Y doña Zulema no desoyó la orden del Pícaro Pensamiento, y cuando la señora Zimmerman, pedagógicamente, anunció el título de su próximo poema, que era «La prenda sobre el césped» o «Una difícil relación de pareja durante la adolescencia», en silencio entró, avanzó entre las filas de los contertulios, y fue a posar sus nalgas

opulentas en la silla que estaba junto al señor Mastandrea.

Y dirigió Afrodita la brisa del ventilador sobre el transpirado señor Mastandrea, y éste miró de reojo hacia su izquierda, y vio cómo la bien provista doña Zulema se sentaba a su lado, de lo cual alegróse su corazón en gran manera.

Y dándose vuelta estrechó con efusión la mano de doña Zulema, e inmediatamente se quitó con disimulo el listado pañuelo marrón que tenía prendido al cuello, a fin de que la irresistible y dulce doña Zulema lo viera más elegante.

Y la indómita Atenea, convertida en desconocida señorita, oyó el erótico título del poema de la señora Zimmerman, y si bien el tema no le era especialmente grato, deseó que las palabras llegaran hondamente al corazón de su protegida, la irreprochable Irene Bengoechea, a fin de que una dulce emoción se apoderara de ella, y transmitiera luego esta dulce emoción al señor José María Pulicicchio, a quien Atenea, a causa del pacto con Afrodita, debió perdonar sus amorios avances en la calle Marcos Sastre.

Y la virgen Irene Bengoechea al escuchar en boca de la señora Zimmerman las palabras «relación de pareja» y «adolescencia» sintió que ellas estaban especialmente destinadas a su reciente y aún no formalizada relación de pareja, y por medio de un significativo movimiento de su dedo meñique así se lo transmitió al magnánimo señor Pulicicchio, el cual en respuesta, apretó dulcemente su mano, e inclinó sobre ella su ardiente cuerpo de enamorado.

Y en el momento en que la ruborosa joven se despojaba de sus prendas frente al apuesto y asustado mancebo, Afrodita se derramó en forma de deliciosa brisa sobre la bella señora de Giannello, semejante a una Diosa, y sobre el excelente señor Frugoni, grato a Hermes, los cuales se hallaban sentados muy juntos en la última fila de sillas.

Y deseó Afrodita para ellos la embriagante, breve y absoluta felicidad del amor, pues el tiempo que a ambos les restaba por vivir se contaba solamente en minutos; por ese motivo deseó Afrodita que esos minutos fueran de total felicidad, y semejantes a copas de embriagante vino.

Y el señor Frugoni olvidó por completo todos sus gravísimos problemas de marido culpable, de propietario del bazar «La Flor de Lis», de tesorero de Polimnia, de peronista de la primera época, y de confeccionador de cuentos estaqueados a la tinta china, para pensar sólo en la tibia y sedosa piel de la señora de Giannello, a lo largo de la cual deslizaba subrepticamente su mano, temblorosa de amor.

Y la señora de Giannello, desvanecida de felicidad, se elevaba hacia vastos cielos multicolores, y alcanzaba sumisa el palpitante orgasmo, mientras apoyaba su cabeza en el hombro del señor Frugoni, y murmuraba tiernísimos e inconfundibles quejidos.

Y desde su lugar en la cuarta fila junto al no vidente señor Pasco, Atenea dirigió la inteligente mirada de sus ojos claros hacia su protegida, la erudita e inválida señorita Kisternmacher, a la cual había infundido, hacía unos minutos, el irresistible Poder de la Persuasión.

Y la señorita Kisternmacher, por medio de sus incomprensibles poemas, y de sus eruditas explicaciones sobre las palabras en sánscrito, había persuadido a todos de la imprescindible necesidad del amor universal, y todos habían aceptado llenos de emoción sus persuasivas palabras, y todos le habían demostrado su amor universal y su agradecimiento con cálidas palabras y con fraternos besos en la frente.

Pero pensó Atenea que aún debía dar a su protegida una nueva e inteligente clase de felicidad, para lo cual convertida en espíritu de la Tierna Amistad, se introdujo en el alma seductora del señor Romualdo Chávez, amado por ambas Diosas, quien estaba sentado junto a la señorita Kisternmacher en la primera fila de sillas.

Y se apoderó del señor Romualdo Chávez un irrefrenable deseo de tierna y espiritual amistad hacia la señorita Kisternmacher, a la cual, de improviso, y cuando la señora Zimmerman se hallaba inmovilizada en el gesto de arrojar al césped el corpiño, besó con tierna pasión en ambas manos, y la llamó cálidamente Pupi, al hacerle en voz baja un inteligente comentario acerca del poema.

Y la señorita Kisternmacher lo contemplaba llena de samadhi, y con los ojos húmedos de tierna amistad, le hizo notar que no obstante una ligera falta de tharana, en el bello poema había muchísimo nidagha, lo que se hacía evidente por el abundante krivamáha karma que había inundado toda la salita.

Y con impaciencia aguardaba Afrodita la llegada de Dora, la muchacha de la señorita Kisternmacher, pues el joven Romilio Sosa, su novio, se hallaba solo y algo tristón en un costado de la salita, y no quería la bellísima Diosa que Romilio pasara lejos de su amada el poquísimo tiempo que le restaba vivir.

Por lo cual, durante el intervalo entre las dos partes del recital, Afrodita se había convertido en espíritu de Urgente Diligencia, y en esa forma se había introducido en la elegante mamá de la señorita Kisternmacher.

Y la mamá de la señorita Kisternmacher recordó durante el intervalo que debía

realizar en el centro una diligencia muy urgente, por lo cual, con apresuramiento, fue hasta la piecita del fondo, tomó el teléfono y de inmediato se comunicó con Dora. Y con breves palabras ordenó a Dora pasar a buscar a la señorita Kisternmacher por Teodoro Vilardebó 2562 pues ella, al terminar el recital, debía partir hacia el centro a fin de realizar una urgente diligencia.

Pero he aquí que ya menguaban los prolongados aplausos a la señora Zimmerman, y ya levantaba ella su mano derecha para reclamar silencio y anunciar al señor Romualdo Chávez, y Dora, la morena y villaparquense muchacha de la señorita Kisternmacher, aún no había llegado, debido a lo cual se preocupaba Afroditá, y desde las aletas del ventilador miraba impaciente hacia la puerta.

Y al señor Pasco, sentado junto a la indómita Atenea convertida en desconocida señorita, lo había conmovido en grado sumo la valiente actitud de la muchacha al despojarse de sus prendas, y como su pensamiento veía lo que sus ojos no podían ver, el joven y hermoso cuerpo semidesnudo de la joven y hermosa mujer que con temblorosa voz estaba recitando, le había provocado fuertes latidos a su solitario corazón, y un indisimulable abultamiento a un costado de su bragueta.

Y como el abultamiento no disminuía de tamaño, ni siquiera cuando se dirigía hacia el estrado el elegante señor Chávez, Atenea por medio de un casi imperceptible movimiento de cejas, solicitó la ayuda de Afroditá.

Y Afroditá, bajo la forma de un Erótico Sueño, se derramó deleitosa sobre el no vidente señor Pasco. Y el señor Pasco amó en sueños a la desnuda muchacha del estrado, y la poseyó sobre el mullido césped donde aleteaban gráciles corpiños, y derramó en ella el caliente licor que engendra vida, mientras Atenea le hablaba al oído con la voz de la señora Zimmerman, le tomaba la mano, y mágicamente hacía desaparecer la mancha de su pantalón.

Y mientras todas estas cosas ocurrían, el muy prudente mensajero Hermes, convertido en enorme mariposa nocturna, de grueso y velludo abdomen, sin descanso cumplía su importante misión.

Y volaba Hermes diligente alrededor de la casa, y con trémulo aletear subía hasta los altos paraísos de la calle Teodoro Vilardebó, y con sus finas patitas arañaba el revoque de la pared del fondo, y asomaba luego sus rígidas antenas por el bien reparado dintel de la entrada.

Y de esta manera avizoraba hacia un lado y otro, aguardando la llegada de los cuatro temibles automóviles Ford Falcon, a fin de comunicarlo de inmediato a ambas

Olímpicas.

Pero he aquí que, durante el fiel cumplimiento de su misión, llegó Hermes volando pesadamente hasta la puerta de la salita, y se posó sobre su barnizado marco, pues deseaba comunicar a la desconocida señorita que todavía no había novedad.

Y estaba Hermes posado en lo alto del marco, hablando con la indómita Atenea, cuando recibió de lleno sobre su frágil cuerpo, una potente ráfaga del delicioso aire que, desde el ventilador de pie, derramaba con generosidad Afrodita.

Y ocurrió entonces que, de pronto, el dulce cosquilleo del amor se instaló avasallante en todo su cuerpo gris de mariposa nocturna.

Debido a lo cual, tembloroso de irreprimible amor, posó Hermes su alado cuerpo sobre una púdica y bien regada plantita de menta semiescondida entre las bien regadas plantitas que adornaban el patio.

Y exactamente cuando el señor Chávez anunciaba a los trajeados miembros de Polimnia unas breves palabras, entablaba Hermes con la plantita de menta una muy interesante conversación, llena de gentiles y cariñosas palabras, al tiempo que tiernamente subía y bajaba su velludo abdomen sobre una de sus perfumadas hojitas.

XXVII

El señor Chávez, quien, a pesar del sofocante calor, vestía un impecable traje gris con chaleco, se había prendido al ojal la hermosa camelia de color rojo que adornaba, hacía unos minutos, el escuálido pecho de la señorita Kisternmacher. No pude observar cuándo ésta se la había obsequiado, pero seguramente debió ser durante las efusivas demostraciones de amistad, luego del recitado de la señora Zimmerman.

Lo cierto es que esa roja flor, nada común, que lucía en su solapa, no sólo destacaba aún más la natural elegancia de nuestro querido presidente, sino que ya anunciaba de alguna manera el inusitado aire de festejo que tendrían esa noche sus palabras.

Y en efecto fue así. Mientras Irene me hacía notar por señas el curioso detalle de la flor, y con disimulo me enseñaba con la vista a la señorita Kisternmacher, inició el señor Chávez su improvisado discurso.

Con su bien templada voz y su agradable acento zamorano, comenzó por referirse a la «proficua labor cumplida por Polimnia» durante el año que estaba por terminar. Habló de las cuarenta y ocho reuniones de poesía realizadas durante ese año, «incluyendo la muy grata y por muchos motivos inolvidable» de ese caluroso miércoles 3 de diciembre. Y comparó a esa ininterrumpida sucesión de fructíferas reuniones a «una larga guirnalda de bellas y fulgurantes estrellas que atravesó magnífica la negra y despacible noche del año 1975».

Dijo entonces que la ocasión le parecía propicia para señalar la excelente labor de cada uno de los miembros de Polimnia, y en especial de los que compartían con él las responsabilidades de la comisión directiva. Y mencionó «la generosa y febril actividad de la señora Zimmerman desde su cargo de primera vocal titular, la abnegada y silenciosa labor del señor Frugoni como tesorero, la pulcra e insustituible confección del libro de actas por la señora de Giannello». Y así fue nombrando a todos los miembros de la comisión directiva, y tuvo para cada uno de ellos cálidos, gentiles y bien expresados elogios. No puedo negar la casi infantil alegría que sentí al oír mi nombre pronunciado en alta voz desde el estrado, cuando nuestro presidente, señalándome, hizo notar, y lo puso como ejemplo a imitar por todos los adherentes, mi puntual asistencia a las 48 reuniones del año 1975, sin faltar ni llegar tarde a ninguna.

Estaba augurando el señor Chávez a Irene un feliz y fructífero desempeño en su reciente cargo de revisora de cuentas, cuando imprevistamente se oyó el timbre de la calle. El joven Romilio Sosa hizo ademán de levantarse, pero ya la señora Zimmerman abandonaba la salita y se dirigía, atravesando el pequeño corredor en penumbras, hacia la puerta de entrada. Oímos el tintinear de las llaves, el rechinar del picaporte, el familiar gemido de las antiguas bisagras, e inmediatamente, un alegre,

campanilleante y femenino «hola», que obligó al señor Chávez a interrumpirse para aguardar con varonil curiosidad a la recién llegada. Un rápido repiquetear de pasos en el corredor, y precediendo en varios metros a la señora Zimmerman, hizo su aparición en la puerta de la salita, nuestra conocida Dora, la atractiva muchacha (tal vez dama de compañía) de la señorita Kisternmacher.

Sin amilanarse por el tono un tanto protocolar de la reunión, y sin demostrar preocupación alguna por el perturbante ruido de sus tacos, Dora, que vestía en forma un tanto atrevida, y llevaba en su brazo un gran ramo de flores de aroma, dijo alegremente, «buenas noches a todos», y haciendo resonar sus tacos contra el parquet, y contoneando su cuerpo hermoso y provocativo, se acercó a la mamá de la señorita Kisternmacher. Cambió con ella unas breves palabras. Dijo «sí, cómo no», y otra vez volvieron a sonar sus turbadores taquitos cuando apurada volvió a cruzar toda la sala para sentarse muy contenta junto a su novio, el joven Romilio Sosa. Dora besó a Romilio sonoramente, y con familiaridad lo tomó del brazo. Luego cruzó sus hermosas piernas, subió y bajó varias veces sus largas, oscuras y creo postizas pestañas, e inclinando la cabeza con aire levemente escolar, dirigió su brillante mirada hacia el señor Chávez como esperando que continuara, o como dándole permiso para continuar, o como diciéndole que no entendía por qué se había interrumpido.

El señor Chávez, quien durante todo el ajetrear de Dora a lo largo y a lo ancho de la salita, la había estado mirando con sonriente atención (no exenta de cierto encandilamiento, tendría que agregar), inclinó versallescamente la cabeza, y juntando las manos, prosiguió con sus prometidas y todavía no justificadas palabras.

Terminada la parte referida a la labor societaria, abordó el tema de la actividad específicamente poética cumplida por Polimnia durante el año 1975. Con su natural buen decir, destacó los momentos que llamó cenitales en aquella actividad. Y así, en rápido vuelo mencionó las lecturas más felices y los poemas más recordables de cada uno de los miembros de la Agrupación. La somera recapitulación (donde tuve el alto honor de ser citado a raíz de unos sonetos sobre el Otoño que leí justamente al comienzo de la estación), terminó con las brillantes actuaciones de la señora de Giannello y de la señora Zimmerman durante esa misma noche, en verdad extraordinaria, del 3 de diciembre de 1975.

Dicho esto, bajó la cabeza e hizo una larga pausa con el evidente objeto de crear una especial expectativa. Cuando consideró que todo el público se encontraba en un buen estado de receptividad, levantó la vista y dijo: «Pero además, no puedo dejar de referirme esta noche a algo que, al igual que la fragancia esparcida por una bella flor, llega a cada uno de nosotros con un palpitante mensaje de dicha y de bienaventuranza».

Otra pausa más, con lo que la expectativa iba en aumento y dijo al fin lo que

desde el comienzo venía preparando y que era al parecer el verdadero objetivo de su no esperada alocución.

Comenzó con una profunda exégesis del poema «Amor en el Verano» de la señorita Kisternmacher, y explicó todo lo que el misterioso término Nidhaga significaba para él. Pasó luego al amor universal «eje en torno al cual gira el infinito universo», dijo, e improvisó allí mismo una serie de bellísimas metáforas acerca del amor. Y cuando la expectativa hubo llegado al límite buscado, dijo al fin: «amor que, luego de recorrer impetuoso el largo camino de la Historia y de la Vida, transformando a su paso vastas extensiones de indiferente materia, ha renacido hoy en esta nuestra querida salita». Señaló con amplio ademán las paredes empapeladas de azul, y terminó su período con una metáfora que, no obstante provenir del admirado señor Chávez, no dejó de parecerme un tanto rebuscada. «En esta acogedora y bien ventilada salita», dijo, «donde Venus y Minerva, al hacer milagrosamente las paces, han permitido que floreciera bellamente el amor en medio de los rigurosos quehaceres del espíritu».

Creo que en un principio quiso simplemente aludir a la recientemente hecha pública relación entre la ex señora de Giannello y el señor Frugoni. Pero luego, a medida que avanzaba con su largo período oratorio, mientras recorría con su vista toda la salita, debió observar a Dora junto a Romilio, a Mastandrea que ya se había tomado bastante confianza con doña Zulema, a Irene con su mano entrelazada a la mía, y entonces lo terminó con esa imagen, extraída de la mitología clásica, que no terminó de convencerme.

A quien en cambio pareció agradaarle particularmente aquello de Venus y Minerva haciendo las paces fue a la desconocida señorita sentada junto al señor Pasco, pues inmediatamente rompió a aplaudir, y entonces todos nos vimos obligados a imitarla. Esto confirmaba pues la idea de purista, de insensible a lo popular, y de un poquito pedante que me había formado de ella. En fin, ésta es una digresión que no tiene mayor importancia, y es preferible dejar las cosas así.

Ante un gesto terminante del señor Chávez, cesaron de inmediato los aplausos. Irene percibió que, después de las intencionadas palabras del señor Chávez, muchas miradas se clavaban en nosotros. Y pudorosamente quiso desenlazar su mano de la mía. Pero yo, con una audacia que no me conocía, y con el ardoroso impulso que inexplicablemente despertaba en mí la deliciosa brisa del ventilador, se la retuve con firmeza. Triunfador y sonriente devolví con franqueza las miradas, y al hacerlo, no pude dejar de darme cuenta que muchas sonrisas y muchas inclinaciones de cabeza aprobaban con alegría nuestro reciente y sorpresivo idilio. Hasta Mastandrea tuvo la inoportuna ocurrencia de guiñarme un ojo, y de señalarme con un mal disimulado gesto de su dedo pulgar a doña Zulema, a quien al parecer le habían subido bastante los colores.

Dora y Romilio no se sintieron aludidos en absoluto. Y Dora hasta se olvidó por instantes del orador para cuchichear algo al oído de su novio o convidarlo con pastillas de anís.

La señora de Giannello, desde la última fila, contemplaba todo con una dulce y fatigada sonrisa. Pero de pronto, aprovechando un movimiento de alisarse el vestido, saludó a Irene con un brevísimo y gracioso gesto de su mano. No exagero al decir que su rostro resplandecía, como si, después del difícil trance por el que había pasado, se hallara ahora sumergida en una iridiscente nube de felicidad que la protegiera de todos los contratiempos del mundo.

Quise echar una ojeada al señor Frugoni para cerciorarme de que él también había dejado atrás sus graves problemas, pero ya el señor Chávez, luego de degustar el efecto de su florida y mitológica frase, retomaba el hilo de su discurso.

Dijo algo muy hermoso acerca de la brevedad de nuestro paso por la vida, y acerca de que no se debía rechazar jamás el bravo desafío del amor, pues era éste, según el señor Chávez, una inapelable decisión de los Dioses. «Es decir, de Dios», se corrigió ante un involuntario encrespamiento de Irene.

Y poniendo fin a su improvisado discurso, pronunció lentamente con su bien timbrada voz y su inconfundible acento español, estas breves, sencillas y conmovedoras palabras:

«Y ahora pues, cuando el amor deposita vehemente el ilusorio ósculo de la inmortalidad en tantos rostros queridos, es para mí un altísimo honor, leer algunos de mis humildes poemas ante quienes, justamente por hallarse en tierna y venturosa disposición de ánimo, habrán de acogerlos, no lo dudo, con fraternal benevolencia».

Luego de lo cual, componiéndose los puños de su impecable camisa, se dispuso a comenzar su recitado. Pero pronto observamos con sorpresa que no habría de leer, puesto que no llevaba en las manos ningún papel, sino que, al contrario de lo que nos había anunciado, recitaría sus poemas de memoria.

XXVIII

-Calor de mierda.

—Anda con ganas de llover.

—Y aquí adentro más. Afuera corre un poco de aire.

—¿Qué hora tenes?

—Menos veinte pasadas.

—Menos dieciocho.

—¿Están todos?

—Falta el 41.

—Putá, ése siempre llegando tarde.

—Ahí viene.

—Y ahora qué carajo te pasó.

—¿Por?

—Son menos diecisiete.

—Cambiando aceite.

—No te hagas el piola.

—Si llueve, tal vez refresque.

—Quién sabe.

—¿Llenaron todos los tanques?

—Boludo, desde aquí se ve el ñoca de la Ithaka.

—Y ¿qué?

—Está bien, pero mejor tápala.

—Ustedes, detrás de mi coche. Yo sigo al Jefe.

—Pásame la dirección.

—Espera. Teodoro Vilardebó 2562.

—¿Eh?

—Por Villa del Parque, más o menos.

—¿Viste Hupumorpo ayer?

—Estuvo bárbaro.

—¿Qué te pasa a vos?

—Sueño che. No dormí nada anoche.

—¿Procedimiento?

—No, joda. El fato de la semana pasada.

—Decile que se venga con una amiguita.

—Y vos de rongá, ¿no?

—Así te acuesto a dormir temprano, boludo.

—Anda a cagar.

—Más bien Villa Devoto, me parece.

—Por ahí.
—¿Y después, che?
—Qué se yo. Supongo que para el lado de Ezeiza.
—¿Preguntaste?
—¿Para qué? Después se verá.
—Cuiden los coches. Nada de sangre adentro.
—¿Y el Jefe?
—Fue a mear.
—Che, pásame un poco de esto.
—Miralo al pelotudo. Llega tarde y para colmo se olvida.
—No seas cabrón. Pásame que me lo dejé en el otro coche.
—El día menos pensado, éste se olvida los fierros.
—Trae, déjate de joder.
—Eh, ¿Qué haces?
—Un cacho de tela adhesiva, y un cacho de soga. ¡Miseria...!
—Raja para tu coche.
—Ya están bastante estrolados.
—Los tendrían que cambiar.
—Hay que saberlos cuidar, che.
—Morite.
—Espero que terminemos temprano.
—¿Y eso?
—La gorda. Anda con fiebre.
—Algo grave, che?
—No, gripe nomás. Pero lo mismo.
—Yo le calculo a las cuatro.
—Hasta las seis no me acuesto.
—Qué le vas a hacer. Este laburo es así.
—Menos diez.
—Ahí viene el Jefe.
—Ya sube. Vos seguime a mí y no hagas lío.
—A ver, a esos de la puerta. Rájenlos.
—Circulen, carajo. Circulen, les digo.
—Flor de julepe se pegó el gordo.
—Casi se mata.
—¿Todo en orden?
—Todo en orden, Jefe.
—Adelante.
—¿La lista, Jefe?

—Sí.
—¿Estarán todos?
—Y qué sé yo.
—¿Muchos, Jefe?
—Doce.
—La puta.
—Aquí móvil 25 a Central. Todo en orden.
—¿Agarro Jorge Newbery?
—No, mejor agarra Juan B. Justo.
—Móvil 25 a Central. Salimos para Villa del Parque. ¿Alguna novedad?
—Ninguna novedad, prosiga el operativo.
—¿No es un poco temprano, Jefe?
—A las diez rajan todos. Métele.
—¿Los sacamos por la lista?
—Doce cualquiera he dicho.
—Espero que no jodan los de la 45 como la otra vez.
—Bevilacqua está avisado. No se va a aparecer.
—Yo se lo recordaría por las dudas. No sea puta.
—No hay cuidado. Quedó curado después de lo que pasó.
—¿Doblamos en Warnes?
—No, seguí hasta Avenida San Martín. Después Jonte hasta Teodoro Vilardebó.
Hacele señas al 41 cuando estés por doblar.

XXIX

«¡Ah, inútiles, temerosos y resignados Olímpicos! ¡Os confesáis incapaces de enfrentar al invencible Edes, y sumergidos en la inacción, disimuláis vuestra cobardía derramando insignificantes migajas de felicidad sobre aquellos desafortunados mortales a quienes, sin ninguna justicia, llamáis vuestros protegidos!».

«¡Cuidad, cuidad con celo hipócrita el minúsculo trecho que aún les resta vivir a los desamparados miembros de Polimnia, ya que absolutamente nada podéis hacer para protegerlos de los feroces mensajeros de Edes!».

«¡Hacedles llegar, apresuradamente, como ocasionales nodrizas a quienes se paga por este menester, pequeños y vanos entretenimientos, de la misma manera que se entrega a un niño lloroso y asustado, un improvisado y tal vez mal construido juguete, a fin de que momentáneamente se interese por él, y se olvide de su temor y de su llanto!».

«Otorgadles pues, con frívola y fácil generosidad, ocultos entrelazamientos de manos, lloriqueantes declaraciones de tierna amistad, vacías propuestas de amor universal, ardientes y disimuladas caricias y silenciosos orgasmos, puesto que no podéis otorgarles el único bien que en verdad os debiera ser exigido: la vida».

«Prosigue tú, intrigante Afrodita, con tu accionar carente de sentido. Ocúltate tras las paletas del ventilador de pie y derrama el dulce cosquilleo del amor sobre los míseros concurrentes a Teodoro Vilardebó 2562, de vida computada en minutos».

«Haces muy bien, te lo aseguro, en derramarlo ahora a raudales sobre el claudicante Carlos Argentino Mastandrea, quien, justo cuando el enchalecado señor Chávez está recitando de memoria sus poemas, le ha dado por recordar que es viudo, lo mismo que doña Zulema, de la cual se ha enamorado violentamente, y sólo está aguardando una pausa en el recitado, para hacerle una inoportuna y bastante absurda proposición de matrimonio».

«Mueve ahora, con mucha cautela, el sólido pie del ventilador y vuélcate de lleno sobre el estrado, donde con sobrio gesticular está recitando el señor Chávez, a fin de que éste deje de aburrir con sus altisonantes poemas sobre rudos campesinos de Castilla, y se lance de una buena vez a recitar un largo y descriptivo poema algo escabroso, el cual levantará altas mareas de erotismo sobre los pacíficos miembros de la Agrupación Polimnia».

«¡Continúa, vanidosa hija de Zeus, frígida, desdeñosa e irascible Atenea!»

Continúa rígidamente sentada junto al no vidente señor Pasco y toma, como lo estás haciendo en este momento, una buena brazada del Amor Universal, volcado dentro de la salita empapelada de azul por la señorita Kisternmacher, y por medio de un disimulado soplido hazlo llegar hasta la novia del joven Romilio Sosa, la atractiva, repiqueteante y villaparquense Dora».

«Y Dora entonces sólo deseará la pronta terminación de este ligeramente tonto recital, para levantarse ágil de su silla, cortar ramitos de aroma del gran manojo que sostiene ahora sobre su falda, y regalarlos a cada uno de los simpáticos compañeros de la reunión, como prueba del gran amor universal que les profesas».

«Pero como también, impulsada por la infatigable y giratoria Afrodita, deseará hacer el amor con Romilio, como Dios manda y cuanto antes mejor, querrá al mismo tiempo que pronto termine todo para empujar, tal vez algo rápidamente, la silla de ruedas de la señorita Kisternmacher hasta su casa cercana, tomar luego un oportuno taxi, y volar hacia el hotel Los Lirios, ya que el Negro se muestra esta noche particularmente cariñoso».

«En cuanto a ti, olvidadizo Hermes, indigno protector de ladrones y ladrón tú mismo, bien has hecho en abandonar tu inútil y descabellada misión, pues ¿qué ventaja reportaría a los indefensos concurrentes a la casa de Teodoro Vilardebó, el que ambas Olímpicas se enterasen, apenas unos segundos antes que ellos, de la terrible llegada de cuatro automóviles Ford Falcon, portadores de muerte?».

«Correctamente has procedido pues al desoír el ruego de Afrodita e interrumpir tus avizoras miradas hacia ambos lados de la calle, para entablar en cambio una entretenida conversación con esa bien regada y frágil plantita, la cual no es otra, como bien debes saberlo, que la ninfa subterránea Menta, a quien la intratable y rencorosa Perséfone, esposa legítima del taciturno Edes, aunque sólo cuatro meses al año, convirtió por celos (infundados) en olorosa plantita de Menta».

«¡Derramad el emoliente olvido! ¡Componed, zurcid, distraed, colocad apurados remiendos de efímera felicidad! ¡Oh Dioses indignos de vuestros nombres, ya que, a pesar de vuestra inmerecida condición de Inmortales, nada mejor sabéis hacer!».

«¡Volcad pues sobre ese miserable grupito de desprotegidos mortales el pasajero goce y la injustificada alegría, puesto que ya cuatro negros automóviles Ford Falcon, precedidos por el móvil N° 25 en el cual viaja El Chivo, acaban de cruzar velozmente por Juan B. Justo y General Rodríguez, y se dirigen hacia Villa del Parque a fin de cumplir puntualmente el sangriento mandato de Edes! ¡Oh, perezosos y ahítos de ambrosía! ¡Oh sometidos, tontos, cobardes, e insoportables Olímpicos!».

Pero la verdad es que nadie se atrevió a pronunciar ante los Dioses estas amonestadoras e insultantes palabras, y así ellos continuaban imperturbables su fútil tarea de hacer placenteros los últimos momentos de aquellos sentenciados mortales, en tanto que el frío y ejecutivo Edes, despreciando todo el vano ajetrear de los Olímpicos, con saña implacable llevaba a cabo los preparativos finales para la matanza.

Pues apenas la tercera Ker abandonó la oficina de El Chivo en el barrio de Palermo, y atravesando sus herradas puertas, llegó a la oscura Mansión, e informó el puntual cumplimiento de su misión al silencioso Edes, hizo éste restallar su látigo sobre el lomo de sus envidiables caballos, de ijares espumosos, y les permitió al fin la vertiginosa carrera.

Y humeando sus ollares, volaron los tres negros caballos, incitados por el silbante látigo, y guiados por el sanguinario Dios que con mano segura los sujetaba por las riendas, pronto dejaron atrás la tenebrosa Mansión, y galopando en el aire, se dirigieron rápidamente hacia la bien asfaltada Avenida Juan B. Justo, de abundantes semáforos.

Y en el sitio preciso donde la Avenida Juan B. Justo se cruza con la empedrada calle Cucha Cucha, desde lo alto de su carro divisó Edes los cuatro automóviles Ford Falcon, a la cabeza de los cuales, con distinguible ronquido de motor, marchaba raudo el móvil N° 25 tripulado por El Chivo, semejante en su aspecto a una sangrienta Ker, provisto de mortíferas armas.

Y a fin de vigilar de muy cerca a sus enviados, convirtióse Edes en una hebra sutil de Baba del Diablo, la cual, impulsada por el invisible viento, volaba a pocos metros de las brillantes capotas. Y de esta manera vigilaba Edes el fiel cumplimiento de sus órdenes.

Pero ninguno de los muchos mortales que en ese momento transitaban despreocupados por la amplia Avenida Juan B. Justo alcanzó a percibir que la deshilachada Baba del Diablo, al llegar a la esquina de Avenida San Martín, no continuaba volando en la dirección que llevaba, sino que, sin apartarse un palmo de los veloces automóviles, doblaba hacia la derecha, y proseguía su silencioso vuelo a lo largo de la Avenida San Martín.

Y los móviles 25, 41, 70 y 72 avanzaban a gran velocidad por la Avenida San Martín, y de a ratos hacían sonar la espantable y aulladora sirena, a fin de que los numerosos colectivos, camiones transportadores de vino, camionetas y autos de

distintos modelos que circulaban por allí, se apartaran presas del temor y les cedieran el paso.

Y al llegar a la altura de Avenida San Martín al 2800, sin esperar siquiera la luz verde, giraron los cuatro automóviles, uno después del otro, hacia la calle Álvarez Jonte, con espantoso chirriar de gomas sobre el pavimento. Y se solazaba Edes en gran manera pues este chirriar era particularmente grato a sus oídos.

Y el móvil N° 25 avanzando sin ningún impedimento por la calle Álvarez Jonte, llegaba ya al sitio donde Álvarez Jonte se cruza con Argerich, cuando el diestro subordinado que estaba sentado frente al volante, se dirigió de costado a El Chivo y pronunció estas significativas palabras: «¿Cuántas cuabras?»

Y El Chivo, que con el codo fuera de la ventanilla se estaba llevando a los labios un cigarrillo, contestó al mismo tiempo que expulsaba lentamente el azulado humo. «Cinco, che, y en Teodoro Vilardebó, tres a la derecha».

Y desde su volante puesto de observación, Edes escuchó a la perfección las elocuentes palabras de El Chivo bienamado, y su corazón rebotó de alegría.

Y el goce del implacable Edes alcanzó un punto semejante en intensidad al lujurioso orgasmo, cuando luego de girar uno tras otro los cuatro automóviles hacia la calle Teodoro Vilardebó, muchos de sus ocupantes tomaron en sus manos las impecables armas, y a los oídos del Dios llegó con nitidez el pavoroso clic del destrabarse los seguros.

XXX

Hacía bastante tiempo que el señor Chávez, absorbido por las múltiples tareas de la Agrupación, no participaba personalmente en un recital. Durante los últimos meses sobre todo, entre los trámites sucesorios del inmueble que alquilábamos (y que a través de nuestro infatigable presidente administraba la Inmobiliaria DÉLOS), y las gestiones, todavía infructuosas, para que se nos otorgara un crédito bancario, y pudiéramos adquirir esa vieja casa de Teodoro Vilardebó, poco tiempo había podido disponer el señor Chávez para dedicarlo a su más querida vocación.

Lo sabíamos un fino y emotivo poeta de vena preferentemente romántica y, demás está decir, la expectativa por escucharlo era muy grande. Ya al finalizar sus hermosas palabras introductorias, la señora de Giannello y el señor Frugoni abandonaron sigilosamente la última fila y se corrieron dos filas más adelante a fin de no perderse palabra de lo que prometía ser un brillante recitado. La señorita Kisternmacher miraba hacia el estrado en actitud de éxtasis, y la señora Zimmerman ordenaba silencio con la mano, aunque nadie había hablado ni había hecho ningún ruido.

Nadie mejor que el elocuente señor Chávez —estoy seguro que muchos lo estábamos pensando— para cerrar gloriosamente el recital de esa noche, signado por un tono general que me atrevería a llamar de cálida exaltación amorosa. Especialmente después de la dramática composición, tan bellamente interpretada por la señora Zimmerman, era evidente (flotaba en el aire, como se suele decir), el deseo de los concurrentes de persistir en aquel tono, de ahondarlo, y transportarlo en las alas de los finos poemas, de la bien timbrada voz, y de la gracia natural de nuestro presidente, hacia luminosas zonas de vehemente resonancia, o dicho de otra manera, hacia ese final magnífico de prodigio y honda comunicación que todos presentíamos inolvidable.

Yo recordaba bien algunos de sus bellos poemas, y en especial, uno breve referido al beso, que me pareció extraordinario en su concepción y acertadísimo en su forma. Y no tenía ninguna duda de que los poemas que nos leería esa noche serían dignos hermanos de aquél, y muestras cabales seguramente de su inagotable inspiración amorosa y romántica. Nos dispusimos pues todos a escuchar, con verdadera unción, al señor Chávez.

No sin dolor me veo obligado a relatar ahora lo que sigue. Ya con el título mismo del que sería su primer poema nos causó el señor Chávez bastante sorpresa, y —me cuesta decirlo, repito— defraudó de algún modo tanta expectativa. Quiero hablar con franqueza: no era un poema con semejante título lo que se estaba esperando de él. Pero trataré de explicar esto, que podría interpretarse como una mera apreciación personal. El poema se llamaba «A un campesino de Castilla», y estaba dedicado a su

difunto padre.

Serio, concentrado, rememorativo, como si nada de lo mucho que había ocurrido esa noche lo hubiera rozado en absoluto, comenzó el señor Chávez a recitar de memoria su españolísimo y campestre poema. En duros y sonoros versos, cuyo ritmo muy marcado escondía el autor con el pie —tratando al parecer de imitar el monótono golpear del azadón sobre la tierra seca— describía lo que seguramente serían vividos recuerdos de su infancia en una pequeña aldea de Zamora. Y así, en vez de las imágenes sugestivas y galantes que todos esperábamos, sin demasiado entusiasmo de nuestra parte, vimos desfilar, ante nuestra fatigada atención, algo que a nadie podía interesar en aquel momento: curvas espaldas sobre campos áridos, duras mujeres que acompañaban a sus hombres en las rudas faenas de los surcos, sobrias comidas en toscas mesas familiares, breves descansos, grupos de labradores marchando con las primeras luces del alba, y sisear de guadañas, y voces de arreo, y tañido de campanas a la hora del Ángelus, y rezos de graves aldeanos sobre una tumba recién abierta. En fin.

Llegué a pensar que se trataba tal vez de una astuta forma de comienzo, para hacer resaltar luego, por contraste, el tono de su próximo poema, sin duda adscripto, éste sí, a la bella línea romántica que todos le conocíamos. Pero para nuestro desencanto vino luego un segundo, intitulado «La azada», y un tercero: «Haces de maduro trigo», y cuarto: «Muerte del sembrador». Y otra vez volvieron los siseos de guadaña, y las curvas espaldas, y las duras mujeres, y los grupos de labradores marchando a la siega, y las campanas del Ángelus, y los rezos, y la callada muerte.

El público comenzaba a dar inconfundibles muestras de cansancio. No debía olvidarse que se trataba del último poeta de la noche, luego de más de dos horas de recitados. Hubo frecuentes cambios de posición en los cuerpos, tamborilear de dedos sobre las rodillas, ojos que se iban tras el aletear de algún insecto por el patio. Y de pronto, desde las sillas de atrás, un sonoro y arrastrado bostezo que no podía provenir sino de Mastandrea. Lo maldije minuciosamente para mis adentros, pues estaba seguro que hasta el mismo señor Chávez debió escucharlo desde el estrado.

Recién en ese momento noté que el ventilador, si bien derramaba una agradable brisa por toda la platea, no alcanzaba a dirigirla —a pesar de sus amplios movimientos de vaivén— hacia el sitio donde se hallaba nuestro presidente, quien seguramente sufría más que nadie el aplastante calor. Recordé entonces que la señora Zimmerman, al descender de allí, había tropezado con el pie del ventilador, e involuntariamente, lo había hecho cambiar de posición. Apenas me di cuenta de esto, aguardé que el señor Chávez terminara con su «Muerte del sembrador», y puesto que los que estaban en las primeras filas no lo habían percibido, me incorporé para subsanar yo aquel pequeño inconveniente. Otra vez por lo tanto tuve que molestar al señor Pasco, a la desconocida señorita y a la mamá de la señorita Kisternmacher. Pero

no había alcanzado a avanzar medio metro por el pasillo, cuando ocurrió algo realmente muy gracioso.

Tal vez debido a algún invisible desnivel del piso, o a algún retumbante golpe de azadón algo más fuerte que los otros, el pie del ventilador se movió —aparentemente por sí mismo— y giró unos centímetros hacia la derecha. Fueron los suficientes para que el aire llegara ahora plenamente hasta donde se encontraba el señor Chávez. Me volví pues, y molesté a la mamá de la señorita Kisternmacher, a la desconocida señorita y al señor Pasco. Alcancé mi lugar y me senté un poco avergonzado (pues para nadie tenía ahora ninguna explicación el que me hubiera puesto intempestivamente de pie), mientras el señor Chávez, quien tal vez sí había adivinado mi intención, me sonreía como compartiendo mi extrañeza ante aquel inexplicable salto del malhadado ventilador.

Ahora bien, fuera porque la brisa, que le daba ahora de lleno sobre su cuerpo y su rostro, lo arrancara, con su deliciosa frescura, de sus ardientes campos de Zamora, llenos de campesinos encorvados y de siseantes guadañas; fuera que el ruidoso bostezo de Mastandrea lo alertara respecto a la fatiga de sus oyentes, lo cierto es que, a partir de ese momento, el señor Chávez cambió por completo de actitud, y como se verá, también de repertorio.

Se frotó alegremente las manos, como si recién entonces se dispusiera a comenzar la noche, y mirando a la concurrencia con franca e irresistible sonrisa, dijo que lo dispensaran pero que si la comisión directiva se lo permitía, iría a introducir un pequeño cambio en el programa: en lugar de «El trigal del amo», que nos había anunciado —y que quien así lo deseara podría leer más adelante en el libro de actas— sentía deseos, se disculpó, «de recitar alguna otra cosita».

XXXI

Pero he aquí que mientras el impecable señor Chávez recitaba inexorablemente «A un campesino de Castilla», y a la antigua manera, escandía el marcado ritmo con el pie, el hablador, olvidadizo y negligente Hermes, abandonaba sin escrúpulos su importante misión de vigilancia, y alegremente se entregaba a frívola tarea.

Ya no volaba, pues, el hábil Mensajero en torno a la bien cuidada sede de Polimnia, ni avizoraba hacia uno y otro lado de la adoquinada calle Teodoro Vilardebó, como ambas Diosas le habían encomendado que hiciera, ni al parecer le preocupaba ya mayormente la inminente llegada de cuatro automóviles Ford Falcon, asesinos de hombres.

Sino que, henchido su corazón de amor y de impaciente deseo (sin duda a causa de la fuerte ráfaga que involuntariamente derramó sobre él la áurea Afrodita), desplegaba con astucia todas sus viejas artes de infatigable conquistador frente a una humilde plantita de menta, la cual, tímida y temblorosa, recibía con secreto agrado el amoroso discurso del elocuente Dios.

Y ya en plena tarea de seducción, Hermes, convertido en atractiva mariposa nocturna, de acariciantes alas, alababa los rectos, oscuros y bien torneados tronquitos de la planta, y sus verdes hojitas, festoneadas y de perfecta forma, y el perfume, semejante al aliento de Afrodita, que con sólo rozarla emanaba de su frondoso cuerpo.

Y como de costumbre, engañaba con descaro Hermes, pues sus tretas para seducir incautas doncellas eran infinitas, y por larga experiencia conocía la manera de enternecer rápidamente un corazón femenino, cualquiera fuese su condición.

Y así, mientras delicadamente rozaba las tiernas hojitas de la planta con su velludo abdomen, y el señor Chávez atacaba con un segundo poema sobre campesinos y sobrias mesas familiares, con apenada voz hablaba Hermes, y decía que si bien él era un joven inmortal, hijo de un poderoso Dios, jamás Diosa alguna, ni Ninfa, ni mujer mortal se había compadecido de su soledad, ni había derramado la dulce tibieza del amor sobre su abandonado corazón.

Y la virgen plantita, escondida entre las tantas otras bien regadas plantas que rodeaban el patio de Teodoro Vilardebó 2562, creía a pie juntillas los embustes que con gran habilidad iba fraguando Hermes, a quien el disfraz de incomprendido y solitario joven le resultaba generalmente infalible, y deseaba ser ella la señalada por el Destino para mitigar los sufrimientos de tan apuesto joven.

Y a fin de vencer la timidez, y de ganarse la confianza del solitario e incomprendido joven, agitando dulcemente sus festoneadas hojitas, ella a su vez le relató su desdichada historia, y pronunció ante el astuto Hermes estas sinceras y perfumadas palabras:

«Ay, ilustre mancebo, a quien con crueldad persiguen la soledad y la tristeza, en verdad debes creerme si te digo que yo también soy la más solitaria e injustamente castigada de las ninfas».

«Menta es mi nombre, y antes de poseer este vegetal aspecto que con excesiva gentileza has alabado, era yo una joven ninfa subterránea, que despreocupadamente pasaba el tiempo jugando con sus hermanas bajo la perfumada tierra de los bosques».

«Una vez, mientras me hallaba sola, descansando junto a la profunda raíz de un susurrante álamo, el repulsivo Edes se acercó a mí por sorpresa e intentó violarme».

«No lo consiguió por supuesto, ya que el terrible Edes, como bien debes saberlo amable joven, a diferencia de ti seguramente, es bastante torpe en esta clase de combates, y según me han informado mis hermanas, también algo impotente».

«No obstante ello, su legítima esposa, la divina y resentida Perséfone, única mujer que conoció (tal vez) el Dios en toda su infecunda vida, se enfureció conmigo».

«Y cegada por sus absurdos e infundados celos, me pisoteó ese día con tremenda saña, y me convirtió para siempre en esta olorosa planta de menta que ahora adorna este sombreado patio de Teodoro Vilardebó 2562, y sobre la que tú, divino joven, estás en este momento posado».

Así habló la desdichada plantita de menta, al tiempo que Hermes la contemplaba codicioso, y los emplazados miembros de Polimnia desperdiciaban los últimos, preciosos momentos de sus vidas entre aburridísimas campanas de Ángelus y pesado marchar de campesinos hacia sus rudas faenas.

Y mientras Hermes, lleno de amoroso deseo, escuchaba con atención el relato de la hermosa Menta, llegaron a sus finos oídos de mariposa nocturna los fuertes golpes de azadón que el entusiasta señor Chávez descargaba sobre el retumbante estrado de madera.

Y ocurrió que estos imprevistos y molestos golpes volvieron bruscamente a la dolorosa realidad al olvidadizo Hermes, e hicieron que se acordara de pronto de los sentenciados miembros de Polimnia, de su sangriento e inmediato destino en manos

de los feroces tripulantes de los cuatro automóviles Ford Falcon, y también de su importante misión de vigilancia que tan negligentemente había abandonado.

Y sobre todo al oír en boca de la bella plantita el aborrecido nombre de Edes, poco a poco fue volviendo en sí de su amoroso encantamiento, y pensó entonces Hermes, con su habitual rapidez, que tal vez algún provecho se podría obtener de aquel lamentable suceso tan bellamente relatado por Menta.

Por lo que, sin abandonar su gentil actitud, ni su bien compuesto disfraz de melancólico e incomprendido joven, dirigió el astuto Hermes a la ingenua plantita, esta pregunta, en apariencia inocente, al tiempo que acariciaba una de sus hojas con su velludo abdomen:

«Oh dulce Menta, sin duda la más pura y hermosa de las ninfas, ante cuyo perfume enloquecen de amor los Inmortales, y los mortales añoran la deliciosa frescura de los bosques».

«Tu relato me ha conmovido hasta hacerme derramar calientes lágrimas, y en verdad pienso, luego de haber escuchado tu desdichada historia, que estamos hechos para que el uno proporcione consuelo y placer al otro».

«Una sola pregunta, sin embargo, por simple curiosidad quiero hacerte, hermosa ninfa; dime pues, por lo tanto, si es tu deseo contestarla en este encantador momento, tan especial para nosotros».

Y contestó así la bien regada plantita de menta: «Habla, hermoso joven, cuyo nombre me es aún desconocido, que con placer responderé a tu pregunta ya que a ti jamás podré ocultarte nada de ahora en adelante».

Entonces, paseándose a lo largo del oscuro tronquito y agitando amorosamente sus alas de mariposa nocturna habló de esta manera Hermes, el de infinitos recursos.

«Oh, hermosa y desdichada Menta, dime pues, ya que has aceptado responderme: ¿Cómo es actualmente tu accidentada relación y tu trato con el poderoso Edes, después que inútilmente ha intentado poseer por la fuerza tu inmaculado cuerpo?».

«¿Es que acaso te odia ahora el infecundo Dios, y sólo desea tu destrucción, pues, altiva, no accediste a su lujurioso deseo?».

«¿O por el contrario, sumido en el bochorno a causa de su torpe e ineficaz comportamiento, se siente quizás en deuda contigo, y solícito, te ofrece complacerte en lo que le pidas, tal vez a condición de que no cuentes a nadie su vergonzosa

derrota?».

Y en el preciso momento en que el señor Pulicicchio se incorporaba de su asiento a fin de subsanar un inconveniente en el ventilador de pie, llena de rubor contestó la bien regada plantita, y dijo a Hermes estas aladas palabras:

«Mucha es tu sagacidad, apuesto y desconocido joven, ya que con gran rapidez has adivinado el cargoso proceder del invencible Edes».

«Es realmente cierto que, luego de su frustrado intento de violarme, Edes, con solicitud casi servil, indigna de un poderoso Dios, continuamente me importuna».

«Tal como acabas de decirlo, el invencible Edes, luego de aquel tonto episodio ocurrido junto a la raíz de un susurrante álamo, se muestra ante mí bastante corrido, cabizbajo y culpable».

«Y puesto que yo, sin quererlo, conozco su más escondido secreto, esto es: su imperdonable torpeza en las lides amorosas, y su vergonzosa impotencia, no pierde ocasión de visitarme a escondidas, a despecho de los terribles celos de su mujer, y de preguntarme, con pesada insistencia, si puede complacerme en algo».

«Tal vez, como tú lo supones, procede de esta estúpida manera el taciturno Edes, sólo para comprar mi silencio, y evitar que yo haga conocer ante los Inmortales ese secreto que tanto debe martirizar sus noches, allá en su tenebrosa y húmeda mansión».

«Pero escúchame, apuesto joven: ¿Acaso te ha disgustado mi respuesta? ¿Por qué has dejado de pronto de acariciar mis hojas con tu sedoso abdomen? ¿Por qué permanece tu mirada inmóvil y lejana como si graves pensamientos, ajenos por completo a nosotros, ocuparan tu espíritu?».

«Dime, te ruego, y no temas herirme con amonestadoras palabras, todo lo que vertiginosamente estás pensando en este momento».

XXXII

...conmocionada situación se está viviendo en el país... en el mes de noviembre, el costo de la vida... con una inflación monetaria de... el Ministro de Economía y los Gobernadores provinciales rubricaron un acta... adversa al Poder Ejecutivo sobre investigación parlamentaria... ayer, otros cuatro cadáveres en el Gran Buenos Aires... una denuncia alertó sobre el macabro hallazgo... según se supo luego... un grupo de sujetos fuertemente armados... los que se titularon policías... pertenecían a la comisión interna de la fábrica... están ganando River, San Lorenzo y Estudiantes... goles de Pasarella, de Scotta y de Verón... fiesta de la trucha en San Carlos de Bariloche... este hermoso ejemplar de 9 kilos fue capturado por... y esta otra bella participante nos confiesa... se conmemora hoy el día de la Artillería... con tal motivo, los altos mandos del Ejército... una buena noticia... confirmado: habrá carrera de fórmula uno... formulado el anuncio en la oficina de prensa... Telam, urgente... de último momento... tiene el penoso deber de informar... en el día de la fecha... siendo aproximadamente las 19 horas... en las proximidades de la ciudad de Paraná... elementos subversivos dieron muerte... dio a conocer la Secretaría de Prensa... agentes del caos y de la violencia criminal... víctima de este vandálico atentado... vilmente asesinado por la espalda... cayó bañado en sangre... producto a no dudar de mentes perturbadas y enfermas... presumiblemente estaban drogados... esta ola criminal que azota a la Nación... la delincuencia subversiva... el extremismo mercenario y apátrida... despreciables asesinos sin Dios... un condigno castigo... las 62 organizaciones comunican... una vez más, las repugnantes fuerzas de la antipatria... cuyo marxismo ateo... ha descargado su furia asesina... actos de suprema barbarie inadaptados cuyos bajos instintos... pues renegaron de su condición humana... de la siniestra conjura antinacional y sinárquica... nuestra solidaridad con las gloriosas Fuerzas Armadas... cuya sangre generosa... y en contra de la subversión apátrida... y los espurios intereses tu valor, tu entereza, tu hombría de bien... el valiente soldado que había en ti... porque no son capaces de combatir a campo abierto de mostrar la cara... porque escudados en el cobarde anonimato prometemos cumplir nuestra patriótica misión... aniquilarlos definitivamente... y correrán ríos de sangre...

Una pequeña pausa comercial, y enseguidita volvemos con más noticias.

XXXIII

Luego de sus disculpas, aclaró el señor Chávez algo acerca del poema que habría de declamar inmediatamente, y con el cual se pondría fin al recital de ese recordable miércoles 3 de diciembre de 1975.

Con gran seriedad y compostura, dijo que se lo habían inspirado los padecimientos y desatinos de cierto amigo suyo enamorado, para su desgracia, de cierta dama un tanto... hizo como que buscaba dificultosamente el adjetivo adecuado, y con gestos de imitar a un sufriente párroco de aldea, dijo al fin: ... casquivana. Todos sonreímos, y algunos hasta soltaron abiertamente la risa. Sobre todo, creo, por aquello de «un amigo mío». Bien sabíamos, la mayoría de nosotros, que no necesitaba el señor Chávez recurrir a la experiencia ajena para componer un poema que se refiriera a una mujer, y en particular a cierta clase de mujer...

Aclaró además que la distinguida concurrencia habría de ser por lo tanto indulgente con ciertas licencias expresivas que se había visto obligado a introducir en la composición, puesto que ellas no eran otra cosa sino la fiel interpretación de los ardientes pensamientos y extraños devaneos de su desdichado amigo. «De este pobre amigo, a quien la bella dama habrá de corresponder —así lo espero, así debemos esperarlo todos— con la tierna entrega y la dudosa fidelidad, a tanto padecimiento y tanto encendido deseo». Dijo, y se escucharon, aquí y allá, algunas nerviosas risitas femeninas. Irene respiró hondamente, y me dio unos golpecitos en el dorso de la mano, como diciéndome que en cuanto a su fidelidad yo debería quedarme totalmente tranquilo. Mastandrea creyó necesario traducir a doña Zulema todo aquel florido introito de nuestro presidente, y con bastante claridad alcancé a oír, «una putita» o sea la parte fundamental de la explicación, que doña Zulema recibió con una especie de sapucay ahogado por un pañuelo.

Luego nos explicó el señor Chávez que la composición carecía aún de título, debido a lo cual quería hacer a los inteligentes miembros de Polimnia la siguiente proposición: luego de escuchado su poema, cada uno de los concurrentes anotaría el título que le pareciera conveniente en un papelito, y se lo entregaría a él al finalizar la reunión. Él escogería luego uno, el que creyera más adecuado, y anunciaría esta elección en la reunión del próximo miércoles. Al ganador o ganadora de esta suerte de competencia le sería entregado como premio un libro donde figuraría, de puño y letra del señor Chávez, su reconocimiento por la valiosa ayuda recibida. La señorita Kisternmacher levantó entonces la mano, y dijo que ella gustosamente donaría el premio para tan importante ocasión, y que consistiría en un libro encuadernado en tela del gran Krishnamurti.

Todos aplaudimos, y el señor Chávez dirigió a su dilecta amiga una delicada frase de agradecimiento. Luego de lo cual hizo silencio, esperó que se acallaran los últimos

susurros y, muy suavemente, con pausado ritmo y emocionada voz, comenzó a recitar aquel poema de desconocido título.

La bella composición hacía referencia, tal como el autor lo había anticipado, a una dama de vida, por así decir, un tanto airada. Se dolía el poeta de sus frecuentes infidelidades, a las que, no obstante sus atormentadores celos, perdonaba una y otra vez. La dama, de extraordinaria belleza, y al parecer, de infatigable sensualidad, recibía sus reproches, en ocasiones muy hirientes, con una luminosa y hechizadora sonrisa que desarmaba por completo al agraviado amante.

El señor Chávez, a quien por suerte llegaba muy bien ahora la brisa del ventilador, puso entonces en boca del amante, una bellísima y detallada descripción de la amada. Con morosa y sensual prolijidad fue enumerando, a la manera de un moderno Cantar de los Cantares (ya tenía pues mi título para el poema), cada una de las turbadoras regiones de aquel hermoso cuerpo, a las que, lo mismo que el cantor bíblico, comparaba en su fantasía febril a maravillosos y esplendentes objetos: un río de ondulante curso, una esbelta columna de mármol, una concha de nácar, un sombreado jardín entre blanquísimas montañas, dos pichones de paloma, de rosado pico, a los que el poeta quería alimentar con su boca, suaves colinas delimitadas por hondos y oscuros abismos que provocan el vértigo, etcétera.

No se detenía el poeta ante ninguna de las regiones de su amada, y así se refirió en algún momento a cierta escondida «rosa de palpitantes pétalos», en donde él, infatigable abeja, iría a libar, «lleno de amor el perfumado néctar», o a cierto caracol de ardiente baba (la lengua de la amada) que a su vez lo recorrería palmo a palmo, hasta trepar al rojo monolito sagrado «de donde parten las doce cabalísticas rutas del deseo».

En este punto, Irene, totalmente volcada sobre mi hombro, comenzó a respirar con dificultad. Dora le daba golpecitos en la rodilla a Romilio para tranquilizarlo. Con disimulo me di vuelta, y vi cómo la señora de Giannello recorría con sus labios el cuello del señor Frugoni, y a Mastandrea que forcejeaba empecinadamente con la mano de doña Zulema. A la señora Zimmerman, imprevistamente, comenzó a molestarle un bretel del corpiño, y no terminaba de acomodárselo. Desde su silla a mi izquierda, el señor Pasco me pidió, no sé para qué, mi carpeta de cartulina tamaño oficio donde llevo mis sonetos, y se la colocó sobre las rodillas. Quise entonces observar a la desconocida señorita que estaba sentada a su lado, pero con gran sorpresa comprobé que su silla se encontraba vacía. La extraña dama había desaparecido como por milagro. Seguramente, escandalizada por los atrevidos términos de la composición, había salido precipitadamente, sin que yo alcanzara a verla ni oírla. Ya me parecía a mí que la señorita era algo formal y purista, y que ciertas formas poéticas disgustaban a su recatado espíritu.

Aunque la verdad era que jamás se habían escuchado en nuestra azul salita de

actos imágenes de semejante audacia descriptiva y, al mismo tiempo, de tan avasallante poder de comunicación. Baste decir que yo mismo me comenzaba a sentir para entonces bastante alterado, y que tuve de pronto fervientes deseos de besar a Irene en los ojos y en los labios.

Involuntariamente miré de reojo, y no sin un dejo de culpa, el severo rostro de la señora Urdampilleta. Desde la eternidad, y justo en el momento en que el señor Chávez nombraba a la palpitante rosa oculta entre oscuros matorrales, nos observaba grave y más bien admonitoria.

Pero bien pronto retiré mi vista de aquel retrato, y continué escuchando al señor Chávez con infinito placer. Era imposible sustraerse al encanto de aquel bello poema, sembrado de imágenes cada vez más osadas, cada vez más ardientes y encendedoras de reprimidos deseos.

Y pensar que yo no me había atrevido a leer en la Agrupación cierto soneto, sólo en razón de un par de imágenes, que en su momento consideré algo audaces, contenidas en el segundo terceto. Claro está que me arrepentí de mis miramientos, y prometí sobreponerme a mi timidez. Lo decidí con toda firmeza: solicitaría que mi nombre fuera incluido en el recital del próximo miércoles, y sin reparos, daría a conocer mi soneto (tal vez junto con el tríptico dedicado a Irene, si es que alcanzaba a terminarlo para entonces), pues para ser imparciales, mis insinuantes aunque medidas imágenes, eran prédica de evangelista, al lado de las vehementes comparaciones que una tras otra, surgían incontenibles de un señor Chávez para mí totalmente desconocido.

Sobre todo en los versos finales, cuando el amante desvelado desde hace varias horas, aguarda el tardío regreso de la amada (seguramente tras alguna de sus impúdicas aventuras), las imágenes alcanzaron un máximo de audacia y de franco erotismo. El amante, enfermo de deseo, se propone no recriminarle nada por esa vez, y anuncia en cambio que ha de cubrirla de apasionados besos y de electrizantes caricias, «apenas abra aquella puerta», recitó vehementemente el señor Chávez señalando hacia la puerta de la salita, y todos miramos hacia allí como si en realidad esperáramos ver, de un momento a otro, a la bella mujer moviendo el picaporte y trasponiendo graciosamente el umbral. Y en esa posición quedamos todos, como hipnotizados, mirando anhelosamente hacia la puerta, mientras el poeta proclamaba ante todos los espíritus de la noche que se acostaría luego junto a su amada, y que ambos entrelazarían sus cuerpos «en un abrazo numerosamente repetido», hasta que, fatigados, los derrotara al fin «el dulce sueño del amanecer».

XXXIV

Inútilmente pretendiste, admirable José María Pulicicchio, observar a la desconocida señorita sentada en tu misma fila; y en vano buscaste tú a tientas, rijoso señor Pasco, su bienhechora mano, cuando el inobjetable señor Chávez inspirado por la rubia Afrodita, leía con fervor su afrodisíaco poema de desconocido título.

Pues Atenea, alarmada ante la falta de noticias del Mensajero Hermes, y preocupada por lo avanzado de la hora, ha decidido desaparecer súbitamente de su lugar en la cuarta fila de sillas, dentro de la salita empapelada de azul, y convertida otra vez en chistadora lechuza de campanario, con impaciencia ha salido a buscar al desidioso y joven Inmortal.

Pero por más que ha dado vueltas y más vueltas en torno a la vieja casa de la calle Teodoro Vilardebó, y por más que, inteligentemente, ha escudriñado los previsibles lugares estratégicos donde podría encontrar al ingenioso Dios, sus grandes ojos frontales de nocturna lechuza, no han podido encontrar al diligente Hermes, escondido entre el oloroso follaje de una casi indistinguible plantita de menta.

Por lo que, convencida de que el inconstante Mensajero ha abandonado definitivamente su misión, ha decidido Atenea ocupar ella misma el importante puesto de vigía, y bajo la forma de una inmóvil lechuza de campanario, de patas emplumadas, ganchudo pico, y escrutadores ojos fijos en su frente, se encuentra ahora en lo más alto del dintel de la entrada, aguardando estatuaría la llegada de los cuatro automóviles Ford Falcon.

En tanto Hermes, quien acaba de escuchar, de labios de la perfumada Menta, la poco conocida historia de su relación con el poderoso Edes, mueve nerviosamente sus sutiles antenas hacia adelante y hacia atrás, y presuroso maquina toda clase de astucias.

En verdad decía pues la sensitiva Menta que el pensamiento del apuesto joven se alejaba indiferente de ella, y del apacible rincón del bien cuidado patio, para dirigirse a quién sabe qué zonas ignoradas, ajenas por completo a la amorosa conversación que tan fervientemente sostenían.

Y era cierto que a vertiginosa velocidad volaba el pensamiento del astuto Dios, y en menos de lo que duraba un nervioso movimiento de antenas, raudamente se trasladaba desde el sombreado patio de Teodoro Vilardebó 2562, hasta la tenebrosa mansión del innombrable Edes; y desde las altas cumbres del resplandeciente Olimpo, hasta una discreta oficina del barrio de Palermo, provista de mortíferas

armas.

Pues en el momento en que el señor Chávez hablaba de blanquísimas colinas y de escondidas rosas palpitantes, con agudeza percibió Hermes que aquella humilde y olorosa plantita de menta habría de ser más útil a los desventurados miembros de Polimnia, sentenciados por Edes, que cualquiera de los poderosos y discurseadores Olímpicos, sus presumibles protectores.

Debido a lo cual, mientras cariñosamente volvía a trepar hacia el sensible extremo de un oscuro tallito de la enamorada Menta, dijo el astuto Hermes estas, en parte ciertas, y en parte mentirosas palabras:

«Es justo el reproche que me acabas de hacer, oh deliciosa, perfumada Menta, pues en verdad mi pensamiento inquieto trabajó sin permitirse descanso en estos momentos, aunque, con sinceridad te digo, en ninguno de sus vertiginosos viajes ha podido olvidarse de ti».

«Escúchame, y sabrás el motivo de mi preocupación, pues tampoco yo te he de ocultar nada de ahora en adelante».

«Te diré ante todo por qué, siendo yo un joven Inmortal, descendiente de poderosos Olímpicos, me encuentro hoy en este bien cuidado patio de Villa del Parque, convertido en inofensiva mariposa nocturna».

«Has de saber que quienes me indicaron tu presencia en este patio, y con amistosas palabras me animaron a presentarme a ti bajo esta alada forma, oh la más tierna y comprensiva de las ninfas, fueron doce magnánimos mortales, a quienes por esa causa he jurado proteger».

«Ellos están ahora allí, sentados en paralelas filas de sillas, dentro de esa salita, escuchando dulces palabras que incitan al amor en boca del elocuente señor Chávez».

«Pues bien, Menta adorada, el poderoso Edes, por celos de este amor que nos une, ha dispuesto vengarse de esos doce magníficos mortales protegidos por mí, y ha decidido su irreparable muerte».

«Dentro de muy pocos momentos, cuatro siniestros automóviles Ford Falcon, capitaneados por un coordinador de grupos parapoliciales cuyo nombre es El Chivo, serán enviados hasta aquí por el sanguinario Dios, y cumplirán una espantosa tarea de exterminio».

«Con escalofriante chirriar de gomas sobre el pavimento, se detendrán frente a

esta bien construida casa, y descenderá de ellos un adiestrado grupo de impunes y parapoliciales matadores de hombres, al que tal vez los diarios de mañana, hipócritamente, llamarán “un grupo de sujetos fuertemente armados”».

«Nadie, Dios o mortal, se atreverá a enfrentar a esos feroces enviados, pues están protegidos por el tenebroso Edes, y por los altos organismos de seguridad del gobierno, y mis doce camaradas queridos aparecerán mañana asesinados entre los baldíos pastizales de Ezeiza. Así he podido averiguarlo adentro mismo de la mansión de Edes, por boca de un antiguo e ilustre coronel».

«Presentarán, ay dulcísima Menta, señales de haber sido torturados. Tendrán las manos atadas a la espalda, bandas de tela adhesiva en sus bocas bienhechoras, y numerosos impactos de bala de grueso calibre en sus cuerpos, que conocieron el amor».

«¿Comprendes ahora, Menta hermosa, por qué, apesadumbrado por la terrible suerte que espera a mis protegidos, mi pensamiento se alejó un instante de nuestra amable conversación?».

Y en el momento justo en que los cuatro automóviles Ford Falcon, desde la transitada avenida San Martín, entraban hacia la calle Álvarez Jonte, temblorosa de indignación, contestó así la perfumada Menta:

«¡Ah, vengativo, celoso sin derecho alguno, idiota e impotente Edes! No sólo me importunas con ofrecimientos serviles, sino que envidioso de las virtudes que tú no posees, intentas ahora perjudicar a este romántico y solitario joven, esparciendo el horror y la helada muerte entre sus magnánimos protegidos».

«Realmente bien ganados tienes los nombres de Feroz, Aborrecido, Odiado y Sanguinario, puesto que sólo te complaces en segar vidas magníficas, ya que no eres capaz de amar como se debe a una fecunda mujer, y engendrar la vida en ella».

«A nadie, en todo el vasto universo, odio y desprecio tanto como a ti, frío, cruel, infecundo y tiritante Edes».

Ante cuyas palabras, agitando apaciguadoramente sus cenicientas alas de mariposa nocturna, habló así Hermes, el de infinitos recursos:

«Cálmate, te lo ruego, hermosa Menta, y no continúes profiriendo ignominiosos e inútiles insultos al implacable Edes».

«Bien es sabido que todos, hasta los poderosos Olímpicos, tememos el devastador

poder del invencible Edes, y nadie, Dios o mortal, es tan valiente o tan insensato como para enfrentarlo, y hacerlo desistir de sus designios».

Y con compungida voz continuó hablando así el habilísimo Hermes: «Conformémonos pues, amada Menta, y ya que a causa de tu pequeñez y tu fragilidad tampoco tú puedes hacer nada, dispongámonos a aceptar la inapelable muerte de nuestros benefactores con resignación y fortaleza de ánimo».

Y ya el móvil número 25, en el cual viajaba El Chivo, giraba hacia la arbolada calle de Teodoro Vilardebo, cuando vibrando toda de justificada cólera, habló así la perfumada plantita de menta, y dijo estas sinceras palabras:

«Muy cierto es cuanto acabas de decir, apuesto joven: todos, Dioses o mortales, temen al invencible Edes, y hasta el mismo Zeus, cuyos enojos son temibles, prefiere no interferir los planes de su poderoso hermano».

«Pero en verdad te digo, y te suplico que me creas, bello y desconocido joven, que si hay alguien en todo el vasto universo que no teme en absoluto al odiado morador del Erebo, y siente en cambio irrefrenable desprecio hacia él, es esta humilde plantita sobre la que tú estás posado».

«Edes lo sabe bien, y hasta me atrevo a decirte, amable joven, que después de su vergonzoso fracaso y del injusto castigo que como consecuencia de ello me infligió su vengativa esposa, es él quien siente hacia mí cierto respeto mezclado con perruno temor».

Pero sucedió que estaba hablando la valerosa Menta acerca del terrible Edes, y aún deseaba continuar volcando sobre él nuevos e infamantes insultos, cuando a los oídos del diligente Hermes llegó nítido el asustado graznido de una lechuza.

Y comprendiendo de inmediato Hermes que no podía tratarse sino de la indómita Atenea, que infatigable estaba cumpliendo la importante misión que él, negligentemente, había abandonado, preso su corazón por lúgubres presentimientos, se dirigió a Menta, y pronunció ante ella estas agitadas palabras:

«Aguarda sólo un instante, bella Menta, pues si no es falso el asustado grito de alarma que acabo de escuchar en labios de la indómita Atenea, el espantable Edes ya debe estar por llegar, o tal vez ya ha llegado a esta bienamada casa de Teodoro Vilardebo 2562».

Y cuando la hermosa señora de Giannello recorría con sus labios el rudo cuello del señor Frugoni, y el señor Pasco solicitaba con premura una carpeta de tamaño

oficio, agitando sus alas de mariposa nocturna se elevó el Mensajero Hermes, y voló rápidamente en torno a la casa a fin de buscar a la bronceada Atenea.

Y la vio entonces cuando, convertida en nocturna lechuza de campanario, desde lo alto de la puerta de entrada, abría sus alas, y encrespaba temerosamente sus plumas, y lanzaba, a modo de aviso, lúgubres y angustiados graznidos, pues había divisado al fin el primero de los cuatro automóviles Ford Falcon acercándose por la calle Teodoro Vilardebo.

Y en rápido vuelo llegó Hermes hasta el bien reparado dintel, y apenas pudo cambiar un silencioso saludo con la asustada Atenea, pues al dirigir su vista hacia un extremo de la calle, vieron sus ojos lo que con justo motivo había alarmado a la Diosa.

Y era que cuatro negros y relucientes Ford Falcon se acercaban veloces por la adoquinada calle, y apenas unos metros encima del que marchaba en primer lugar, convertido en liviano vellón de blanca Baba del Diablo, volaba, inconfundible, el muy temido Edes.

Y paralizada por el helado Espanto, la indómita Atenea no atinaba siquiera a dar aviso a la dorada Afrodita, la cual continuaba derramando sobre el impecable señor Chávez, y sobre los encantadores miembros de Polimnia, la suave brisa que promueve el amor.

Y en el momento en que los relucientes automóviles Ford Falcon cruzaban ya la esquina de la calle Marcos Sastre, y apenas unos segundos antes de que abrieran sus puertas, y descendieran de ellos sus sanguinarios ocupantes, voló presuroso Hermes hacia la escondida plantita de menta, y pronunció ante ella estas alarmadas palabras:

«Oh, valerosa Menta, única en quien mi solitario corazón ha encontrado consuelo, la sangrienta muerte de los doce magníficos camaradas que me ayudaron a hallarte está ya a punto de cumplirse».

«En este angustioso momento están arribando a la puerta de esta bien construida casa, los implacables enviados de Edes. Y volando encima de ellos, bajo la apariencia de una sutil Baba del Diablo, el propio Edes en persona ha llegado, seguramente a fin de vigilar el puntual cumplimiento de sus terribles órdenes».

Ante cuyas palabras, y enterada de la cercana presencia del aborrecido Edes, dirigiéndose al compungido y asustado joven, habló así la valerosa plantita de Menta:

«Oh, apuesto joven, hijo de dos felices Inmortales, si es cierto, como dices, que el

propio Edes acaba de llegar a este apacible lugar, donde por voluntad de tus doce camaradas espléndidos, se hizo posible nuestro maravilloso encuentro, escóndete sin temor detrás de aquel bello geranio, de aterciopeladas hojas, y déjame a mí hablar a solas con el aborrecido y torpe Dios de las tinieblas».

Y a fin de hacer notar su seductora presencia al innombrable Edes, frotó Menta uno contra otro sus oscuros tronquitos, y un fresco e invitador perfume a susurrantes bosques se expandió por toda la bien construida sede de Polimnia.

Y Edes, desde su puesto de combate, varios metros encima del móvil número 25, tripulado por El Chivo, percibió de inmediato el llamado inconfundible de la deliciosa Menta.

Y siempre bajo la forma inocente de una sutil Baba del Diablo se acercó presuroso a la pequeña planta, injustamente castigada a causa de él, y con una de sus pegadizas hebras se adhirió a la más alta de sus frondosas ramitas.

Y la suave brisa del anochecer mecía al taciturno Dios, y su algodonoso cuerpo semejava una blanca y deshilachada bandera de parlamento agitándose conciliadora en el extremo de un mástil.

Pero a pesar de esta apariencia, con ronca voz habló el invencible Edes, y dijo a la perfumada Menta estas sombrías, impacientes y descorteses palabras:

«Por el perro que cuida mi infecunda morada, juro que me complace hallarte casualmente en esta vieja casa de la calle Teodoro Vilardebó, oh, esquiva, huraña e indiferente Menta, y que no me sería desagradable si pudiera mantener contigo, como otras veces, una oculta conversación».

«Pero la verdad es que no dispongo de demasiado tiempo para perder esta noche ni para ofrecerte, como antes, costosos regalos, pues has de saber, oh, seductora ninfa, que he llegado hasta aquí desde mi enorme mansión sólo para realizar una hermosa, sangrienta y despiadada faena».

«Mira hacia allá, y con tus propios ojos podrás ver a mis implacables enviados. Ellos están a punto de detener sus negros y brillantes automóviles Ford Falcon frente a esta sentenciada casa. Ya han destrabado los seguros de sus armas temibles, y con placer se aprestan a dar fiel cumplimiento a mi mandato».

«Dime pues, rápido, pequeña Menta, el motivo por el cual, exhalando tu turbador perfume, inusualmente me has invitado a que me acerque a ti».

Y bajando con seductora gracia sus hojitas, contestó a estas descomedidas palabras la valerosa e inteligente Menta:

«Bien quisiera mirar hacia donde señala tu mano poderosa, oh, espantable Edes, y ver con mis propios ojos a tus muy fieles proveedores de muerte».

«Pero como ves, a causa de uno de tus ridículos intentos —no te molesta que te lo recuerde, ¿verdad?— tu legítima esposa me convirtió en esta pequeña mata, y mis ojos no alcanzan a ver lo que hay detrás de aquella balaustrada».

«Si no te opones a ello, oh, infatigable violador de vírgenes, hablaré con la indómita Atenea, cuyo chistido inconfundible acabo de oír hace un momento, y encarecidamente le rogaré que me transporte en su ganchudo pico hasta lo alto del dintel de la entrada».

«Entonces desde allí podré contemplar cómodamente, y con admiración la sangrienta tarea de exterminio que tú realizarás junto con tus feroces enviados».

«Claro que para ello, y a fin de que la virgen Atenea acceda a mi pedido, deberé relatarle sin omitir detalles, la injusta causa por la cual siendo yo una fugitiva y ágil ninfa subterránea, me veo convertida ahora en esta inmóvil mata de olorosa menta. ¿No te parece mal, verdad, oh, poderoso Edes?».

XXXV

«Oh, fatiga feliz, oh muerte dulce. / Derrotados al fin, vendrá a buscarnos / en su oscura cuadriga sigilosa / el tibio sueño del amanecer...», creo que decían textualmente los últimos cuatro versos, que todos escuchamos en suspenso, conteniendo la respiración, mirando alucinados hacia la puerta, esperando (y yo, debido a un particularísimo estado de ánimo, casi percibiendo) algo como un ruido de pasos en el oscuro corredor, y hasta un ligero movimiento en el gastado picaporte.

Con la finalización del poema se produjo un breve y misterioso silencio. No vacilo en afirmar que realmente era como si aguardáramos la radiante entrada de la hermosa mujer; tan pendientes estábamos de las fascinadoras palabras y del anheloso gesto del carismático señor Chávez. Pero luego de unos pocos, mágicos e interminables segundos, como si todos, también por razones inexplicables, hubiéramos retornado bruscamente a la realidad, en forma inesperada y al unísono, la salita entera estalló en un fragoroso aplauso. Y entonces sí —algo totalmente inusual entre nosotros hasta esa noche— se volvieron a escuchar «bravos», y otro tipo de exclamaciones más propias, en verdad, de una sala de ópera que de aquella modesta salita de actos de Villa del Parque. Casi todos se habían puesto de pie. Y muchos — Irene y yo entre ellos— intentábamos acercarnos a nuestro presidente. Literalmente apretujados en el estrecho pasillo estábamos por conseguirlo, cuando el señor Chávez, reclamando imperiosamente por su amiga, la inválida señorita Kisternmacher, descendió con agilidad del estrado, y corrió prácticamente hacia ella. Gentil y cariñoso, se inclinó frente a su silla de ruedas, y la señorita Kisternmacher le rodeó el cuello con sus escuálidos brazos, y lo miró con infinita ternura mientras pronunciaba incomprensibles palabras en sánscrito.

Decidimos esperar que otros se acercaran primero, y felicitaran a su gusto a nuestro querido presidente. Luego, con más tranquilidad, lo haríamos Irene y yo. Nos apartamos por lo tanto del compacto grupo que rodeaba al señor Chávez y a la silla de ruedas de la señorita Kisternmacher. En realidad casi todos los concurrentes estaban allí, pues si se descontaba a la desconocida y algo tilinga señorita que había desaparecido un rato antes, sin saludar siquiera a sus vecinos de fila, sólo permanecíamos un tanto alejados del grupo, nosotros dos, Mastandrea, doña Zulema, y el señor Pasco, todavía con mi carpeta sobre las rodillas. Aunque pronto se nos sumó la elegante mamá de la señorita Kisternmacher, quien ya había felicitado al señor Chávez y, al parecer, sólo esperaba combinar algo con Dora antes de salir.

Mientras comentábamos con Irene detalles de la hermosa reunión nos acercamos al señor Pasco y nos ofrecimos a acompañarlo hasta el señor Chávez. Pero el caprichoso autor de letras folklóricas se disculpó diciendo que precisamente en ese momento debía hacer algunas anotaciones sobre una chacarera que se le había

ocurrido, antes que se le olvidaran. Extrajo del bolsillo un lápiz y una de las tarjetas escritas en Braille, y utilizando mi carpeta como apoyo, se puso a garabatear algo sobre la cartulina gris. Aunque no se entendía bien cómo se las arreglaría luego para leer lo que estaba escribiendo, por lo menos se explicaba ahora el premuroso pedido de la carpeta.

Nos acercamos entonces al gordo señor Mastandrea, también con intención de serle útiles, pues sus dos muletas estaban aún apoyadas en la pared y tal vez tuviera dificultad en incorporarse. Pero todo fue verme Mastandrea y comenzar con unas apremiantes, inconfundibles y algo grotescas señas para que me alejara de él. No entendí mucho al principio, pero muy pronto se me aclaró todo: era evidente que estaba tratando con la opulenta doña Zulema temas de gran importancia, pues ella, muy seria miraba fijamente el parquet, y no pude evitar oírle a mi apasionado rival en el soneto, estas aclaratorias palabras: «Vos contéstame el miércoles que viene ¿eh?, ¿qué te parece?».

A fin de no importunar al bueno de Mastandrea nos dirigimos hacia donde estaba la mayoría, y esperamos pacientes que se hicieran algunos claros para poder acercarnos al señor Chávez. Después de un rato, al fin pudimos hacerlo. Irene, con un ligero rubor que embellecía su rostro delicado, y le otorgaba, a mis ojos, una gracia incomparable, estrechó la mano de nuestro presidente, alabó la clásica construcción del poema, e hizo al terminar unas eruditas alusiones a Ovidio, al Arcipreste De Hita, y creo que a San Juan de la Cruz. Yo sólo pude balbucear: «Extraordinario, señor Chávez», al tiempo que lo abrazaba con sincera admiración.

Mastandrea había terminado sus importantes tratativas con doña Zulema, y ambos se acercaron también a felicitar al señor Chávez. Lamentablemente me perdí la sin duda antológica felicitación de Mastandrea. Pero recuerdo bien la frase (y el acento correntino) de la simpática doña Zulema: «Lindo por demás», que el señor Chávez agradeció emocionado, estrechándola fuertemente contra sí durante prolongados momentos.

El recital había llegado a su fin. Sólo nos restaba en realidad, confeccionar la lista de poetas para el próximo miércoles. Pero, a diferencia con otras reuniones anteriores, nadie —ni siquiera la mamá de la señorita Kisternmacher— se decidía a abandonar la salita. Era como si cada uno de nosotros, seguramente por motivos diversos, pero en el fondo por un mismo y no bien explicable deseo de continuar juntos, deseáramos prolongar con cualquier pretexto aquella cálida velada, donde tantos hechos en verdad prodigiosos habían ocurrido. Se continuaba pues comentando en detalle todo lo sucedido ese miércoles, o se improvisaban nuevos e inagotables temas de conversación, o simplemente se decía, como pueril excusa, que el ventilador hacía más agradable el ambiente de la salita que el de la calle. La verdad era que nadie se atrevía a romper esa maravillosa y poco frecuente comunión de espíritus que

bellamente, y casi sin proponérselo, habíamos logrado.

La señorita Kisternmacher departía con la señora de Giannello, el señor Frugoni y el joven Romilio Sosa acerca de su tema favorito: el amor universal. Y Dora, que se encontraba detrás de ella, con su gran manojito de aromos en el brazo lista para conducir su silla de ruedas, de pronto, como si las teosóficas palabras de la sabia señorita la hubieran conmovido en lo más hondo, o como si el propio clima acogedor y fraterno de la salita se lo hubiese inspirado, con un gesto imprevisto, lleno de simpatía y de espontaneidad, comenzó a cortar ramitos de aramo, y a ofrendarlos sonriendo a cada uno de los concurrentes. Se movía Dora con prontitud y con gracia de un extremo al otro de la salita, de modo que a los pocos momentos, todos, mujeres y varones, teníamos nuestro amarillo ramito en la mano. Algunos, como Mastandrea, se lo colocaron prestamente en la solapa. La señora Zimmerman y doña Zulema se los prendieron al pecho (una con las flores hacia arriba, y otra con las flores hacia abajo). La bella señora de Giannello se lo prendió graciosamente entre sus renegridos cabellos, y llena de picardía y de donaire se puso a imitar a una gitana. El señor Pasco, quien al fin se había puesto de pie y me había devuelto mi carpeta, hacía deslizar el pequeño ramo por su rostro con expresión de infinito placer. Irene y yo nos intercambiamos los nuestros, y prometimos conservarlos durante toda la vida entre las hojas de un libro, como recuerdo de esa bienaventurada noche del 3 de diciembre de 1975.

Todos nos sentíamos realmente bien, apaciguados, felices. La señora de Giannello y el señor Frugoni, superada su dolorosa situación, gracias a los buenos oficios de la señora Zimmerman, y también ¿por qué no decirlo?, al fraternal apoyo que habían recibido de todos nosotros, sonreían plenos de dicha, y era evidente que sus ojos miraban ya hacia el futuro. Yo, por mi parte, luego de los largos y torturantes momentos que mi timidez y mi inseguridad frente a Irene me habían deparado, veía prodigiosamente resueltas todas mis viejas dificultades. Irene me amaba. Irene pensaba en mí desde hacía algún tiempo. ¿Qué otra cosa podía desear yo de la vida? Nos hermanaba en fin, una dulce e indolente alegría, y tal vez no exagere al decir que, a despecho de nuestras obligaciones, hubiéramos podido permanecer así toda la noche, charlando, comentando, recordando bellos momentos, haciendo planes para las próximas reuniones, sintiendo crecer en nosotros una nunca sentida plenitud, un inusitado amor que tal vez tuviera algo que ver —recuerdo que pensé— con ese místico y maravilloso amor universal del que con tanto fervor hablaba la señorita Kisternmacher.

Quien, no obstante su solidario gesto de repartirnos flores, demostraba cierto apuro por salir, era la movediza y exultante Dora. Tal vez tuviera algún compromiso impostergable pues cuchicheó algo al oído de su novio, miró la hora en su reloj pulsera —eran ya las diez menos cuarto— e hizo a la señorita Kisternmacher una

seña de que se apurara (seña, a decir verdad, no demasiado apropiada para una dama de compañía). La comprensiva señorita Kisternmacher, sonriendo, le respondió, también por señas, que aguardara sólo un momentito, y comenzó a despedirse de los amigos. Se estaba despidiendo de la señora Zimmerman, recuerdo, cuando nítidamente llegó hasta nuestra salita el cercano chistido de una lechuza. Todos, lo confieso, quedamos un poquito impresionados, y el inoportuno de Mastandrea no se perdió la ocasión de recordarnos el conocido aviso de mal agüero que se le suele atribuir. El señor Frugoni, entendido en cosas de campo, más para continuar charlando que porque el tema nos interesara realmente, dijo entonces que la simpática lechuza era muy útil a los sembrados, y que él justamente habría de presentar en alguna próxima reunión, un breve poema ilustrado donde se hacía referencia a esa blanca lechucita de los postes. Pero la erudita señorita Kisternmacher corrigió delicadamente al señor Frugoni explicando que, por el tipo de graznido, por el lugar, y sobre todo por la hora, no se trataba en este caso de la lechucita que él mencionaba en su poema, sino seguramente de una mayor y algo más oscura, llamada lechuza de campanario (dijo su nombre en latín), que tendría su nido por allí cerca. Volvió a oírse un chistido, ahora más fuerte y prolongado, y la señorita Kisternmacher confirmó, con certeza, su clasificación. Explicó además que algo, un gato quizá, debería rondar cerca de su nido, pues ese particular graznido sólo lo emitía frente al peligro. Con lo cual quedaron plenamente demostrados sus vastos conocimientos de zoología.

Entretanto, familiarmente sentada sobre el estrado, la señora de Giannello cumplía sus funciones de secretaria de actas: ante la presencia de la señora Zimmerman y del señor Chávez, confeccionaba con rapidez, la lista de lectores para el próximo miércoles. Mastandrea fue el primero en presentarse; como es norma en nuestra institución dio, además de su apellido y nombre, los títulos y extensión aproximada de los poemas que habría de recitar. Detrás de él lo hizo el renacido señor Frugoni, e inmediatamente el voluntarioso y fecundo señor Pasco. Irene me observaba interrogante. Tuve entonces una decisión súbita, y de acuerdo con mi natural modo de ser, bastante arriesgada. Avancé hasta la señora de Giannello, y con la voz más serena que pudo surgir de mi oprimida garganta le solicité que incluyera mi nombre en la lista. Cuando sonriendo y con el lápiz en la boca me preguntó los títulos de mis composiciones, contesté mirando hacia Irene: «A un sueño convertido en realidad. Tríptico de sonetos». Me refería, claro estaba, a mi trabajo todavía inconcluso. Nadie, me parece, alcanzó a percibir mi nerviosidad.

La señora Zimmerman dijo en alta voz y con tono a medias en broma, que no podía tolerar semejante preponderancia masculina en la reunión del miércoles, y sin vacilaciones, prácticamente obligó a Irene y a la señora de Giannello a incluirse en la lista.

Dora empujaba la silla de ruedas de la señorita Kisternmacher, y comenzaba a marchar hacia la salida. La señora Zimmerman tomaba del brazo al señor Pasco. El señor Chávez se despedía con un abrazo del señor Frugoni y de la señora de Giannello. El joven Romilio, siempre preocupado por la conservación de nuestra sede, había salido a apagar luces y cerrar puertas. Volvió a la salita, y justamente acababa de desconectar el ventilador de pie, cuando escuchamos, muy cercanos, unos estridentes y desagradables chirridos de neumáticos.

XXXVI

Y justamente estaba explicando la señorita Kisternmacher la diferencia entre dos especies de chistadoras lechuzas, y decía con erudición que el graznido que todos habían escuchado pertenecía a una grande y hermosa lechuza de campanario, cuando transpirando abundantemente por primera vez en su vida, y tartamudeando a causa de su mal disimulado pavor, reconvino así el infecundo Edes a la olorosa y tierna plantita de menta:

«Por las numerosísimas almas que deambulan en mi enorme mansión, y por el incorruptible barquero que, a su debido tiempo, ha transportado a cada una de ellas a través del pantanoso Aqueronte, yo te juro, pequeña e irrespetuosa ninfa, que no veo la necesidad de estar divulgando, ante ninguno de los ociosos y charlantes Olímpicos, ciertos olvidables hechos que sólo pertenecen a mi vida privada».

«Quédate pues en este bien protegido y húmedo rincón del patio. No pidas, te lo ordeno, a Atenea o a cualquier otro Inmortal, que te transporte a sitio alguno. No muevas en absoluto tu infatigable lengua. Mejor aguarda aquí, sin impacientarte, hasta que yo dé cumplimiento a mi tarea. Luego vendré, y volveremos a hablar de este desagradable asunto. ¿Has comprendido, Menta?».

Ante cuyas descomedidas palabras, fingiendo asombro, y aparentando un infantil enfurruñamiento, al tiempo que se enjugaba inexistentes lágrimas, respondió a Edes la inteligente Menta:

«¿Por qué me maltratas de tan ruda manera, oh, poderoso Edes? ¿Por qué te aprovechas así de mi pequeñez y mi debilidad? ¿Acaso no me has invitado tú, hace sólo un momento, a contemplar extasiada, a tus feroces enviados? ¿Es que quizá te avergüenzas de esta pobre ninfa, y no deseas que, junto a los Olímpicos derrotados por ti, observe llena de admiración tu portentosa hazaña?».

«¡Ah, veo muy bien que prontamente has olvidado el encendido amor que en otro tiempo feliz me profesabas! Está bien, me resigno, oh, poderoso Dios, pero en verdad te digo que tu afrentoso olvido en nada atempera mis ardientes deseos de verte actuar».

«Has de saberlo: a pesar de tu cruel indiferencia, yo he de contemplar a mi gusto, desde lo alto de aquel bien construido dintel, tu memorable y sangrienta faena».

«Pero puesto que, debido a mi condición de planta, no puedo subir allí por mis propios medios, pediré ayuda a la servicial e indómita Atenea. Es inútil que busques,

oh Edes, ocultarte de mí».

Y mientras en el extremo de las más altas ramitas de la olorosa Menta, tremolaba de furor su deshilachado cuerpo de Baba del Diablo, atropelladamente habló así el iracundo Edes:

«¡Ah, contumaz, testaruda, desobediente ninfa! ¿De qué manera habré de explicarte, a fin de que me entiendas, que no debes hablar con ninguno de los despreciables Olímpicos?».

«Con suficiente claridad te he ordenado que permanezcas aquí sin abrir tu peligrosa boca. Pídeme cualquier otra cosa, e inmediatamente te lo concederé. Te lo prometo».

«Pero por las cabezas de mi perro terrible, no me pidas, oh, charlatana Menta, que te permita hablar con la frígida chistadora Atenea, porque de sobra sé lo que has de comentar con ella, y eso mi corazón no puede soportarlo».

Y como las palabras «pídeme cualquier cosa» eran precisamente las que esperaba oír la astuta Menta, al tiempo que con encantadora gracia movía sus hojitas, y exhalaba un fresco y embriagante perfume, dijo rápidamente, y todavía enfurruñada al balbuceante Edes:

«Bien, como siempre obedeceré al fin tu soberana voluntad, oh, implacable Edes. Abandonada y triste permaneceré en este solitario rincón, lejos de ti. Me resignaré a no verte, y con nadie: Dios, mortal, insecto alado, planta frondosa o aleteante pájaro, he de cambiar siquiera una palabra».

«Pero puesto que tú, tan gentilmente, me acabas de invitar a que te pida algo a cambio de este duro sacrificio que con rigor me infliges, aunque derramando abundantes lágrimas de contrariedad, he de aceptar con humildad tu ofrecimiento, y te he de formular un pequeño pedido. ¿Verdad que no tendrás inconvenientes en concedérmelo, oh, poderoso Dios?».

Y tranquilizado a medias, pues, siquiera por unos momentos, la charlatana Menta le había prometido guardar discreto silencio acerca de su vida íntima, con los oídos puestos en los motores de los cercanos Ford Falcon, habló así el tiritante Edes:

«Estoy de acuerdo, pequeña, hazme ahora ese pedido, y de inmediato te lo concederé. Pero, por todas las Keres y las Moiras juntas, apúrate y habla de una buena vez; ya la hora fijada para llevar a cabo mi sangrienta venganza está cercana, y casi no tengo tiempo que perder».

«Mi bienamado Chivo ya ha destrabado el seguro de su estruendosa Ithaka, los cuatro negros automóviles —los oigo desde aquí— están a punto de detenerse frente a esta odiada casa de Teodoro Vilardebó 2562, los indispensables elementos para el impune y muchas veces realizado secuestro ya están en manos de mis eficaces enviados. Ya debería por lo tanto estar allí dirigiendo la mortuoria faena».

«Doce viajes consecutivos aguardan a mi infatigable barquero, pues doce son los mortales entre los que ahora se encuentran en aquella salita empapelada de azul, confeccionando una imposible lista de poetas para un inexistente próximo miércoles, que serán trasladados esta noche a mi helada mansión. Habla ya, y con presteza, pequeña Menta, que tengo demasiado apuro».

Y, al tiempo que el infatigable José María Pulicicchio, daba su nombre y apellido a la bella señora de Giannello, a fin de que ésta lo incluyera en la lista de poetas del miércoles 10 de diciembre de 1975, y mientras Hermes, escondido detrás de un geranio de aterciopeladas hojas, escuchaba atento toda esta conversación, habló así la sagaz plantita de menta, e hizo al fin al sanguinario Edes este bien meditado pedido:

«Hablaré, ya que así me lo ordenas, oh, Edes impaciente. Este es pues el pedido que, llorosa aún por tu desamor y tu maltrato, acepto formularte. Escúchame bien, y no lo desoigas. Y recuerda, sobre todo, que debes cumplirlo de inmediato, puesto que así me lo has prometido».

«Has de saber, oh invencible Edes que, debido a los muchos años que habito este bien cuidado patio, he llegado a encariñarme con varios de los amables mortales que ahora ocupan aquella azul e iluminada salita, pues a diferencia de algunos rudos Inmortales, ellos, de una manera o de otra, siempre se ocuparon de mí».

«La opulenta y feliz doña Zulema nunca dejó de esparcir en mis fragantes hojas y en mis delicadas raíces abundante agua. El diligente y muy hábil Romilio con frecuencia arrancaba los opresores y molestos yuyos de mi lado».

«El elegante señor Chávez defendió con calor esta pequeña franja de tierra húmeda que rodea al embaldosado patio, cuando alguien, con apresuramiento, quiso colocar en ella unos horribles bancos de cemento».

«La bellísima señora de Giannello, semejante a una Diosa, más de una vez lució una de mis olorosas ramitas entre sus renegridos cabellos».

«El circunspecto José María Pulicicchio no se olvidó de nombrarme en su soneto a la dulce Primavera. Y hasta la inefable y virgen Irene Bengoechea suele llevar en su

cartera blancos corazoncitos Dorin's con sabor a menta, para convidar con ellos a los gentiles miembros de Polimnia».

«En fin, que cada uno de los miembros de esta bien gobernada agrupación tuvo conmigo, a través de los años, finas y recordables atenciones».

«Suspende, por lo tanto, te ruego, la sangrienta tarea que estás por realizar, y deja que los doce mortales —tal vez justamente sentenciados por tí, no te lo niego— continúen padeciendo la azarosa vida.»

«Déjalos que persistan, a pesar del desagrado que ello pueda ocasionarte, en cultivar sus absurdas vocaciones en esta vieja casa de Teodoro Vilardebó 2562. Ese es pues mi pedido, ¡oh! poderoso Edes. ¿Me lo concederás, no es cierto?».

Y en el instante en que Dora, con cierto apresuramiento, empujaba hacia la salida la rodante silla de la inválida señorita Kisternmacher, con gesto sombrío habló así el tenebroso Edes, y pronunció estas terribles palabras:

«¡No! No he de acceder a ese descabellado pedido tuyo, molesta y aprovechadora Menta. Sábelo para siempre: a raíz de la violenta muerte de uno de mis más caros proveedores de almas, el ilustre general Jorge Esteban Cáceres Monié, en la feraz provincia de Entre Ríos, abundante en pájaros, hace ya veinte días que vengo maquinando mi sangrienta venganza».

«Todo está preparado, allá en mi sombría mansión. Ya Caronte ha calafateado diestramente su muy utilizada barca. Ya los que en vida fueron mis fieles servidores aguardan impacientes, pues yo mismo se la he anunciado, la llegada de estos doce nefastos y viles subversivos».

«Ellos han de cruzar esta noche las negras aguas del pantanoso Aqueronte. Y como ahora se hallan todos reunidos en aquella salita, la tarea será bastante fácil para los adiestrados parapoliciales encargados de secuestrarlos primero, y de torturarlos y acribillarlos a balazos después. Pide pues oír cosa, pero habla rápido, oh malhadada Menta».

XXXVII

-¿Aquí es la cosa, che?

—Aquella casita, la de la chapa.

—Mira vos, después dicen que Seguridad no funciona.

—Flor de aguantadero.

—Y hasta con cárcel del pueblo.

—No jodas.

—Estaciona por aquí.

—Yo meto bala de entrada, qué joder.

—No che, la cosa viene de arresto primero.

—¿Eh?

—No va a haber resistencia, estáte tranquilo.

—¿Vos qué sabes?

—El jefe está muy seguro. Ya lo aclaró ¿no?

—Está bien, pero por las dudas.

—Si andas muy embalado quédate en el coche. Hay que hacer las cosas con buena letra hoy.

—Siempre los mismos boludos. Arriesgan a la gente al pedo.

—¿Vos cobraste ya?

—El viernes cobramos.

—La guita no alcanza para un carajo.

—La orden está clarita: cazarlos y meterlos en los coches. Tres en cada uno.

Después más tarde te podes dar el gusto.

—Vamos a ver. ¿Ezeiza?

—Aja.

—Jefe, cuando usted diga.

—Móviles 41, 70 y 72. Mucho control. No quiero despelote aquí.

—¿Y si se resisten Jefe?

—Se los barre a todos, por supuesto. Pero no se van a resistir. Es por lo de Cáceres Monié. Escarmiento nomás. Cuestión de hacer número esta misma noche.

—Doce ¿no?

—Doce carajo, sí, ya te lo dije. ¿O sos sordo vos? Ponete ahí detrás del 41.

—¿Hago parar el tráfico?

—No hace falta. Esperen a que baje yo. Móviles 41, 70 y 72, cuando yo baje empieza el operativo. Prepararse.

—¿Lo ves al 25?

—Desde aquí lo veo. Cuando baje el jefe, bajamos. ¿Todo listo?

—Todo listo.

XXXVIII

Y percibiendo con desesperación la sensitiva ninfa que así estaba perdiendo la buscada oportunidad de salvar a los doce magníficos amigos de su apuesto enamorado, jugando con audacia, mas también con íntimo dolor, su última carta, habló de esta manera la previsor a aunque muy parcial Menta:

«¿Doce mortales es el precio de tu dura venganza, oh poderoso Edes? Muy bien, lo acepto, puesto que así lo has decidido. Pero ¿por qué han de ser ellos justamente, mis gentiles amigos, las víctimas de tu furor? ¿Por qué precisamente los que me prodigan múltiples cuidados, han de ingresar a tu fría mansión esta misma noche?».

«¿Acaso no puedes escoger para ello otros doce distintos? ¿Acaso lejos de aquí, en la mediterránea provincia de Córdoba, para darte un ejemplo, no podrías, Edes, hallar otros doce mortales enemigos de ti, propiciamente reunidos como éstos, en una misma casa, a fin de que tus amados parapoliciales no pierdan tiempo recorriendo las calles y buscándolos?».

«Y si por algún motivo imprevisible no lograras completar el número de doce, que empecinadamente te has propuesto matar ¿no hay en Rosario o en La Plata suficientes mortales a quienes odias mortalmente para alcanzar con ellos tu designada cuota de venganza?».

«Haz por favor lo que, para salvar a mis amigos sin contrariar tus planes, te estoy pidiendo, y te aseguro que mi agradecimiento habrá de serte bastante placentero. ¿Qué respondes a esto, oh implacable Edes?».

Pero, indiferente a las lágrimas de la sensible Menta, al tiempo que con furor desprendía su volátil y pegadizo cuerpo de la esbelta ramita, con sorda y temible voz contestó el taciturno Edes:

«Ya te he dicho que no, irrespetuosa e insistente Menta. Te ordeno que no insistas. Ni tú, ni nadie ha de hacerme cambiar mis ineluctables designios. Y deja de molestarme porque en este preciso momento parto a fin de concluirlos prontamente».

Y bajo la deshilachada forma de Baba del Diablo comenzaba a alejarse Edes de la pequeña planta para volver a su estratégico puesto de observación, cuando presa de incontenible furia habló así la valerosa Menta:

«¡Ah, falso, perjuro, estúpido e impotente Edes! ¡Hace sólo un momento prometiste satisfacer cualquier pedido mío, y ya te niegas, traidor, a cumplir como

debes tu promesa!».

«Haz pues lo que te dicte tu helado corazón, y no pierdas un solo segundo de tu precioso tiempo en escucharme».

«Pero escucha bien lo que voy a decirte: puesto que tú has quebrado de manera indigna tu reciente juramento, no he de proseguir yo, como una tonta atada al mío».

«Quiero que sepas, por lo tanto, que esta humilde y castigada plantita no ha de permanecer en silencio, te lo aseguro, oh Edes».

«Serán muchos, mortales e Inmortales, sátiros y ninfas, náyades, centauros y pequeños espíritus alados y habladores, los que conocerán por mis labios lo ocurrido —mejor dicho lo no ocurrido— junto a aquella raíz del susurrante álamo.»

«Ve pues, sin perder tiempo a tu tarea, que yo también tengo apuro en realizar la mía. Hasta la vista, oh poderoso Edes».

Y ante estas palabras amenazantes, temblando de pavor con todo su flotante cuerpo, habló así, entre ridículos gemidos, el solitario morador del Erebo:

«¡Ay, ay, ay, cruel y extorsionadora Menta! ¡De qué medios terribles te vales para conseguir tus caprichosos fines! ¡Cómo sabes, oh despiadada, que me moriría de vergüenza, allá en mi tenebrosa mansión, si uno cualquiera de los holgazanes Olímpicos conociera mi más escondido secreto!».

«No te muestres así, tan rencorosa conmigo, oh bella Menta. ¿No has pensado que si los mortales llegaran a perderme el respeto, y en sus frívolas conversaciones se mofaran de mí, el universo entero trastrocaría sus leyes inmutables?».

«Nadie temería entonces a la irreparable muerte, y las memorables acciones de los hombres perderían, oh irreflexiva, el supremo valor que les otorga el riesgo de morir».

«Ah, bien quisiera yo, pequeña Menta, acceder ahora a tu pedido último, y trocar estos doce mortales condenados por otros tantos habitantes de Córdoba, de Rosario o de La Plata, como tú, cuerdamente, me has sugerido que hiciera a fin de pagar con ello tu valioso silencio!».

«Pero ya, lamentablemente para mí, es imposible: el ajustado mecanismo de mi bien preparada venganza ha sido puesto en marcha, y todo está ocurriendo de acuerdo a planes largamente previstos».

«A partir de una oportuna aunque algo estúpida denuncia, cada uno de los ires y venires policiales fue hábilmente manejado por mí, y paso a paso han desembocado hoy en este hermoso y parapolicial procedimiento».

«Nadie, ni el más veloz de los Olímpicos, alcanzaría a llegar ahora, sólo en brevísimos segundos, hasta cierto escondido despacho, cuya precisa ubicación ya no tiene sentido que te explique, y desde allí ordenar a El Chivo bienamado la suspensión de la matanza».

«Pídeme por lo tanto otra cosa, oh dulce Menta, y por los antepasados ilustres de mis negros caballos, te juro que te lo concederé».

Entonces, en voz muy alta, a fin de que el apuesto joven escondido detrás del aterciopelado geranio escuchara perfectamente sus palabras, preguntó así la inteligente Menta:

«Puesto que ya no hay tiempo para hacerlo, y puesto que no existe además quien pueda transmitir ese mensaje que acabas de mencionar, te ruego que me digas, si no te importa, oh poderoso Edes, sólo para satisfacer mi femenina curiosidad, cuál sería el texto de ese salvador mensaje, y a qué lugar preciso debería ser llevado».

Y al tiempo que el diligente Romilio Sosa apagaba luces y cerraba puertas en la casa de Teodoro Vilardebó 2562, con apesadumbrada voz contestó así el taciturno Edes:

«No tengo inconveniente en responder a tu inútil pregunta, graciosa Menta; verás así que no es por mala voluntad que no accedo a cambiar por otros doce a estos infelices mortales como tú tan gentilmente me lo has solicitado».

«Tenlo en cuenta, te ruego. No permitas que te ciegue el enojo. No respondas a mi actitud sincera con el funesto rencor, y no cuentes a nadie, por lo tanto, aquello que tú y yo conocemos».

«Has de saber, oh deliciosa ninfa, que si existiera un inmortal tan veloz como el mismo pensamiento (lo cual es totalmente imposible) debería partir ahora, desde este sombreado patio, y llegar, antes que yo termine de pronunciar esta breve frase, hasta una oficina de la Superintendencia de Seguridad, en la calle Moreno 1425».

«Allí debería convertirse prestamente en Urgente Llamado Telefónico, y decir solamente: suspender operativo Teodoro Vilardebó».

«Uno de mis más eficaces servidores, el cual está en contacto permanente con El Chivo a través de un micrófono, recibiría el llamado, y de inmediato daría a éste la orden de suspender el casi listo operativo».

«Pero como todo lo que te acabo de decir no es realizable en absoluto, puesto que nadie existe capaz de transmitir tan velozmente ese mensaje, te lo repito Menta, resígnate al fin inexorable de estos doce sentenciados, y pídemme otra cosa».

Pero he aquí que el diligente Hermes, alertado por la ingeniosa Menta, escuchó desde atrás de una planta de geranio, las aclaratorias palabras del incauto Edes.

Y mientras Edes seguía hablando, sin dudar un sólo instante, ni demorarse en dar aviso a Afrodita ni a la indómita Atenea, de nuevo bajo la gallarda forma de mensajero del Olimpo, velozmente partió hacia la Superintendencia de Seguridad, en la calle Moreno.

Y la perfumada y dulce Menta, alcanzó a ver cómo, desde atrás del geranio, se elevaba raudo y resplandeciente por los aires, con su hermoso casco alado, y sus aladas sandalias de oro, y comprendió de inmediato que su supuesto y solitario enamorado no era otro que el divino Hermes.

Pero su tierno corazón no sintió pena por ello, sino que, a pesar de todo, se alegró en gran manera. Pues con sabiduría de mujer pensó que ya se encargaría ella, con el tiempo y con la ayuda de los Dioses, de domesticar al seductor y mentiroso Mensajero, y convertirlo en fiel esposo, y amante padre de numerosos niños.

Y también vio al alado mensajero el taciturno Edes, mas sólo después de un rato y lentamente, comprendió que con ingenuidad había caído en la trampa tendida por la incorregible Menta.

Pero, aunque su corazón rebosaba de odio, y vuelto de súbito a su aspecto natural, sus manos se apretaban feroces sobre su negro látigo, debió contener sus terribles impulsos pues, con silencioso gesto, Menta lo conminaba a permanecer inmóvil, o de lo contrario ella sabría cómo proceder.

Y tan rápido como nunca lo había hecho en toda su vida, voló el alado mensajero Hermes, y su apariencia era la de un luminoso objeto volador no identificado que surcaba el oscuro cielo de Buenos Aires.

Y antes de lo que se demora en pronunciar estas palabras, llegó, y se detuvo en el vigilado techo de la Superintendencia de Seguridad, en la calle Moreno.

Y tal como le había oído decir al tenebroso Edes, de inmediato se convirtió Hermes en Urgente Llamado Telefónico, e hizo sonar la campanilla cercana a un micrófono de mesa, desde el cual un torvo servidor de Edes se comunicaba con el móvil número 25 tripulado por El Chivo, matador de hombres.

Y el astuto Hermes, con la firme voz de un alto jefe de la repartición, semejante en el tono a la del inspector mayor Guso, se dirigió por teléfono al torvo funcionario que manipulaba el micrófono y dijo en sus oídos estas únicas palabras: «Suspender operativo Teodoro Vilardebó».

Y el funcionario, con asombro y disgusto, se dirigió por medio del micrófono al sanguinario Chivo, amado por Edes, y dijo también: «Suspender operativo Teodoro Vilardebó», aunque agregó por su cuenta «por ahora».

Y ya, con siniestros chirridos sobre el pavimento, habían clavado sus frenos los móviles 25, 41, 70 y 72, y apoyaba El Chivo su velluda mano sobre la manija a fin de bajar del coche, y comenzar de una vez su sangrienta y esperada tarea, cuando imprevistamente escuchó en su bien sintonizada motorola, estas espantosas palabras: «Suspender operativo Teodoro Vilardebó, por ahora».

Ante cuyo atroz significado, sin cuidarse siquiera de cerrar su propio micrófono, pronunció El Chivo horribles blasfemias contra el gobierno, contra Dios, contra los altos organismos de seguridad, y contra las madres amantes de numerosos funcionarios.

Luego de lo cual, rabiosamente, dio orden de partida, y los cuatro negros y brillantes automóviles Ford Falcon, tripulados por diestros matadores de hombres, partieron, y nuevamente atravesaron la infinita ciudad con espantable ulular de sirenas.

XXXIX

-Pero carajo.

—Esto es una barbaridad.

—Una cabronada.

—Ya van a ver estos hijos de mil putas. No hay ningún derecho. A mí no me joden más estos mierdas. Seguí por ahí.

—¿Y ahora a dónde vamos?

—De vuelta al garage. Manga de cabrones.

—¿A usted le parece, Jefe?

—Orden de arriba. ¿No oíste, boludo? A este Gusó te juro que lo hago cagar.

—¿Fue Gusó?

—¿Y quién va a ser si no?

—Raro ¿no?

—No tan raro.

—¿Cómo dijo, Jefe?

—Nada. Yo me entiendo.

—Tanto trabajo al pedo.

—Sí, realmente al pedo. Atención: móviles 41, 70 y 72, de vuelta al garage...

—¿Oíste?

—Orden de arriba parece.

—Pero con quién se creen que están tratando estos maricones.

—Y sí anda el país, che.

—Ya no respetan ni nada.

—Qué te van a respetar.

—Cómo estará puteando el Jefe.

—¿Sabes qué? No habría que darles pelota.

—Seguro, y después que le vayan a cantar a Gardel.

—Apártame aquel Fiat.

—Ábrase, carajo. Que se abra le digo.

—Raro que el Jefe...

—Se habrá metido alguien.

—¿Milico?

—Anda a saber. Alcánzame un faso.

XL

«¡Ah, estos muchachos, estos muchachos!», dijo meneando la cabeza el tolerante señor Chávez. A lo que la señorita Kisternmacher agregó que no era la culpa de ellos, de los jóvenes, sino de la falta de verdaderos guías espirituales en un mundo carente de Samadhi.

Yo preferí callar. Recuerdo que involuntariamente comparé mi triste y solitaria juventud (poblada de sueños, de angustias, de amores imposibles, de largas caminatas para ahorrar algunas monedas) con esta desprejuiciada y libre juventud de hoy inclinada irresistiblemente a las emociones violentas y al peligro.

Justamente estaba por comentar algo de esto a solas con Irene, cuando la señora Zimmerman, ya a punto de salir, se dio de pronto vuelta para tomarme el brazo y decirme: «¿Sabe por qué corren? ¿Sabe por qué le sacan los autos a los padres y hacen picadas? Rebeldía, querido, nada más que rebeldía. Todo por la educación irracional ¿qué le dije yo?».

Pero Mastandrea, al parecer, no estuvo de acuerdo con el punto de vista pedagógico de la señora Zimmerman, pues bufando a causa del calor y del reciente sobresalto, dijo que eran «una punta de atorrantes», que habría que meterlos presos a todos, «y minga de psicología».

Y lo cierto fue que esta salida más bien espontánea y nada intelectual del incorregible Mastandrea provocó la hilaridad general, y sirvió, de alguna manera, para relajarnos de la tensión que, aun sabiendo que se trataba de un hecho sin importancia, una travesura de muchachos, digamos, habían provocado en nosotros, por unos breves instantes, los desagradables y cercanos chirridos.

Nadie volvió pues a mencionar el pequeño incidente. Casi diría que hubo una especie de acuerdo tácito, luego de la gloriosa frase de Mastandrea, para no volver, de ningún modo, sobre el tema. Era como si aquellos estentóreos chirridos llegados intempestivamente hasta nuestra acogedora salita, hubieran sido los representantes, por así decir, de un mundo sin belleza, violento, torpe y agresivo, que tal vez se agazapaba en torno de nuestra querida Polimnia, pero con el cual nosotros no teníamos ni queríamos tener nada en común. De modo que muy pronto, y sin mayor esfuerzo, nos olvidamos por completo del asunto.

Continuamos nuestro perezoso caminar hacia la calle, entre cariñosas despedidas hasta el próximo miércoles. Irene, sonriendo, me mostró su ramito de aroma apretado entre las hojas de su cuaderno Avon. Desde una casa vecina llegaba el sonido de un piano. La noche era cálida y apacible. A través de los paraísos se alcanzaba a distinguir un hermoso cielo diáfano y estrellado.

XLI

Y haciendo restallar su látigo temible sobre el lomo brillante de sus caballos, se alejó Edes furioso de Teodoro Vilardebó 2562, y abandonó por el momento sus doce presas largamente codiciadas.

Y Afrodita, Atenea y el diligente mensajero Hermes consideraron entonces que la misión que los había arrancado apresuradamente del Olimpo, y los había llevado al bien construido barrio de Villa del Parque, había llegado a su término.

Por lo que, del mismo modo que el infecundo Edes, se alejaron también de Teodoro Vilardebó 2562, y volando raudamente llegaron en brevísimos segundos hasta lo alto del Olimpo, empenachado de nubes.

Y desde una alta y solitaria cumbre del Olimpo, impotentes observaron los tres inmortales el proceder terrible del iracundo Edes, y la caza de hombres que, en sustitución de los doce rescatados miembros de Polimnia llevaba a cabo con saña por todo el vasto territorio de la República Argentina.

Y vieron como Edes, rechinando sus dientes, se dirigía hacia la mediterránea provincia de Córdoba, donde otros enviados del tenebroso Dios, semejantes en todo al sanguinario Chivo y a sus feroces subordinados, realizaban la tarea de muerte que, a causa de la labor de la inteligente Menta, no habían podido realizar en la vigilada casa de Villa del Parque.

Y con dolor alcanzaron a ver los Olímpicos cómo sombríos parapoliciales, integrantes del «Comando Libertadores de América Pelotón Cáceres Monié», se desplazaban en veloces automóviles Ford Falcon y llegaban hasta una amplia casa de avenida Hipódromo y Tacuarí.

Cómo violentos se introducían en ella, y con despiadados golpes, soeces insultos, y bajo la amenaza terrible de poderosas armas, maniataban, amordazaban y llevaban secuestrados en sus negros automóviles a nueve de los doce estudiantes que ocupaban la casa.

Pues no pudo Edes ni sus parapoliciales enviados, completar el largamente previsto número de doce, ya que tres de los indefensos ocupantes de la hermosa casa de avenida Hipódromo y Tacuarí, eludieron el brutal secuestro, y milagrosamente consiguieron escapar de los adiestrados asesinos de hombres.

Por lo que, haciendo restallar otra vez con furia su serpenteante látigo, el

implacable Edes debió dirigirse primero a la industrial ciudad de Rosario, y luego a la bien trazada ciudad de La Plata, a fin de completar, con las víctimas que cobrara en una y otra ciudad, el anhelado número doce, que su venganza había establecido.

Y nuevos y siniestros parapoliciales, semejantes a El Chivo, secuestraron en Rosario a un delegado de la fábrica Acindar, y otros parapoliciales secuestraron, maniataron y amordazaron a una pareja que residía en la bella ciudad de La Plata.

Y desde su inalcanzable cima del Olimpo observaron los tres Inmortales cómo los doce secuestrados que, por acción de la inteligente Menta estaban sustituyendo a los emplazados miembros de Polimnia, eran todos conducidos en veloces automóviles hacia previstos sitios descampados.

Y obligados a descender con los ojos vendados en solitarios caminos y pastizales eran salvajemente golpeados, vejados y torturados, y luego despiadadamente muertos, acribillados por numerosos impactos de bala de grueso calibre.

Y un estremecimiento de pavor recorrió a los tres Olímpicos pues inmediatamente pensaron que ése era el horrible fin que habría aguardado a los doce ocupantes de la casa de Teodoro Vilardebó, de no haber mediado la intervención de la inteligente Menta.

XLII

4 de diciembre de 1975

Más informaciones. Córdoba, Argentina. Alrededor de las 8.30 de ayer una llamada telefónica anónima hizo saber a los organismos de seguridad que a la altura del kilómetro 7 del camino al Dique «Los Molinos» podrían ser encontrados cuatro cadáveres. Arribadas las autoridades policiales al lugar mencionado, sobre un camino de tierra que corre paralelo a la ruta N° 5 fue confirmada la denuncia: tendidos de bruces, con fuertes ligaduras en pies y manos fueron hallados los cuatro cuerpos. Los mismos presentaban numerosos impactos de bala de grueso calibre. Se notaba además que previamente habían sido sometidos a brutales castigos.

Cuando se estaban efectuando las primeras diligencias derivadas del macabro hallazgo, el dueño de un cortadero de ladrillos ubicado en el lugar denominado Piedra, sitio donde no existen viviendas y el camino está rodeado de arbustos bajos, avisó que había encontrado otros cinco cadáveres. Pudo comprobarse que los mismos presentaban las mismas características de los cuatro anteriores, es decir: numerosos impactos de balas, signos de tortura, y extremidades fuertemente atadas.

Inicialmente las autoridades policiales no ocultaron su desconcierto ante este nuevo hecho de violencia (sobre todo teniendo en cuenta el número de víctimas). Técnicos policiales estimaron que para un operativo de esa naturaleza se debió haber movilizado mucha gente. Además, el hecho de no haber recibido en las últimas horas denuncia alguna de secuestros y desapariciones, dificultaba en las primeras horas la investigación.

Cuando todas las especulaciones eran posibles en la mesa de los investigadores, y ya en la madrugada, los medios locales fueron destinatarios de un comunicado de una denominada agrupación «Libertadores de América Pelotón Cáceres Monié», que daba detalles del múltiple asesinato imputando a las víctimas actividades subversivas. El comunicado incluye una clara referencia a que este hecho significa una respuesta a la muerte del general Cáceres Monié.

Según pudo saberse, las víctimas —nueve jóvenes estudiantes, casi todos extranjeros— vivían en una lujosa casa ubicada en la avenida Hipódromo y Tacuarí, en el residencial Barrio Jardín de esta capital provincial. A la misma ingresó en la noche del miércoles 3 de diciembre un grupo de sujetos fuertemente armados que se trasladaban en varios vehículos.

Según una versión, tres de los habitantes de la casa habrían logrado huir cuando se hizo presente el grupo de desconocidos que secuestró y asesinó a sus compañeros. Oficialmente no se conoce aún el nombre de las víctimas. Hay más informaciones para este boletín.

Más informaciones. Córdoba, urgente. Extraoficialmente se habrían identificado siete de las nueve víctimas de la matanza de Córdoba. Ellas serían: Ricardo Rubén Haro, argentino, 20 años; Luis Radney Salinas Burgos, boliviano, 21 años; Luis Villalba Álvarez, boliviano, 26 años; Alfredo Saavedra Alfaro, boliviano, 24 años; Jorge Raúl Rodríguez Sotomayor, peruano, 29 años; Américo Ricardo Apertile, argentino, 21 años; y Jaime Sánchez, argentino, 21. Hay más informaciones para este boletín.

Más informaciones. Rosario, provincia de Santa Fe. En esta ciudad fue hallado, sobre la ruta 9, el cadáver de Francisco Rodríguez, de 28 años. El occiso, que presentaba numerosos impactos de bala, era empleado de la fábrica Acindar.

La Plata, provincia de Buenos Aires. En una zona descampada de Berisso fueron hallados los cadáveres de una mujer y un hombre de aproximadamente 40 años de edad. Los mismos, cuyos nombres se desconocen hasta este momento, presentaban numerosos impactos de bala de grueso calibre, tenían las manos atadas a la espalda, y anchas bandas de tela adhesiva sobre sus bocas. Según versiones no confirmadas, ambos, la mujer y el hombre, habrían sido secuestrados pocas horas antes por un grupo de sujetos fuertemente armados, los que haciéndose pasar por policías irrumpieron violentamente en su domicilio.

Con estas nuevas víctimas, suman doce los cadáveres hallados por la policía en la República Argentina, en las últimas 24 horas. Hay más informaciones para este boletín.

XLIII

Y asqueado su corazón, y húmedas sus hermosas mejillas por las calientes lágrimas, ante la vista de la horrible matanza, desde lo alto del Olimpo, acongojada, habló así la divina Afrodita:

«Ah, muchas veces maldito, vengativo, feroz y sanguinario Edes! ¡Bien puedes enorgullecerte de tu terrible hazaña!».

«Con justicia los atribulados mortales te seguirán llamando el Poderoso, el Brutal, el Invencible y El que Jamás se Sacia».

«Pues sólo a condición de distraer tu miserable apetito con otras doce víctimas, consentiste, aunque sólo provisoriamente, en permitir que la tibia, deliciosa y multiforme vida continuara alentando en los doce magnánimos miembros de Polimnia».

«Mas como siempre ocurre, oh implacable Edes, ningún Olímpico bebedor de ambrosía podrá vanagloriarse de haber obtenido, ya sea por medio de amenazas o de ruegos, tu momentáneo perdón».

«Puesto que sólo la perfumada y dulce Menta ha conseguido —valiéndose de argumentos totalmente desconocidos para nosotros, los poderosos Inmortales— desviar siquiera provisoriamente tu mano sanguinaria».

«¿Hasta cuándo permitiremos, oh tenebroso e infecundo Edes, que aprovechándote de tu enorme poder, unos tras otros sigas transportando hacia tu helada mansión a tantos magníficos mortales, engendrados y criados para el amor dulcísimo?».

«¿Por cuál inadmisibile cobardía no nos unimos todos los Inmortales, nos rebelamos y hundiéndote para siempre en el oscuro Erebo, obtenemos para los varones codiciables y para las mujeres de hermosos pechos el divino don de la inmortalidad?».

Mas, agitando las crines de su dorado yelmo, interrumpió duramente a Afrodita la indómita Atenea, y dirigió hacia ella estas admonitorias palabras:

«¿Por qué te lamentas de esa manera indigna de una Inmortal, oh llorona e impulsiva Afrodita?».

«¿Por qué inútilmente lanzas duras imprecaciones contra el invencible Dios a

quien, desde el comienzo de los tiempos, le fue concedido segar a voluntad la vida de cada uno de los mortales?».

«Puesto que hemos conseguido desviar por ahora la mano del poderoso Edes, alégrate, ya que es ilusorio pretender que el aborrecido Dios permita generosamente la vida a todos los varones y mujeres que, por muy distintos motivos, tú y yo protegemos».

«Has de pensar también, oh apresurada en los juicios, que si bien fue la inteligente ninfa Menta quien, con misteriosos recursos, consiguió el inesperado perdón del implacable Edes, ha sido un Inmortal: el diligente Hermes, quien con astutas razones convenció a Menta de que así procediera».

«Y fuiste tú, bella y seductora Afrodita, quien, por medio de ese tonto cosquilleo del amor que abundantemente esparciste desde las giratorias paletas del ventilador de pie, indujiste al mujeriego Hermes a que se acercara gentilmente a la olorosa Menta, y entablara con ella una fructífera conversación».

«¿Y acaso no fui yo quien, convertida en chistadora lechuza de campanario, anunció a ambos la llegada del temible Edes y de sus feroces enviados?».

«¿Y no fue a causa de mis vigilantes chistidos, que Menta tuvo suficiente tiempo para maquinarse un astuto plan, y para pensar con tranquilidad y prudencia, esas razones desconocidas para nosotros ante las cuales Edes hubo de meditar seriamente, contener su mano exterminadora, y alejarse furioso de la querida casa de Teodoro Vilardebó?».

«La vida de nuestros protegidos, oh Afrodita, está por lo tanto a salvo. No indefinidamente, como tú con ligereza lo has expresado en tu deseo, pues ello sólo sería una vana y pueril pretensión, pero sí por ahora, puesto que entre todos, y procediendo cada uno a su manera, hemos conseguido alejar momentáneamente al poderoso Edes».

«Ha llegado por fin el esperado tiempo de volver a ejecutar, a través de estos magníficos mortales, tú tus particulares planes, y yo los míos».

«Ello significa, oh mi impenitente rival, desnuda y esplendorosa hija de Urano, que cada una de nosotras volverá, de aquí en adelante, a valerse de todos sus poderes a fin de que los irreprochables miembros de Polimnia procedan de acuerdo a nuestros particulares y divinos intereses».

«El pacto que, bajo juramento, y ante la amenaza del implacable Edes, habíamos

establecido entre nosotras, queda por lo tanto roto a partir de este momento, oh intrigante, seductora y melindrosa Afrodita».

«Vuelve tú a tus manejos sin escrúpulos, a tus agudas flechas emponzoñadas de deseo, a las palpitaciones, al rubor, a las miradas lánguidas, a las caricias, a las fornicaciones, a las palabras tontas y a los tiernos e insulsos poemitas de amor».

«Pues bien sabemos todos los Inmortales que esas pequeñas cosas, insignificantes y secundarias, son las únicas que despiertan tu frívolo interés».

«Yo volveré a ocuparme, como siempre lo he hecho, de las rigurosas tareas del intelecto, de la guerra, de las labores manuales, y de la virtud, dignas ocupaciones, todas ellas, para una Inmortal, nacida sin mediación de madre, del tempestuoso Zeus».

Y luego de hablar así la indómita Atenea, volvió con indiferencia su divina espalda a la rubia Afrodita, en señal de que el pacto que habían establecido entre ellas quedaba definitivamente roto.

Y para demostrar a Atenea que aceptaba el rompimiento del pacto, volvió a su vez su bella espalda la dorada Afrodita, y ya libre de toda atadura, con renovado interés, dirigió su refulgente mirada hacia la vieja casa de Teodoro Vilardebó, la cual estaba totalmente vacía, pues ya eran las once y media de la noche, y todos los magnánimos ocupantes la habían abandonado.

Mas he aquí que semiescondida en un oscuro rincón del bien embaldosado patio, vio la divina Afrodita a la tierna, olorosa e inteligente Menta, la cual derramaba abundantes lágrimas de amor a causa de un apuesto y embustero Inmortal.

Pues una vez conseguido de ella lo que con astucia se había propuesto el inescrupuloso Mensajero, había olvidado por completo todas sus tiernas promesas de amor, y con desaprensión había abandonado a la fragante plantita.

Y se indignó grandemente Afrodita a causa del comportamiento del impiadoso Hermes, y llena de compasión hacia la enamorada Menta, ordenó a uno de sus muchos servidores que disparara al corazón del donjuanesco Hermes, una aguzada flecha impregnada de incontenible amor.

Y al ser herido certeramente en su corazón, recordó de pronto Hermes a la tierna plantita de menta, y de inmediato sintió deseos de volver al sombreado patio de Teodoro Vilardebó 2562, a fin de encontrarse con ella, y reiniciar aquella amorosa conversación tan absurdamente interrumpida.

Y desde su cima del alto Olimpo, sonriendo observó Afrodita cómo raudamente volaba el mensajero Hermes hacia el bien arbolado barrio de Villa del Parque, cómo se detenía sobre la calle Teodoro Vilardebó, y cómo con gentiles modales se presentaba otra vez ante la acongojada Menta.

Y vio también Afrodita con qué ancestral habilidad envolvía Menta en sus sutiles y perfumadas redes al alado Mensajero, y cómo, sin siquiera pedirlo, lo obligaba a jurar su fidelidad eterna, antes de que ambos se entregaran gozosos al placentero combate del amor, todo lo cual contentó a Afrodita en gran manera.

Mas aconteció que también la indómita hija de Zeus, la virgen y belicosa Atenea, dirigió su previsorá mirada hacia la calle Teodoro Vilardebó y sus alrededores a fin de impulsar a sus magnánimos protegidos hacia actividades más serias y gratas por lo tanto a sus ojos.

Y miró Atenea hacia la sombreada calle Marcos Sastre, y su valeroso corazón sufrió un sobresalto, pues su protegida, la irreprochable y virgen Irene Bengoechea, hábil en las rigurosas tareas del intelecto, estaba a punto de sucumbir a la atroz tontería del amor, a causa de audaces acometidas del ardiente José María Pulicicchio.

Pues la temeridad del excelente encargado de valores al cobro y vocal titular de Polimnia estaba llegando a peligrosísimos límites, como bien podía observarlo con inocultable disgusto la indómita Atenea.

Ya que, con el pretexto de contemplar detenidamente el oscuro jardín donde el miércoles anterior habían encontrado un maravilloso y romántico bichito de luz, de manera notoria se estaba aproximando a la virgen e incauta Irene Bengoechea con la evidente intención de darle un beso.

Por lo que nuevamente decidió Atenea recurrir a sus casi siempre infalibles enviados, la Cortedad y la Indecisión, a fin de que de inmediato se introdujeran en el tumultuoso pecho del apasionado José María Pulicicchio, y sofrenaran sus avasallantes impulsos.

Y en el preciso momento en que la bella y virgen Irene Bengoechea entreabría sus delicados labios, carentes de cosméticos, y temblorosa de emoción aguardaba el apasionado ósculo de su festejante, la Cortedad y la Indecisión hicieron fácil presa del inefable José María Pulicicchio, y su garganta se anudó y sus manos comenzaron a transpirar copiosamente, y sus rodillas temblaron como si hubiera contraído de pronto la fiebre palúdica; y paralizado por una repentina cortedad y una torturante

indecisión, frenó por completo sus ímpetus, y no se atrevió ya a proseguir su tan bien comenzado operativo.

Mas ¡ay!, pronto debiste reconocer tu fracaso, oh previsora Atenea, pues, a pesar de tu clara inteligencia, olvidaste que no en vano, durante más de dos horas había esparcido Afrodita el dulce cosquilleo del amor en la sensitiva piel de Irene Bengoechea.

De modo que al percibir, la dulce revisora de cuentas de Polimnia, que su enamorado, el excelente José María Pulicicchio, autor de correctísimos sonetos, vacilaba, y empalidecía, y temeroso no se atrevía a aproximar sus labios a los de ella, como era justo y razonable esperar que hiciera, la virgen, enamorada y repentinamente audaz Irene Bengoechea acercó al indeciso José María Pulicicchio su bello rostro de antiguo camafeo, y ambos miembros de la Comisión Directiva de Polimnia, se confundieron entonces en un largo, húmedo, estremecido y lingüístico beso, bajo los acogedores paraísos de la calle Marcos Sastre.

Ante cuyo contacto temible, espantadas y escandalizadas, huyeron precipitadamente la Cortedad y la Indecisión, y avergonzadas de su indigna derrota se presentaron cabizbajas ante la indómita Atenea.

Y comprendió Atenea al verlas que su bien intencionada intervención había sido totalmente inútil, y que a partir de ese instante, nadie, ni el mismo rey de todos los Inmortales, el tempestuoso Zeus, podría impedir que el delirante amor se apoderara de la sin par Irene Bengoechea.

Y desde su lugar en el dorado Olimpo suspiró con resignación Atenea, y mientras lentamente recorría con su mirada el bien arbolado barrio de Villa del Parque a las once y media de la noche, debió comprender también la inteligente Diosa que tal vez ya era demasiado tarde para evitar que el amor, que entontece a los mortales, hiciera presa de varios de sus protegidos.

Pues desde lo alto del Olimpo alcanzó a ver la indómita hija de Zeus, cómo el claudicante y presionado delator Carlos Argentino Mastandrea, en el reservado de un bar de la avenida San Martín, susurraba tiernas picardías al oído de la opulenta doña Zulema.

Y alcanzó a ver también cómo la bellísima señora de Giannello, y el hasta hace poco atormentado señor Frugoni, se prodigaban múltiples tipos de caricias, y se juraban eterno amor, dentro del auto del señor Frugoni, estacionado en una muy poco iluminada calle al fondo de un convento.

Y cómo la hermosa e impulsiva Dora y el diligente Romilio, en la refrigerada habitación número 22 del Hotel Los Lirios, estaban a punto de iniciar su tercera erótica batalla, y a juzgar por el gran entusiasmo que ambos ponían en ese tonto juego parecían dispuestos a continuar en él toda la noche.

De modo pues que, frunciendo el ceño, debió reconocer Atenea los parciales pero indiscutibles triunfos de su eterna rival, la seductora Afrodita.

Y para resarcirse de ellos, decidió entonces Atenea valerse de todo su enorme poder para que por lo menos algunos de los magnánimos miembros de Polimnia acometieran esa noche importantes acciones gratas a sus divinos ojos.

Y así dispuso Atenea que la infatigable señora Zimmerman olvidara momentáneamente todo deber maternal y conyugal y, esa misma noche, se encerrara con llave en su nutrida biblioteca, consultara numerosos libros de Psicología, Marxismo, Derecho Talmúdico, Relación Sexual Después de los Cincuenta y Economía Familiar, y preparara una sapientísima estrategia con la que, al día siguiente, habría de enfrentar y seguramente convencer a la iracunda señora de Frugoni, a fin de que ésta detuviera sus feos impulsos irracionales, y racionalmente concediera el divorcio al atormentado señor Frugoni.

Y luego que hubo realizado esto, dirigió Atenea su escrutadora mirada hacia una solitaria pieza de pensión del barrio de Villa Urquiza, donde, junto a un gato y a una enfundada guitarra, habitaba el solitario señor Pasco, y autoritariamente dispuso que de inmediato se apoderara de él, incontenible, la Fiebre Creadora.

Y preso de súbita fiebre creadora, el no vidente y folklórico señor Pasco escribió sobre una hoja de papel de almacén, con lápiz y de un tirón, la letra de una bella y folklórica chacarera —por supuesto inspirada en la desnuda muchacha del estrado, arrojadora de corpiños— cuyo inspirado título era «La Pechugona», y que seguramente habría de recitar, con éxito, en la reunión del próximo miércoles.

Y terminando esto meditó con honda sabiduría la indómita Atenea, luego de lo cual se dijo a sí misma estas inteligentes palabras:

«Puesto que no puedo impedir que el inefable José María Pulicicchio sea amado por mi protegida, la virgen Irene Bengoechea, y teniendo en cuenta que la virginidad de mi excelente revisora de cuentas no ofrece ya mayores garantías, he de disponer para el encargado de valores al cobro de la Sección Villa Urquiza, del Banco de la Nación Argentina, una larga, paciente, intelectual y minuciosa tarea, particularmente grata a mis divinos ojos».

Y ordenó Atenea al irreprochable José María Pulicicchio, quien en ese momento estaba ya a punto de irse a dormir en su vieja casa de Villa Devoto, que tomara de su escritorio un grueso libro de contabilidad con muy poco uso.

Y comenzara a escribir en él, con su pequeña pero hermosa letra, de futuro subjefe y firma autorizada, todos los interesantísimos acontecimientos ocurridos en Polimnia durante esa inolvidable noche del 3 de diciembre de 1975, así como sus sabios juicios e impresiones acerca de los magníficos miembros de la benemérita agrupación.

Y si bien José María Pulicicchio accedió con obediencia al mandato de Atenea, sólo es de lamentar sin embargo, que el extenso relato escrito de su puño y letra, con esmerada aunque algo cursi redacción, en el término aproximado de cuatro meses, fuera más tarde utilizado sin ningún escrúpulo por cierto desconocido novelista de segundo orden con el delirante fin de construir en torno de él una absurda, ridícula y poco verosímil historia, donde caprichosamente intervenían Dioses, malvados policías y espléndidos mortales, a quienes, como a todos los mortales, rondaba de manera incesante la inexorable muerte.

XLIV

5 de diciembre de 1975

*de N. N. (Coordinación de Grupos Especiales)
a N. N. (Superintendencia de Seguridad Federal)*

ESTRICTAMENTE CONFIDENCIAL

De mi mayor consideración:

Hondamente preocupado por la seguridad de la Sección que tengo el alto honor de dirigir, y por las sacrificadas vidas de los hombres que la integran, cumplo en dirigirme a esa Superioridad con el objeto de llamar la atención sobre el extraño comportamiento de uno de los jefes que revistan en esa Superintendencia.

En efecto: durante la noche del 3 de diciembre ppdo., siendo las 21:50 horas, en circunstancias en que, al mando de ocho de mis subordinados, integrantes de las unidades 3 y 4 de Procedimientos Especiales, alistaba el Operativo Teodoro Vilardebó, que es de vuestro conocimiento, fui desagradablemente sorprendido por una intempestiva contraorden, transmitida por el oficial a cargo del radiocomando, subcomisario Arístides Fernández.

De acuerdo con la susodicha contraorden se debía suspender de inmediato ese procedimiento tan costosamente montado, y regresar con las cuatro unidades móviles a nuestro habitual lugar de concentración.

Si bien en extremo disgustado por tan extemporánea contraorden, procediendo según mi acendrado concepto de la disciplina la acaté de inmediato, y ordené a mis hombres suspender todo tipo de acción.

Cabe señalar sin embargo que, dado lo avanzado del operativo, no es aventurado suponer que los sujetos reunidos en la casa de Teodoro Vilardebó 2562 hayan percibido en parte nuestros movimientos. Vale decir, que debido a la errónea conducta decidida por algún superior, hayamos alertado a los sujetos, con lo que resultará mucho más difícil en el futuro concretar el operativo previsto.

Ahora bien, al día siguiente, o sea el 4 de diciembre, siendo las 11:17 horas, me hice presente en el despacho del inspector mayor Guillermo Guso, único superior de acuerdo a mis deducciones, de quien podría haber partido tan sospechosa contraorden.

Inquirido acerca de la misma, el inspector mayor Guso negó (luego de ciertas vacilaciones), que él hubiera impartido contraorden alguna, y adujo, con visibles muestras de nerviosismo, que simplemente se trataría de un error.

A fin de no prevenirlo respecto a mis sospechas, simulé aceptar sus explicaciones y dar por terminado el asunto.

Pero inmediatamente me constituí ante el subcomisario Fernández quien, como dije antes, se encontraba a cargo del radiocomando durante las circunstancias antedichas. Y fue entonces cuando tuvo lugar el hecho que motiva esta nota confidencial. Preguntado el subcomisario Fernández acerca de qué superior le había transmitido la orden de suspender el Operativo Teodoro Vilardebó, contestó, con absoluta franqueza, que el superior, extrañamente, no se había dado a conocer, pero que a él no le cabía ninguna duda de que se trataba del inspector mayor Guso, ya que el timbre de su voz le era hartamente conocido.

De lo expuesto se deduce, y espero que esa Superioridad así lo entienda, una actitud sospechosa, o por lo menos contradictoria por parte del inspector mayor Guso, del cual ya me he procurado su foja de servicios, comprobando que figuran en ella varios viajes de «perfeccionamiento» al exterior del país.

Sugiero, por lo tanto, que se establezca una discreta pero rigurosa vigilancia sobre este funcionario, y que se registren con meticulosidad cada uno de sus movimientos.

Es mi deber recordar a esa Superioridad de los casos recientemente descubiertos de elementos subversivos infiltrados en nuestras gloriosas filas, y el grave daño que esa siniestra infiltración nos ocasionó. Insisto, por lo tanto, en que el caso Guso sea tomado con la seriedad debida, y que no se escatimen esfuerzos ni medios para esclarecerlo a la brevedad.

Deseo informar que, anticipándome a las decisiones que adopte esa Superioridad, yo personalmente he decidido, para ganar tiempo, tomar este delicado asunto en mis manos: dos hombres de mi absoluta confianza ya han comenzado a vigilar al inspector mayor Guso. Si se lo considera necesario (y se me lo solicita expresamente) puedo informar a esa Superioridad cuando llegue el momento de someter al sujeto a interrogatorio y/o aplicar el castigo pertinente. Dado el grave riesgo que la presencia de un traidor significa para la vida de todos, y especialmente para la de mis subordinados, creo que se debe proceder de esta manera expeditiva y sin ningún tipo de vacilaciones.

Pero deseo además agregar otros detalles significativos. Nuestra experiencia adquirida en los dos graves casos anteriores, nos enseña que un elemento infiltrado nunca actúa solo, que una vez descubierta la figura principal, siempre es posible detectar la existencia de uno o de varios cómplices. Y en este caso particular, los excesivamente favorables informes de Guso respecto al oficial principal Arístides Farías y al cabo Nicodemo Ramírez, de la seccional 45a, convierten prima facie a ambos en sospechosos de complicidad. Sugiero por lo tanto que también se los vigile y que se registre muy especialmente cualquier clase de comunicación entre ellos y el inspector mayor Guso. Adelantándome a ello, he podido establecer fehacientemente que el día lunes 1º de diciembre ppdo., exactamente a las 10:05 horas, se hizo presente en el despacho de Guso, el cabo Nicodemo Ramírez, no habiendo existido

ningún motivo de servicio que pudiera justificar esa visita.

Considero asimismo como altamente sospechosa la insistencia con que el funcionario Guso me solicita que «saque de circulación lo antes posible» al sujeto C. A. Mastandrea, ocasional informante del comisario Bevilacqua. Como medida precautoria creo en cambio que debería otorgarse adecuada protección al mencionado Mastandrea. Es evidente que Guso tiene motivos, todavía desconocidos por nosotros, para querer eliminarlo, y no es improbable por lo tanto que en los próximos días intente un procedimiento drástico con él. Cae de su peso que el hombre seguramente sabe bastante más de lo que dice, y que nos importa que nadie le ponga la mano encima por ahora.

Sin otro particular, y a la espera de que sean debidamente consideradas cada una de mis sugerencias, saluda a usted con el mayor respeto.

N. N.

Coordinación de Grupos Especiales

XLV

Llega, pues, a su fin este relato de los hechos, por muchos motivos inolvidables ocurridos durante la noche del 3 de diciembre de 1975.

Comencé a escribirlo al regresar esa misma noche, ebrio de dicha, a mi vieja casa de Villa Devoto, luego de aquel maravilloso paseo con Irene por la calle Marcos Sastre. La idea primitiva nació, recuerdo, de un súbito e inexplicable impulso interior; tal vez la simple necesidad de revivir, de no dejar que se esfumaran en el olvido, tantas y tantas cosas bellas que a todos nos habían sucedido durante la extraordinaria reunión de aquel miércoles.

Ingenuamente creí, debido a mi total falta de experiencia en este tipo de tareas, que en pocas horas o en pocos días a lo sumo, el relato estaría terminado. Lo cierto es que su lenta y por momentos difícil confección me han insumido algo más de cuatro meses. Cuatro largos meses durante los cuales, noche a noche fui rememorando, y trasladando cuidadosamente al papel, en estricto orden cronológico, cada uno de los prodigiosos momentos que conformaron esa noche. Fue una tarea lenta, y repito, no desprovista de dificultades, ya que jamás me permití sustituir con la imaginación, lo que mi memoria, por algún motivo, no había podido retener.

No puedo negar sin embargo, que estoy satisfecho del trabajo realizado. Sin pretender, ni por asomo, que este honesto y entrañable registro constituya una verdadera pieza literaria, creo que, tanto el relato en sí, como las horas que dediqué a su escritura, han sido y serán útiles en varios sentidos. Trataré de explicarme. En primer lugar, nada mejor, pienso, para revivir cada vez que se lo desee aquella apretada sucesión de hechos memorables (algunos de los cuales cambiaron para siempre el curso de nuestras vidas), que dejarlos minuciosamente registrados, en este viejo libro de contabilidad, bajo la forma de un objetivo relato.

En segundo lugar (y espero que no se me tilde de engreído), debo admitir que este poco pretencioso, pero serio, esmerado y responsable ejercicio prosístico habrá de dar sus frutos algún día. Sin descuidar por supuesto el apasionante ejercicio del soneto, me he abocado a él, como dije, durante cuatro largos meses. Pues bien, la ejecución de esta tarea en forma continuada, poco a poco me ha llevado a pensar que tal vez no sería totalmente extraño a mi vocación el trabajo literario en prosa. Quiero decir que no descarto la posibilidad de que en un futuro no muy lejano encare con seriedad la confección de un cuento, de un relato breve, o ¿por qué no?, de una novela. Cuando menos me he demostrado a mí mismo cierta capacidad para la descripción, que me era absolutamente desconocida.

Pero esos son meros proyectos por ahora. Dije al comenzar este folio, que el relato llegaba a su fin, pero como está fuera de mis hábitos dejar las cosas inconclusas (los hechos relativos a nuestros queridos miembros de Polimnia sin su

correspondiente epílogo, en este caso), deseo agregar unas breves líneas.

Una somera revisión, ante todo, a la reunión del miércoles 10, es decir: la siguiente a la que dio motivo a esta narración. Fue una reunión realmente interesante, y no podría dejar de mencionar algunos hechos que fueron, en cierto modo, corolarios de los de la reunión anterior.

El título del poema del señor Chávez, por ejemplo. Fue anunciado con bastante protocolo por nuestro presidente al comienzo de la reunión, y luego de tensos momentos de expectativa. El título seleccionado fue «Crucifixión por el Amor», o «Martirio de un enamorado a quien su amada no corresponde con la fidelidad a sus ardientes sentimientos». Y el nombre de su autora: Irene Bengoechea. Irene, ruborizada por la emoción, recibió además de la felicitación y el agradecimiento del señor Chávez, y de un nutrido aplauso, el hermoso libro de Krishnamurti donado por la señorita Kisternmacher.

Tampoco podría dejar de relatar que un señor Frugoni totalmente transformado por la felicidad y el optimismo fue el primero en subir luego al estrado, desde donde, con agradable acento campero, recitó al fin su varias veces postergado poema «El fantasma de la carreta». Se trató de una bellísima composición escrita con tinta china sobre la lona de una verdadera carreta en miniatura, de la que tiraban cuatro bueyes de madera lustrada. O que el apagado señor Pasco resultó sorprendentemente la nota divertida y simpática de la reunión, pues subió al estrado llevando una guitarra, y acompañándose con ella cantó, con afinada voz, la letra de una alegre y picante chacarera, dedicada «con el mayor respeto» a la señora Zimmerman, con lo que se ganó los más entusiastas aplausos de la sala.

El increíble Mastrandrea nos leyó «a modo de primicia exclusiva», dijo, los cuatro famosos sonetos que, impresos en una plaqueta de cartulina anaranjada, nos estaba haciendo llegar a cada uno de los miembros de la Agrupación junto «con una desinteresada y sincera» felicitación de fin de año.

Irene y la señora de Giannello, prácticamente obligadas por la señora Zimmerman, a fin de contrarrestar «una injusta preponderancia masculina», leyeron breves aunque muy exitosas composiciones. Y yo, que fui el último de los que ocuparon el estrado esa noche, leí, tal como me había comprometido ante nuestra secretaria de actas, mi tríptico de sonetos a Irene, además del amatorio «A una dama», que hasta entonces no me había atrevido a presentar en público. Irene, visiblemente emocionada, me pidió una copia para releerlos luego a solas. Y el señor Chávez, cuando nos retirábamos, se acercó especialmente para decirme que aquellos cuatro sonetos eran lo mejor que había salido de mi pluma, y una de las obras más perfectas entre las que se habían escuchado en Polimnia.

En fin, que aún sin ese no sé qué de mágico o fervoroso que tuvo la reunión anterior, el recital del miércoles 10 fue, a todas luces, un amable y positivo encuentro

con la Poesía.

Me restaría ahora, antes de colocar el definitivo punto final, decir algo acerca de la situación actual de nuestra agrupación, y de la de algunos de sus adherentes, cuando, casi sin percibirlo, han transcurrido ya más de cuatro meses desde aquella noche inolvidable.

Por activa gestión del señor Romualdo Chávez (y también debido a alguna pequeña colaboración desde mi cargo en el Banco), se nos ha concedido al fin el crédito hipotecario que deseábamos hacía tanto tiempo. La hermosa sede de Teodoro Vilardebó pasará por lo tanto a ser propiedad exclusiva de Polimnia.

Otro acontecimiento feliz, y que de alguna manera nos concierne a todos, es que la señora Mastrocarbone, ex señora de Giannello, y el señor Frugoni, gracias a la inapreciable ayuda de la señora Zimmerman, han superado para siempre sus viejos problemas. Para nuestra alegría viven ahora juntos en una encantadora casita de la calle Baigorria, a pocas cuadras de la sede. Frecuentemente al terminar las reuniones, Irene, yo y algunos otros amigos, nos acercamos hasta allí, para tomar un café con la querida pareja.

Irene y yo nos comprometemos en julio. Ya lo hemos anunciado a nuestros amigos, y es posible que, si la familia de Irene no se opone, festejemos oficialmente nuestro compromiso en la querida sede de Teodoro Vilardebó.

Sé, por otra parte, que Mastandrea continúa en excelentes relaciones con doña Zulema, y que Romilio y Dora, asesorados por el señor Chávez, están en trámites de ocupar un pequeño departamento en la calle Cuenca, de lo que se deduce que nos anunciarán su casamiento de un momento a otro.

Puedo afirmar, en resumidas cuentas, que la felicidad se ha instalado entre nosotros a partir de aquella memorable noche del 3 de diciembre de 1975, y que no existen motivos para que nos abandone.

Suelen llegarnos, a través de diarios o informativos sobre todo, noticias de hechos de violencia, y aún de crímenes, originados al parecer en cuestiones de índole política. Es evidente que reina en el país cierto desorden y cierta intranquilidad. Hasta se ha insinuado que Polimnia, debido a la intensa actividad cultural que desarrolla, podría llegar a tener alguna dificultad con la policía. Mastandrea es el más precavido o temeroso en ese aspecto. Yo, francamente, no creo en esas cosas. Aquellas casi olvidadas amenazas telefónicas, de las que risueñamente nos informó el señor Chávez, jamás han vuelto a producirse. Se trató, por lo tanto, como cuerdamente lo sugirió la señorita Kisternmacher, de una ocasional broma de mal gusto.

Creo firmemente, en cambio, que nuestra sede, ajena por completo a los vaivenes de los gobiernos, seguirá siendo nuestro apacible refugio y nuestro más seguro oasis de salvaguarda, frente a cualquier tipo de caos. Y que ciertas noticias, tal vez exageradas, sobre allanamientos, secuestros, matanzas, etc., no deben afectarnos

mayormente. Las víctimas, si es que las hubo en algunos casos, debieron tratarse de agentes con destacada actividad política y, expuestas por lo tanto, de acuerdo a los difíciles momentos que está viviendo el país, a esa violenta y tal vez injusta forma de represión.

Pero afortunadamente nada de eso habrá de rozar siquiera a Polimnia. Ninguno de nosotros participa en actividades políticas, y sería ridículo pensar que Irene, o el señor Frugoni, por ejemplo, tuvieran algo que ver con eso que llaman subversión. Con el agregado de que cualquier actividad política dentro de la sede está expresamente prohibida por nuestros estatutos.

Sólo nos interesa, quiero repetirlo una vez más, el espiritual quehacer de la Poesía. Sólo anhelamos seguirnos reuniendo semana a semana en nuestra vieja casa de la calle Teodoro Vilardebó. Esa querida y acogedora casa donde tantos bellos encuentros se han producido últimamente, y donde por mucho tiempo encontramos no sólo el medio propicio para desarrollar nuestras vocaciones, sino un cálido e intocable refugio espiritual para nuestras angustias y nuestras soledades. Que Dios, que desde el Cielo nos vigila, siempre así lo desee.

XLVI

Y ése fue pues el fin de la desigual batalla que, a causa de un puñado de mortales magníficos, tres de los poderosos moradores del Olimpo, unidos en pacto, libraron contra el sombrío e imbatible Edes en el bien arbolado barrio de Villa del Parque, propicio al amor.

Donde la luminosa Victoria —cuando ya transcurrían los momentos finales del áspero combate— agitó de pronto sus alas resplandecientes, dirigió su majestuoso vuelo hacia uno de los bandos en guerra y favoreció de esta manera a los Olímpicos felices.

Y cuando, derrotado, debió huir el taciturno Edes hacia su tenebrosa mansión, al tiempo que dejaba abandonadas en el campo de lucha todas aquellas ricas presas durante tanto tiempo codiciadas.

En forma tal que los doce emplazados miembros de Polimnia no hubieron de ingresar esa noche a la mansión de Edes sino que, durante un tiempo más, permanecieron gozando de sus apacibles vidas, entre libros de actas, amoríos, aplausos, esforzados poemas y floridos introitos del admirable señor Chávez.

Pero es deber irrenunciable del honesto rapsoda agregar que con imperdonable ligereza habrían procedido los Olímpicos si, por medio de himnos, banquetes o libaciones abundantes, se hubiesen vanagloriado de su reciente triunfo.

Ya que, como es sabido, el implacable Edes no abandona sus presas fácilmente, ni fácilmente olvida los agravios infligidos a su orgullo temible.

Sino que, por el contrario, rencoroso y sombrío, comienza de inmediato a maquinarse una sangrienta venganza toda vez que, sólo temporariamente, debe dejar un codiciable botín en manos de sus odiados enemigos.

Pues ocurrió, en efecto, que aún no había transcurrido un día completo a partir de su vergonzosa derrota, cuando otra vez, con renovada saña, comenzó Edes, el insaciable, a tramarse la destrucción feroz de los irreprochables miembros de Polimnia.

Para lo cual, bajo la forma de Incontenible Deseo de Venganza, se introdujo en el alma del sanguinario Chivo, y decidió que éste deseara inconteniblemente vengarse de su aborrecido superior, el inspector mayor Guso, de la Superintendencia de Seguridad Federal.

De modo tal que solapadamente acusó El Chivo de traición al inspector mayor

Guso, a raíz de su misterioso llamado telefónico, el cual absurdamente había logrado interrumpir el bien planeado Operativo Teodoro Vilardebó.

Y por medio de aquella astuta maniobra recomenzó entonces el tenebroso Dios a tejer con impaciencia los invisibles hilos de su demorada venganza.

Pues muy pronto, a causa de un insidioso informe confidencial, hábilmente redactado, sombríos agentes de seguridad comenzaron a vigilar implacables al inspector mayor Guso, al oficial principal Arístides Farías, y al eficiente cabo Nicodemo Ramírez.

Al tiempo que siniestros parapoliciales subordinados de El Chivo se apostaban de nuevo en las inmediaciones de Teodoro Vilardebó 2562, y sigilosos vigilaban todos los movimientos de cada uno de los peligrosos sujetos que asistían infaltables a las reuniones de los miércoles.

Y sucedió entonces que, a pocas semanas de iniciadas aquellas múltiples y sobrepuestas vigilancias, nuevamente La Sombra Anunciadora de la Muerte aparecía en el diáfano cielo de Villa del Parque.

Y nuevamente, a semejanza de un enorme buitres, se desplazaba trazando lentos, muy amplios e interminables círculos en torno a algún sentenciado grupo de desprevenidos mortales.

Pues todos los bien trajeados miembros de Polimnia, y aun todos los pacíficos habitantes del perfumado Villa del Parque, y aun todos los numerosos habitantes de la vasta Argentina, asolada por militares, resultaban altamente sospechosos para los militares que gobernaban el país y para los oscuros parapoliciales que con placer los secundaban.

Y también porque es el sino de los mortales espléndidos atravesar la dulce vida bajo la permanente amenaza de la muerte.

Lo cual otorga a cada una de sus acciones un valor singular, y provoca en los Dioses un profundo respeto aun hacia el más pequeño e insignificante de los hombres.



NOMBRE DEL AUTOR. Lorem ipsum dolor sit amet, consectetur adipiscing elit. Nunc vel libero sed est ultrices elementum at vel lacus. Sed laoreet, velit nec congue pellentesque, quam urna pretium nunc, et ultrices nulla lacus non libero. Integer eu leo justo, vel sodales arcu. Donec posuere nunc in lectus laoreet a rhoncus enim fermentum. Nunc luctus accumsan ligula eu molestie. Phasellus vitae elit in eros ornare tempor quis sed sapien. Aliquam eu nisl placerat mi scelerisque semper. Pellentesque habitant morbi tristique senectus et netus et malesuada fames ac turpis egestas. Nulla aliquam, turpis in volutpat tincidunt, nisl ipsum ultrices augue, eu pretium sapien lorem non nibh. Vestibulum accumsan placerat scelerisque.